DANTE ALIGHIERI

DIVINA COMEDIA

Edición
Ángel Chiclana

COLECCIÓN AUSTRAL

INFIERNO

Selva
Jerusalén
VESTÍBULO DE LOS IGNAVOS
Celestino
Acqueronte
I CÍRCULO LIMBO Niños inocentes, Patriarcas, hombres ilustres Homero, Horacio, Ovidio, Lucano. Noble Castillo
II CÍRCULO LUJURIOSOS Francisca de Rimini
III CÍRCULO GLOTONES Ciacco
IV CÍRCULO AVAROS Y PRÓDIGOS Plutón
V CÍRCULO LAGUNA ESTIGIA Ciudad de Dite Flegias, Felipe Argenti
VI CÍRCULO HEREJES Farinata, Cavalcante
Barranco
VII CÍRC.
I RECINTO VIOLENTOS CONTRA EL PRÓJIMO Flegetón Tiranos
II RECINTO CONTRA SÍ Y LAS PROPIAS COSAS Pedro Della Vigne, Lano, Jacobo
III RECINTO CONTRA DIOS Y SUS COSAS Capaneo Brunetto Latini
Abismo
VIII CÍRCULO
I FOSO RUFIANES Y SEDUCTORES Venedico Caccianimico Jason
II FOSO ADULADORES Alejo Interminelli Thais
III FOSO SIMONÍACOS Nicolás III
IV FOSO ADIVINOS Anfiarao, Tiresias Aronte
V FOSO BARATEROS Magistrado Luqués Fray Gomita
VI FOSO HIPÓCRITAS Catalano, Loderingo
VII FOSO LADRONES Vanni Fucci
VIII FOSO MALOS CONSEJEROS Ulises y Diomedes Guido de Montefeltro
IX FOSO SEMBRADORES DE DISCORDIAS, Mahoma, Fray Dolcino, Geri del Bello
X FOSO FALSARIOS Griffolino, Capocchio, Gianni Schichi
IX CÍRCULO
Poso de los gigantes
Nenrod Efialto Anteo
CAINA (1.º RECINTO) TRAIDORES A SUS PARIENTES Condes de Naugona
ANTENORA (2.º RECINTO) A SU PATRIA Bocca de los Abati Buoso de Duera
PTOLOMEA (3.º RECINTO) A SUS HUÉSPEDES Fray Alberico y Branca D' oria
JÜDESCA (4.º RECINTO) A SUS BIENHECHORES.
Judas Bruto Casio
Lucifer

Sinopsis de la estructura que Dante establece para el Infierno

CANTO PRIMERO

PROEMIO GENERAL: EL DESCAMINO, LA FALSA VEREDA Y EL SEGURO GUÍA

Dante adquiere conciencia de haberse apartado del camino recto y se encuentra perdido en una selva oscura. Intenta escapar subiendo a una hermosa colina que se ofrece a su vista, pero se lo impiden una pantera, un león y una loba. Huyendo de los tres animales, baja de nuevo hacia la selva, cuando lo detiene el espíritu de Virgilio, que le explica que no podrá escapar de la loba y subir a la colina por ese camino. Llegará un día en que un Lebrel ahuyentará a la loba y la precipitará en el Infierno. Para salir de la situación en que se encuentra debe confiar en Virgilio, que lo guiará por un camino más largo, a través del Infierno y del Purgatorio. Más tarde, alguien más digno que el mismo Virgilio lo llevará a la contemplación de los bienaventurados. Se ponen en camino.

A la mitad del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto[1]. ¡Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi temor; temor tan triste que la muerte no lo es tanto! Pero antes de hablar del bien que allí encontré revelaré las demás cosas que he visto. No sabré decir fi-

[1] Quiero desde el primer momento invitar a una lectura alegórica de esta obra a la que voy a contribuir con un gran número de notas que acompañarán esta edición. Naturalmente, la selva a que hace alusión el texto debe entenderse como el pecado.

jamente cómo entré allí; tan adormecido[2] estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una pendiente, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquel que, saliendo anhelante fuera del piélago, al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el trayecto del que no salió nunca nadie vivo[3]. Después, cuando di algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria pendiente[4], procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más bajo. Al poco aparecióseme una pantera, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se quitaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino que me volví muchas veces para retroceder. Era el tiempo en que apuntaba el día y el Sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el Amor divino imprimió el primer movimiento a todas las bellas cosas de la creación. Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien la pintada piel de aquella fiera, pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció. Figuróseme que venía hacia mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su delgadez[5], parecía

[2] El pecado, como el sueño, adormece los sentidos y ofusca la inteligencia.

[3] La mayoría de los comentaristas interpreta que el pecado conduce a la muerte del alma, lo que no es completamente cierto a menos que interpretemos la frase como «la obstinación en el pecado».

[4] Simboliza la trayectoria natural del alma hacia Dios.

[5] Pantera *(lonza* en el texto italiano, del fr. *lonce). Los bestiarios medievales dicen que nace de la unión de león con pantera o de leopardo con leona. Los tres animales que encuentra Dante simbolizan las tres tendencias pecaminosas que impiden el arrepentimiento. Los comentaristas más antiguos ya los identifican de la siguiente manera: la pantera sería la alegoría de la lujuria, el león de la soberbia y la loba de la avaricia. Los tres vicios a los que, según Santo Tomás, «reduci possunt omnes passiones» (Sum.Theol.,*II, ii, q LXXVII, art. 5). Según las categorías aristotélicas, los tres animales simbolizan la incontinencia, la violencia y

cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserablemente a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que se deleita en atesorar se entristece cuando sufre una pérdida y la llora en todos sus pensamientos, así me sucedió con aquella inquieta fiera, que, viniendo a mi encuentro, poco a poco me empujaba hacia donde el Sol se oculta. Mientras yo retrocedía hacia el valle se presentó a mi vista uno que por su prolongado silencio parecía mudo. Cuando lo vi en aquel gran desierto:

—Piedad de mí —le dije—, quienquiera que seas, sombra u hombre verdadero.

Respondióme:

—No soy ya hombre, pero lo he sido. Mis padres fueron lombardos[6] y ambos tuvieron a Mantua por patria. Nací «sub Iulio»[7], aunque algo tarde, y vi a Roma bajo el mando del buen Augusto, en tiempos de los dioses falsos y engañosos. Poeta fui y canté a aquel justo hijo de Anquises[8], que escapó después del incendio de la soberbia Ilión. Pero, ¿por qué te entregas de nuevo a tu aflicción? ¿Por qué no asciendes al delicioso monte que es causa y principio de todo goce?

—¡Oh! ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan ancho caudal de elocuencia? —le respondí ruboroso—. ¡Ah, honor y antorcha de los demás poetas! Válgame para contigo el prolongado estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra[9]. Tú eres mi maestro y mi autor predilecto, tú

la malicia; pecados que veremos castigados en los círculos 2 a 5 (Cantos V a IX); en los distintos recintos del círculo 8 (Cantos XII a XVIII), y, por último, desde el VIII hasta el final del *Infierno.* Del orden en que vienen presentados podemos deducir la escala de valores con que los mide el autor, en una valoración sorprendentemente moderna porque no siempre coincide con una escala ortodoxa.

[6] Se refiere a la Italia del Norte, llamándola anacrónicamente con el nombre que había de adquirir en el medioevo.

[7] *Sub Iulio,* en tiempos de Julio César.

[8] El justo hijo de Anquises es Eneas, «pius Aeneas», *«quo iustior alter / nec pietate fuit, nec bello maior et armis» (Aen.,* I, 544-5).

[9] Efectivamente, Dante no sólo conoce a Virgilio y se confiesa su discípulo, sino que sabe de memoria la *Eneida,* como nos dirá en *Infierno,* XX, «lo sai tu che la sai tutta quanta». Al poeta mantuano le debe además el estilo trágico, como confiesa más adelante.

solo eres aquel de quien he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor. Mira esa fiera que me obliga a retroceder: líbrame de ella, famoso sabio, porque a su aspecto se estremecen mis venas y late con precipitación mi pulso.

—Te conviene seguir otra ruta —respondió al verme llorar— si quieres huir de este sitio salvaje. Porque esa fiera que te hace prorrumpir en tantas lamentaciones no deja pasar a nadie por su camino, sino que se opone a ello matando al que tanto se atreve. Su instinto es tan malvado y cruel que nunca ve satisfechos sus ambiciosos deseos, y después de comer tiene más hambre que antes. Muchos son los animales a quienes se une [10], y serán aún muchos más hasta que venga el Lebrel [11] y la haga morir entre dolores. Éste no se alimentará de tierra ni de oro y su patria estará en Feltro y Feltro [12]. Será la salvación de esta humilde Italia, por quien murieron de sus heridas la virgen Camila, Euríalo y Turno y Niso [13]. Perseguirá a la loba de ciudad en ciudad hasta que la haya arrojado al Infierno, de donde en otro tiempo la hizo salir la Envidia. Ahora, por tu bien, pienso y veo claramente que debes seguirme; yo seré tu guía y te sacaré de aquí para llevarte a un lugar eterno, donde oirás aullidos desesperados; verás a los espíritus dolientes de los antiguos condenados que esperan entre gritos la segunda muerte [14]. Verás después a los que también están entre las llamas, pero contentos porque esperan, cuando llegue la ocasión, tener un puesto entre los bienaventurados [15]. Si quieres después subir hasta estos últimos, te acompañará en ese viaje un alma más digna que yo y te dejaré con ella cuando yo parta, porque el Emperador que reina en las alturas no permite que se entre en su ciudad por mediación mía, porque fui rebelde a su ley [16]. Él impera en todas partes y reina allá arriba; allí está su ciudad y su alto solio. ¡Oh, feliz aquel a quien elige para habitar en su reino!

Y yo le contesté:

—Poeta, te requiero, por ese Dios a quien no has conocido, que me hagas escapar de este mal y de otro peor [17]. Condúceme a donde has dicho para que yo vea la puerta de San Pedro y a los que, según dices, están tan desolados.

Entonces se puso en marcha y yo seguí tras él.

10 Muchos son los hombres que caen en este pecado de la avaricia. Otra interpretación sería que la avaricia conlleva otros muchos pecados. La avaricia es el pecado más odioso para Dante porque es causa de la corrupción de la Iglesia y del no cumplimiento de la misión para la que fue instituida por Cristo, con lo que esto supone, según las ideas políticas de Dante, para el desorden y las injusticias que veía en la misión temporal.

11 Infinitas son las interpretaciones que se han hecho a propósito de este Lebrel queriéndolo identificar con personajes históricos, el emperador Enrique VII o el protector de Dante, Cangrande della Scala, entre otros. Quedémonos con el lebrel o galgo, perro de caza que perseguirá y expulsará a la loba de Italia. Se trata de un caso de lenguaje ambiguo, propio de las profecías que tanto abundan en la literatura del medioevo.

12 Otra oscura referencia que ha hecho correr ríos de tinta. Parece ser el más convincente de todos los comentarios el que quiere ver en el «fieltro» el paño burdo con que vestían los franciscanos, orden que con el voto de pobreza podía servir de ejemplo para el orgulloso Papado y guiarlo así de nuevo a la simplicidad evangélica de sus orígenes.

13 Nombre de algunos de los combatientes que cayeron en la guerra entre troyanos y volscos: Euríalo y Niso, compañeros de Eneas, y Camila, hija del rey de los volscos, y Turno, rey de los rútulos, combatientes en el bando contrario.

CANTO SEGUNDO

PROEMIO DEL INFIERNO: TERROR HUMANO Y CONFORTACION DIVINA. LAS TRES MUJERES BENDITAS

Los intentos de subir a la colina le han hecho perder todo el día; ahora estamos en la noche del Viernes Santo. Dante se desanima ante el camino que le queda por recorrer y Virgilio tiene que devolverle la confianza explicándole que Beatriz, advertida

14 El juicio final y la consiguiente condenación o segunda muerte, ya para la eternidad.

15 Las almas que están en el Purgatorio.

16 Virgilio, pagano, no puede disfrutar de los beneficios de la Redención. Por otra parte, la Razón, simbolizada aquí por Virgilio, es insuficiente para llevarnos por sí sola a la salvación, sin la cooperación de la Gracia santificante.

17 El mal del pecado en el que ahora mismo se encuentra Dante y otro peor: la condenación, que sería consecuencia lógica del primero.

por Santa Lucía y a instancias de la Virgen, es quien lo envía para rescatarlo. Con nuevas fuerzas, Dante reemprende el camino.

El día terminaba; el aire de la noche invitaba a descansar de sus fatigas a los seres animados que existen sobre la Tierra [18] y sólo yo me preparaba a sostener los combates del camino y de las cosas dignas de compasión que mi memoria trazará sin equivocarse. ¡Oh, Musas! ¡Oh, alto ingenio! Venid en mi ayuda [19]. ¡Oh, memoria que registraste lo que vi! [20], ahora aparecerá tu nobleza.

Yo comencé:

—Poeta que me guías, mira si mi virtud es bastante fuerte antes de aventurarme en tan profundo pasaje. Tú dices que el padre de Silvio [21], aún corruptible, bajó al mundo eterno con su cuerpo mortal. No parece increíble a hombre de alto ingenio que Dios, enemigo de todo mal, así lo permitiese, pensando en los grandes efectos y en los hechos y gentes que de ello debían sobrevenir, pues en el Empíreo fue elegido para ser padre de la fecunda Roma y de su imperio; el uno y la otra, a decir verdad, fueron establecidos en el sitio santo donde reside el sucesor del gran Pedro. Durante ese viaje al Infierno, que tú narras, oyó cosas que presagiaron su victoria y la del poder papal [22]. También el Vaso de Elección [23] fue transportado para dar más firmeza a la Fe, que es principio del camino de la salvación. Pero yo, ¿por qué he de ir? ¿Quién me lo permite? Yo no soy Eneas ni

[18] Fórmula que se encuentra a menudo en Virgilio: «Nox erat, et terris animalia somnus habebat» (*Aen.*, III, 147).

[19] Aquí empieza verdaderamente el poema, siguiendo el modelo de la épica clásica. El Canto I no ha sido más que una introducción al viaje de ultratumba.

[20] Es una afirmación de la realidad del viaje, de la verdad de su experiencia mística. Se repetirá varias veces a lo largo del poema.

[21] Es el mismo Eneas, que tuvo a Silvio de su unión con Lavinia, y de cuya bajada a los infiernos se nos habla en el libro VI de la *Eneida*.

[22] Anquises, padre de Eneas, le profetiza en el Infierno la victoria sobre los rútulos y el establecimiento de su poder en Roma, en la que, andando el tiempo, también habría de asentarse la autoridad papal.

[23] Según la tradición, también San Pablo, «el Vaso de Elección», entró en carne mortal en el mundo ultraterreno (II, *Cor.*, 12, 2-4).

San Pablo: ante nadie, ni ante mí mismo, me creo digno de tal honor. Porque si me lanzo a tanta empresa, temo por mi loco empeño. Comprenderás las razones que me callo, puesto que eres sabio.

Y como aquel que no quiere ya lo que antes quería y que, asaltado de una nueva idea, cambia de parecer de suerte que abandona lo que había comenzado, así me sucedía en aquella oscura y solitaria playa. Porque, a fuerza de pensar, abandoné la empresa que había empezado con tanto ardor.

—Si he comprendido bien tus palabras —respondió aquella sombra magnánima—, tu alma está traspasada de espanto, el cual se apodera frecuentemente del hombre, y tanto, que lo retrae de una empresa honrosa, de la misma forma que una vana sombra hace a veces retroceder a una fiera. Para librarte de ese temor te diré por qué he venido y lo que vi en el primer momento en que me moviste a compasión. Yo estaba entre los que se hallan en suspenso [24], y me llamó una dama tan santa y tan bella que tuve que rogarle que me diera sus órdenes. Brillaban sus ojos más que la Estrella y empezó a decirme con voz angelical, en su lengua [25]: «¡Oh, alma cortés mantuana, cuya fama dura aún en el mundo y durará mientras el mundo exista! Mi amigo, que no lo es de la ventura, se ve tan embarazado en la playa desierta que el miedo le ha hecho retroceder; y temo (por lo que he oído sobre él en el Cielo) que se haya extraviado ya y que sea tarde para que yo acuda en su socorro. Ve, pues, y con tus elocuentes palabras y con todo lo que se necesite para sacarlo de su apuro, auxílialo tan bien que yo quede consolada. Yo, que te envío a él, soy Beatriz, y vengo de un sitio al que deseo volver. Amor me impele y es el que me hace hablar. Cuando vuelva a estar delante de mi Señor alabaré la fuerza de la razón humana.» Después calló y yo le dije: «¡Oh, reina de todas las

[24] Entre las almas del Limbo, suspendidas entre su deseo de ver a Dios y su conocimiento de que nunca lo lograrán. Volveremos sobre el tema en *Inf.* IV.

[25] Beatriz se ha aparecido a Virgilio con una apariencia tan hermosa y tan angelical que el poeta latino le rinde de inmediato el homenaje de su obediencia, en una relación claramente «stilnovista». Beatriz se ha convertido en la *Comedia* en el símbolo del conocimiento de las cosas reveladas, es decir, de la Teología, por la cual el hombre, y en este caso Dante, puede llegar a la felicidad eterna.

virtudes, por la que la especie humana excede a todos los demás seres del círculo inferior! Tanto me place tu orden que aunque ya te hubiera obedecido me parecería que había tardado en hacerlo; no tienes más que expresarme tus deseos. Mas dime: ¿por qué causa no temes descender al fondo de este centro [26] desde lo alto de esos inmensos lugares adonde ardes en deseos de volver?» «Puesto que tanto quieres saber —respondióme—, te diré brevemente por qué no temo venir a este abismo. Sólo deben temerse las cosas que pueden redundar en perjuicio de uno, pero no aquellas que no pueden hacerlo. Por la merced de Dios, estoy hecha de tal suerte que no me alcanzan vuestras miserias ni puede prender en mí la llama de este incendio. Hay en el Cielo una dama gentil [27] que se conduele del obstáculo opuesto a la persona a quien te envío y que mitiga el duro juicio de la justicia divina. Ella se ha dirigido a Lucía [28] con sus ruegos y le ha dicho: "Tu fiel amigo tiene necesidad de ti y te lo recomiendo." Lucía, enemiga de todo corazón cruel, se ha conmovido y ha ido al lugar donde yo me encontraba, sentada al lado de la antigua Raquel [29] y me ha dicho: "Beatriz, verdadera alabanza de Dios, ¿no socorres a aquel que te amó tanto y que por ti salió de la vulgar esfera? [30]. ¿No oyes su queja conmovedora? ¿No ves la muerte contra la que combate, inmerso en el río del pecado, más formidable que el mismo mar?"» En el mundo no ha habido jamás persona más pronta a correr hacia su felicidad o más presta a huir de su peligro que yo misma cuando oí esas palabras. Descendí desde mi dichoso lugar fiándome de esa elo-

26 El Infierno está en el centro de la tierra y es el lugar más bajo del universo, según la concepción topográfica dantesca.

27 Hay diferentes interpretaciones: la Virgen, mediadora de la Gracia o, según otros, la Gracia misma.

28 Lucía, patrona de los ciegos, símbolo de la Gracia iluminativa, guía en la ceguera del pecado.

29 Mujer de Jacob, símbolo de la vida contemplativa, de la misma manera que su hermana Lía lo es de la vida activa.

30 Dentro de la filosofía amorosa «stilnovista», el amor por la *donna gentile,* por la mujer angelical, eleva al enamorado sobre los demás mortales. Estilísticamente, esto se manifiesta en la escuela poética por medio del dulce estilo que lo caracteriza y que Dante ha seguido después de haber conocido a Beatriz y haber encontrado la poética «della lode». Cfr *Prólogo,* «Vita Nuova».

cuente palabra que te honra y que honra a cuantos la han oído. Después de haberme hablado de este modo volvió hacia mí sus ojos brillantes, con lo que me hizo partir más presuroso. Y me he dirigido a ti, tal como ha sido su voluntad, y así te he preservado de aquella fiera que te cerraba el camino más corto hacia la montaña. Por lo tanto, ¿qué tienes?, ¿por qué tardas?, ¿por qué abrigas tanto temor en tu corazón?, ¿por qué no tienes atrevimiento ni valor cuando tres mujeres benditas cuidan de ti en la corte celestial y mis propias palabras te prometen tanto bien?

Y así como las florecillas, inclinadas y cerradas por la escarcha, se abren erguidas en cuanto el Sol las ilumina, así creció mi abatido ánimo e inundó mi corazón tal aliento que exclamé, como un hombre decidido:

—¡Oh, cuán piadosa es la que me ha socorrido! ¡Y tú también, alma bienhechora, que has obedecido con tanta prontitud las palabras de verdad que ella te ha dicho! Con las tuyas has preparado mi corazón de tal suerte y le has comunicado tanto deseo de emprender el gran viaje, que vuelvo a abrigar mi primer propósito. Ve, pues; porque una sola voluntad nos dirige. Tú eres mi guía, mi señor y mi maestro [31].

Así le dije; y en cuanto echó a andar, entré por el camino profundo y salvaje.

CANTO TERCERO

LA PUERTA DEL INFIERNO. EL VESTÍBULO DE LOS IGNAVOS Y EL PASO DEL AQUERONTE

Pasada la puerta del Infierno, se encuentran en el Vestíbulo, donde los condenados corren eternamente, despreciados tanto por la misericordia como por la justicia. Carón, el barquero in-

31 Es tan desesperado el estado de Dante, que la Gracia es incapaz de moverlo. Afortunadamente, le queda todavía la razón humana, simbolizada por el poeta latino, que podrá conducirlo, en una primera etapa, hasta el punto en que la Gracia pueda volver a ser efectiva.

fernal, se niega a pasar a Dante, todavía vivo, hasta que Virgilio le obliga a obedecer explicándole el motivo del viaje. Violento terremoto que hace desvanecerse a Dante.

«Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor, por mí se va hacia la raza condenada. La justicia movió a mi supremo Hacedor. El divino poder, la suma sabiduría y el primer amor me hicieron. Antes de mí no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo, a mi vez, duraré eternamente[32]. ¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!»[33].

Vi escritas estas palabras con caracteres negros en el dintel de una puerta, por lo cual exclamé:

—Maestro, el significado de esas palabras me causa miedo.

Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:

—Conviene abandonar aquí todo temor, conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia[34].

Y después de haber puesto su mano en la mía, con rostro alegre que me reanimó, me introdujo en medio de las cosas secretas. Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que, apenas hube dado un paso, me puse a llorar. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncas acompañadas de palmadas[35] producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, dije:

[32] Dios creó el Infierno en un acto de justicia porque el pecado debe ser castigado. Esta creación tuvo lugar con la intervención de las tres personas que forman la Trinidad: el poder del Padre, la infinita caridad del Hijo y la sabiduría del Espíritu Santo.

[33] La creación del Infierno fue un acto que siguió inmediatamente a la caída de Lucifer. Todo lo creado antes, ángeles, cielos y materia prima, es eterno, como lo es el mismo Infierno. Las cosas corruptibles, entre ellas el hombre, fueron creadas después.

[34] Según Aristóteles, el bien de la inteligencia es la verdad. La verdad se identifica con Dios y los condenados lo han perdido.

[35] Golpes que se daban a sí mismos los condenados en su desesperación.

—Maestro, ¿qué es lo que oigo y qué gente es ésta, que parece dominada por el dolor?

Me respondió:

—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio; están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí[36]. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso, pero el profundo Infierno no quiere recibirlos por la gloria que podrían reportar a los demás culpables[37].

Y yo repuse:

—Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto?

A lo que me contestó:

—Te lo diré brevemente. Éstos no esperan morir y su ceguera es tanta que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo y tanto la misericordia como la justicia los desprecian. Pero no hablemos de ellos, sino míralos y pasa adelante[38].

Y yo, fijándome más, vi una bandera que iba ondeando tan de prisa que parecía desdeñosa del menor reposo; tras ella venía tanta muchedumbre que no hubiera creído que la muerte hubiera destruido a tan gran número. Después de haber reconocido a algunos miré más fijamente y vi la sombra de aquel que por cobardía hizo la gran renuncia[39]. Comprendí inmediatamente

[36] La Biblia no nos habla de estos ángeles que ni se rebelaron contra Dios ni se opusieron a Lucifer.

[37] El Cielo no quiere a estos ángeles indecisos por no disminuir su perfección; el Infierno tampoco para que no compartan el mismo castigo los ángeles rebeldes y los indiferentes.

[38] Dante los desprecia por su incapacidad de moverse tanto hacia el bien como hacia el mal; de ahí que estén desdibujados, grises, sin nombre. Desprecio que contrasta con el interés, el odio e incluso la simpatía con que trata a otros condenados que con sus acciones consiguieron dejar memoria en este mundo. Ni la misericordia de Dios se apiada de ellos ni la justicia divina los condena al Infierno.

[39] Otro personaje de difícil identificación. Los comentaristas van desde Esaú (que renunció a la primogenitura) a Pilatos (que renunció a defender a un justo), a Juliano el Apóstata, etc. Interesante la hipótesis de los que lo identifican con el ermitaño Pietro da Morrone, quien, elegido papa con el nombre de Celestino V, renunció al Papado en un acto de humildad, pero cuya renuncia facilitó la elección de Bonifacio VIII, culpable directo, según Dante, de la ruina de Florencia

y adquirí la certeza de que aquella turba era la de los ruines que se hicieron desagradables a los ojos de Dios y a los de sus enemigos. Aquellos desgraciados, que no supieron vivir nunca, estaban desnudos y eran molestados sin tregua por las picaduras de las moscas y avispas que por allí había [40], las cuales hacían correr por sus rostros la sangre que mezclada con sus lágrimas era recogida a sus pies por asquerosos gusanos.

Habiendo dirigido mis miradas a otra parte, vi nuevas almas a la orilla de un gran río, por lo cual dije:

—Maestro, dígnate manifestarme por qué ley parecen ésos tan ansiosos de atravesar el río, según puedo ver a favor de esta débil claridad.

Y él me respondió:

—Te lo diré cuando pongamos nuestros pies sobre la triste orilla del Aqueronte [41].

Entonces, avergonzado y con los ojos bien bajos, temiendo que le disgustasen mis preguntas, me abstuve de hablar hasta que llegamos al río. En aquel momento vimos un anciano cubierto de canas que se dirigía hacia nosotros en una barquichuela, gritando: «¡Ay de vosotros, almas perversas! No esperéis ver nunca el Cielo. Vengo para conduciros a la otra orilla, donde reinan eternas tinieblas, en medio del calor y del frío. Y tú, alma viva, que te presentas aquí: aléjate de entre esas que están muertas». Pero cuando vio que yo no me movía, dijo: «Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí. Para llevarte se necesita una barca más ligera» [42].

Y mi guía le dijo:

---

y de la postración en que se encontraba la Iglesia, así como de los sufrimientos personales de nuestro poeta.

[40] Los que no habían sido aguijados en vida por ningún deseo o razón (de ahí que «no hubieran vivido nunca») son aquí aguijados eternamente. Es el primer ejemplo que encontramos en la *Comedia* de la correspondencia que establece siempre Dante entre la culpa y el castigo.

[41] Uno de los ríos infernales, tomado de Virgilio *(Aen.,*V, 295 y ss.), quien a su vez lo tomó de Homero *(Odisea,* X, 513 y ss.)

[42] En *Purg.,*II y XV, entenderemos estas palabras: las almas de los que se salvan son llevadas en «más ligera barca» al Purgatorio.

—Carón, no te irrites. Así ha sido dispuesto allí donde se puede todo lo que se quiere. Y no preguntes más [43].

Entonces se aquietaron las velludas mejillas del barquero de las lívidas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas, que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cambiaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia. Después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. Carón, con los ojos de ascuas, haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo la malvada raza de Adán se lanzaba una a una desde la orilla a aquella señal, como pájaro que acude al reclamo [44]. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado a la orilla opuesta se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquéllas habían dejado.

—Hijo mío —me dijo el cortés Maestro—, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdeñosas palabras.

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombría

---

[43] Carón, hijo de Erebus y de la Noche, el barquero que transportaba las almas de los condenados a través de los ríos infernales. La descripción que nos da Dante se corresponde perfectamente con las palabras de Virgilio: «Portitor has horrendus aquas et flumina servat / terribili squallore Charon, cui plurima mento / canities inculta iacet, stant lumina flamma,/ sordidus ex umeris nodo dependet amictus» *(Aen.,* VI, 298 y ss.). Es el primero de los personajes mitológicos que usa Dante para asignarle un deber en el *Infierno.* No son exactamente ni demonios ni condenados, sino imágenes de los diferentes apetitos desordenados, y presiden los círculos infernales correspondientes a sus perversas naturalezas.

[44] También la magnífica imagen de la caída de las hojas en otoño está tomada de la *Eneida,* así como la continuación en que compara a las almas apiñadas con los pájaros que acuden a los reclamos (XI, 305-312).

campiña que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

CANTO CUARTO

PRIMER CÍRCULO: EL LIMBO. NIÑOS INOCENTES, PATRIARCAS Y HOMBRES ILUSTRES DE LA ANTIGÜEDAD

Recuperado de su desmayo, Dante se encuentra al otro lado del río. Siguiendo a Virgilio llega al Limbo, residencia de ultratumba de los no bautizados y de los paganos virtuosos. Virgilio cuenta la bajada de Cristo a los infiernos. Después visitan a los grandes hombres de la antigüedad, héroes, poetas y sabios.

Interrumpió mi profundo sueño un trueno tan fuerte que me estremecí como hombre a quien se despierta a la fuerza. Me levanté y, dirigiendo una mirada en derredor mío, fijé la vista para reconocer el lugar en que me hallaba. Vime junto al borde del triste valle, abismo de dolor, en que resuenan infinitos ayes confundidos en un solo fragor. El abismo era tan profundo, oscuro y nebuloso que en vano fijaba mis ojos en su fondo, pues no distinguía cosa alguna.

—Ahora descendamos allá abajo, al tenebroso mundo —me dijo el Poeta, muy pálido—; yo iré primero, tú el segundo.

Yo, que había advertido su palidez, le respondí:

—¿Cómo he de ir yo, si tú, que sueles desvanecer mis incertidumbres, te atemorizas?

Y él repuso:

—La angustia de los desgraciados que están ahí abajo refleja en mi rostro una piedad que tú tomas por terror. Vamos, pues; que la longitud del camino exige que nos apresuremos.

Y sin decir más penetró y me hizo entrar en el primer círculo que rodea el abismo. Allí, según pude advertir, no se oían que-

jas, sino sólo suspiros que hacían temblar la eterna bóveda y que procedían de la pena sin tormento de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños. El buen Maestro me dijo:

—¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron y aunque han ganado méritos en la vida no es suficiente, pues no recibieron el agua del bautismo que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo, no adoraron a Dios como debían. Yo también soy uno de ellos. Por tal falta, y no por otra culpa, estamos condenados. Nuestra pena consiste en vivir con un deseo sin esperanza.

Un gran dolor afligió mi corazón cuando oí esto, porque conocí a personas de muchos méritos que estaban suspensas en el Limbo[45].

—Dime, Maestro y señor mío —le pregunté para afirmarme más en esta Fe que triunfa sobre todo error—, ¿alguna de esas almas ha podido, bien por sus méritos o por los de otro, salir del Limbo y alcanzar la bienaventuranza?

Y él, que comprendió mis palabras encubiertas y oscuras, respondió:

—Yo era recién llegado a este sitio[46] cuando vi venir a un Ser poderoso, coronado con la señal de la victoria[47]. Hizo salir de aquí el alma del primer padre, y la de Abel, su hijo, y la de Noé; la del legislador Moisés, la del obediente patriarca Abrahán y la del rey David; a Israel, con su padre y con sus hijos, y a Raquel,

---

45 No pueden salvarse los que no han conocido a Cristo. Sin embargo, al contrario de los personajes que hemos encontrado en el canto anterior, los habitantes de este círculo han elegido, con la sola luz de la razón, el camino de la virtud. Por ello tienen su premio: están gozando en el más allá que el paganismo imaginó. Alegóricamente, la sola fuerza de la razón no puede ir más lejos: pueden conseguir la felicidad de este mundo, no la de la eternidad, para la que tienen que conjuntarse Gracia, Fe y Razón. Dante vuelve sobre este problema en *Purgatorio,* Cantos VII y XXII, y en *Paraíso,* Cantos XIX y XX.

46 No hacía mucho tiempo que había muerto Virgilio cuando tuvo lugar la muerte de Jesucristo y su bajada a los infiernos, años 19 a.C. y 33 d.C., respectivamente.

47 «Posuitque Dominus crucem suam in medio inferni, quae est signum victoriae», *Evangelio de Nicodemo.*

por quien aquél hizo tanto [48], y a otros muchos a quienes otorgó la bienaventuranza; pues debes saber que, antes de ellos, no se salvaban almas humanas.

Mientras así hablaba no dejábamos de andar, sino que seguíamos atravesando la espesa selva que formaban los espíritus apiñados. Aún no estábamos muy lejos de la entrada del abismo cuando vi un resplandor que triunfaba del hemisferio de las tinieblas: nos encontrábamos todavía a bastante distancia, pero no tanta que no pudiera yo distinguir que aquel sitio estaba ocupado por personas dignas.

—¡Oh, tú, que honras toda ciencia y todo arte! [49]. ¿Quiénes son ésos, cuyo valimiento debe ser tanto que así están separados de los demás?

Y él a mí:

—La honrosa fama que aún se conserva de ellos en el mundo que habitas los hace acreedores a esta gracia del Cielo que de tal suerte los distingue.

Entonces oí una voz que decía: «¡Honrad al sublime poeta; he aquí su alma, que se había separado de nosotros!» Cuando calló la voz vi venir a nuestro encuentro cuatro grandes sombras, cuyos rostros no manifestaban tristeza ni alegría. El buen maestro comenzó a decirme:

—Mira aquel que tiene una espada en la mano y viene a la cabeza de los otros tres, como su señor. Ése es Homero, poeta soberano. El otro es el satírico Horacio. Ovidio es el tercero y el último Lucano. Cada cual merece, como yo, el nombre que antes pronunciaron unánimes; me honran y hacen bien [50].

[48] Israel es el patriarca Jacob; su padre Isaac, sus doce hijos, cabezas de las doce tribus, y su mujer, Raquel, hija de Labán, a quien Jacob estuvo sirviendo durante catorce años para merecerla como esposa.

[49] Ciencia, fundamento de la poesía, y arte (retórica y técnica) eran los atributos del poeta, según la estética medieval.

[50] Empieza aquí la relación de los grandes hombres que vivieron antes de la Redención y que, por lo tanto, no pueden salvarse, aunque se distinguieron y alcanzaron fama eterna por su sabiduría, sus virtudes o sus hechos de armas. Dante no conocía a Homero directamente, pero sí a través de las citas y alabanzas de los autores latinos. Horacio es citado como autor de las sátiras. Estos aquí presentes y Estacio, a quien encontraremos en el Purgatorio, eran los poetas clásicos más conocidos y admirados por la época de Dante. En *Purgatorio,* XII, encontraremos una lista más conspicua de grandes poetas griegos y latinos.

De este modo vi reunida la hermosa compañía de aquel príncipe del sublime canto que vuela como el águila sobre todos los demás [51].

Después de haber estado conversando entre sí un rato, se volvieron hacia mí dirigiéndome un amistoso saludo, que hizo sonreír a mi Maestro y concediéndome después la honra de admitirme en su compañía, de suerte que fui el sexto entre aquellos grandes genios. Así fuimos andando hasta donde estaba la luz, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablarlas en el sitio en que nos encontrábamos [52]. Llegamos al pie de un noble castillo, rodeado siete veces de altas murallas y defendido todo alrededor por un bello riachuelo [53]. Pasamos sobre éste como sobre tierra firme y atravesando siete puertas con aquellos sabios llegamos a un prado de fresca verdura. Allí había personajes de mirada tranquila y grave, cuyos semblantes revelaban una gran autoridad, hablaban poco y con voz suave. Nos retiramos luego hacia un extremo de la pradera, a un sitio despejado, alto y luminoso, donde podían verse todas aquellas almas. Allí, en pie sobre el verde esmalte, me fueron señalados los grandes espíritus cuya contemplación me hizo estremecer de alegría [54]. Allí vi a Electra con muchos de sus descendientes,

[51] Es Homero, que viene delante de los demás portando la espada de la poesía épica, príncipe de los poetas, en palabras de Virgilio.

[52] Suponemos que hablando de la profesión común, la poesía, que sería inoportuno repetir aquí. No se encuentra ninguna otra explicación en los diferentes comentaristas que he consultado.

[53] El noble castillo es la sabiduría, rodeado por los siete muros de las siete ramas del conocimiento: física, metafísica, ética, política, economía, matemáticas y dialéctica. Otros comentaristas prefieren ver una alusión a las siete artes liberales.

[54] Empieza una larga lista, muy del gusto de la literatura didáctica, recurso que nos sirve para conocer la valoración que el hombre medieval hacía de la historia, la leyenda y la mitología, en un *totum revolutum* tópico al que no podía escapar nuestro poeta. Electra, madre de Dárdano, el fundador de Troya. Pentesilea, reina de las amazonas. Latino, rey del Lacio, esposo de Amata y padre de Lavinia. Siguiendo las admoniciones de un oráculo, Lavinia fue prometida a Eneas, rompiéndose así la promesa hecha anteriormente a Turno. Derrotado éste, el troyano y la princesa latina se unen en matrimonio y Eneas sucederá a Latino a su muerte. Bruto derrocó la monarquía romana en la persona de Tarquino el Soberbio. A este hecho va unido el nombre que aparece a continuación, Lucrecia, esposa

entre los que conocí a Héctor y a Eneas; después a César, armado, con sus penetrantes ojos. Vi en otra parte a Camila y a Pentesilea, y vi al rey Latino, que estaba sentado al lado de su hija Lavinia; vi a aquel Bruto que arrojó a Tarquino de Roma; a Lucrecia también, a Julia, a Marcia y a Cornelia y a Saladino, que estaba solo y separado de los demás. Habiendo levantado después la vista, vi al maestro de los que saben, sentado entre su filosófica familia. Todos lo admiran, todos lo honran; vi además a Sócrates y a Platón, que estaban más próximos a aquél que a los demás; a Demócrito, que pretende que el mundo ha tenido por origen la casualidad; a Diógenes, a Anaxágoras y a Tales, a Empédocles, a Heráclito y a Zenón; vi al buen observador de la cualidad, es decir, a Dioscórides, y vi a Orfeo, a Tulio y a Lino, y al moralista Séneca; y al geómetra Euclides, a Tolomeo, Hipócrates, Avicena y Galeno, y a Averroes, que hizo el gran comentario. No me es posible acordarme de todos, porque me arrastra el largo tema que he de seguir y muchas veces las

de Lucio Tarquino Collatino, la que, ultrajada por Sexto Tarquino, hijo del rey de Roma, se mató para limpiar su honor, lo que llevó a la revolución de Lucio Junio Bruto (Livio, *Ab Urb.*, I, 57-60). Julia, hija de César; por razones políticas, César la obliga a divorciarse de Cornelio Caepio y la casa con Pompeyo. Lucano lamenta que su temprana muerte (54 a.C.) hubiera hecho imposible la reconciliación entre Pompeyo y César, lo que condujo a la guerra civil *(Farsalia,* I, iii, 20). Marcia, hija de Lucio Mario Filipo y segunda esposa de Catón de Utica. También es Lucano quien nos cuenta que, tras el nacimiento de su tercer hijo, Catón la cede a su amigo Hortensio, porque pensaba que la única razón del matrimonio era la procreación. Tras la muerte de Hortensio, Catón vuelve a desposarla. Cornelia, hija de Escipión el Africano, esposa de Tiberio Sempronio Graco y madre de los dos famosos tribunos Tiberio y Cayo. Prototipo de la austeridad de la matrona romana durante la época de la República. Saladino (Yusuf Salah-ed-din, 1138-1193), el gran sultán fundador de la dinastía ayubita de Egipto. Fue el gran oponente de los cristianos en las Cruzadas, pero aun así Dante lo coloca entre los grandes hombres del Limbo; efectivamente, la fama de su prodigalidad y buen gobierno fue proverbial durante la Edad Media. Lo cita igualmente en el *Convivio* (IV, xi, 14), figura en dos cuentos de Boccaccio (I, 3 y X, 9) y en varios cuentos de las *Cento novelle antiche.* El «maestro de los que saben» es Aristóteles. El filósofo Demócrito sostenía que el mundo se había formado por la unión casual de los átomos; Dante obtuvo este conocimiento por Cicerón *(De nat. deor.,* I, 24). Junto a estos nombres de personajes históricos coloca a Orfeo y a Lino, personajes míticos, músicos y poetas. Averroes es el filósofo «que hizo el gran comentario» de Aristóteles.

palabras son breves para el asunto. Bien pronto la compañía de seis queda reducida a dos: mi sabio guía me conduce por otro camino fuera de aquella inmovilidad hacia un aura temblorosa, y llegamos a un punto privado totalmente de luz.

CANTO QUINTO

SEGUNDO CÍRCULO: LOS LUJURIOSOS. MINOS. PECADORES CARNALES. FRANCESCA DE RÍMINI

Bajaba al segundo Círculo, que es la primera estancia de los incontinentes. A su entrada se encuentra Minos, el juez infernal, enviando a las almas al castigo correspondiente a cada pecado. Vencida su oposición a dejar entrar a Dante al declarar Virgilio la suprema voluntad que lo manda así, los viajeros entran para observar a los lujuriosos arrastrados por un torbellino, imagen equivalente de la pasión que los arrastró en esta vida. Tras una rápida visión de los amantes más famosos de la antigüedad, Francesca de Rímini cuenta a Dante su historia. En este círculo y en los tres siguientes están castigados los que, más que elegir el mal, no tuvieron fuerzas suficientes para elegir el bien.

Así descendí del primer Círculo al segundo, que contiene menos espacio pero mucho más dolor, y dolor punzante, que origina desgarradores gritos. Allí estaba el horrible Minos[55], que, rechinando los dientes, examinaba las culpas de los que entraban, juzgaba y daba a comprender sus órdenes por medio de las vueltas de su cola. Es decir, que cuando se presenta a él un alma pecadora y le confiesa todas sus culpas, aquel gran conocedor de los pecados ve qué lugar del Infierno debe ocupar y se lo

[55] Rey de Creta, legislador y, tras su muerte, juez de los infiernos. Puede ser igualmente la imagen de la conciencia, ya que las almas se condenan basándose en la aceptación de sus propias culpas. Si el pecado puede ser un autoengaño, la condena debe ser una autocondena; por eso todas las almas que encuentra Dante en su viaje le dicen la verdad sobre sí mismas.

designa ciñéndose al cuerpo la cola tantas veces cuantas sea el número del Círculo a que debe ser enviada. Ante él están siempre muchas almas acudiendo por turno para ser juzgadas: hablan y escuchan y después son arrojadas al abismo.

—¡Oh, tú, que vienes a la mansión del dolor! —me gritó Minos cuando me vio, suspendiendo sus funciones—; mira cómo entras y de quién te fías; no te alucine lo anchuroso de la entrada.

Entonces mi guía le preguntó:

—¿Por qué gritas? No te opongas a su viaje, ordenado por el destino; así lo han dispuesto allí donde se puede lo que se quiere. Y no preguntes más.

Luego empezaron a dejarse oír voces plañideras y llegué a un sitio donde hirieron mis oídos grandes lamentos. Entrábamos en un lugar que carecía de luz y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal, que no se detiene nunca, envuelve en su torbellino a los espíritus, les hace dar vueltas continuamente y los agita y los molesta. Cuando se encuentran ante la ruinosa roca que los encierra, allí son los gritos, los llantos y los lamentos, y las blasfemias contra la virtud divina. Supe que estaban condenados a semejante tormento los pecadores carnales [56] que sometieron la razón a sus lascivos apetitos; y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación del frío, así aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados llevándolos de acá para allá y de arriba a abajo, sin que abriguen nunca la esperanza de tener un momento de reposo ni de que su pena se aminore. Y del mismo modo que las grullas van lanzando sus tristes acentos, formando todas una prolongada hilera en el aire, así también vi venir, exhalando gemidos, a las sombras arrastradas por aquella tromba [57]. Por lo cual pregunté:

---

56 Los lujuriosos. El lenguaje se concentra en los pecados de la carne, aunque el simbolismo pueda ser más amplio. Los pecadores de este círculo han pecado *también por amor* y por eso su pecado es el menos odioso y su castigo el más leve. Otros pecados similares, pero en los que el amor no toma parte, se encuentran a mayor profundidad.

57 Las almas encontradas aquí han sido arrastradas por la pasión en este mundo y ahora están arrastradas por la eternidad por el viento negro, sin forma y sin luz. Si el castigo es la contraparte del pecado, podemos ver en el viento el mismo ciego torbellino de la pasión, pero experimentado sin ilusión alguna.

—Maestro, ¿qué almas son esas a quienes de tal suerte castiga ese aire negro?

—La primera de esas de quienes deseas noticias —me dijo entonces— fue emperatriz de una multitud de pueblos donde se hablaban diferentes lenguas, y tan dada al vicio de la lujuria que permitió en sus leyes todo lo que incitaba al placer para ocultar de ese modo la abyección en que vivía. Es Semíramis [58], de quien se lee que sucedió a Nino y fue su esposa, y reinó en la tierra de que hoy es dueño el Sultán. La otra es la que se mató por amor y quebrantó la fe prometida a las cenizas de Siqueo [59]. Después sigue la lasciva Cleopatra. Ve también a Helena, que dio lugar a tan funestos tiempos [60], y ve al gran Aquiles [61], que al fin tuvo que sucumbir por amor. Ve a Paris y a Tristán... [62].

Y más de mil sombras me fue enseñando y designando con el dedo, a quienes Amor había hecho salir de esta vida. Cuando oí a mi sabio nombrar a las antiguas damas y caballeros me sentí dominado por la piedad y quedé como aturdido. Empecé a decir:

---

58 Semíramis, reina de Asiria, esposa de Nino, fundador del imperio de Nínive. «Emperatriz... de diferentes lenguas», porque Babilonia estaba comprendida dentro de su imperio. Es un error de Dante decir, como hace a continuación, que reinó en la tierra que hoy es del Sultán, confundido sin duda con la Babilonia de Egipto.

59 Dido o Elisa, hija de Belus, rey de Tiro, casada con Siqueo. Muerto éste, huye a África, donde funda Cartago. Virgilio la hace contemporánea de Eneas, de quien se enamora cuando el fugitivo troyano llega a Cartago. Cuando Eneas, siguiendo su destino, continúa su viaje a Italia, Dido se suicida.

60 Alusión a la guerra de Troya, de la que Helena fue causa indirecta.

61 El héroe de la *Ilíada* está visto aquí de acuerdo con la tradición medieval transmitida por el *De bello Troiano,* de Dictis Cretense, y el *De exidio Troiae,* de Darete Frigio, obras por las que se conocía en la Edad Media el argumento del poema de Homero. Según esta tradición, Aquiles fue muerto a traición en el templo de Apolo en Troya, donde había acudido para encontrarse con Polixena, hija del rey Príamo, de quien estaba enamorado.

62 Paris muere en la guerra de Troya, de la que fue causante por el rapto de Helena. Tristán es el héroe de varias narraciones del cielo artúrico, «li plus puissant chevalier qui oncques fut en la grant Bretaigne devant le roi Artu e après». Enamorado de Isolda, prometida del rey Marco, es sorprendido por éste, que lo hiere mortalmente. Cuando pide ver a Isolda por última vez la abraza con tal fuerza que le rompe el corazón y los dos amantes mueren juntos. Aunque existía una versión toscana del siglo XIII, Dante probablemente conoció las narraciones artúricas en *langue d'oïl*..

—Poeta, quisiera hablar a aquellas dos almas que van juntas y parecen más ligeras que las otras impelidas por el viento.

Y él me contestó:

—Espera que estén más cerca de nosotros y entonces ruégales, por el amor que las conduce, que se dirijan hacia ti.

Tan pronto como el viento las impulsó hacia nosotros, alcé la voz diciendo:

—¡Oh, almas atormentadas!, venid a hablarnos, si otro no se opone a ello.

Así como dos palomas, excitadas por sus deseos, se dirigen con las alas abiertas y firmes hacia el dulce nido, llevadas con el aire por una misma voluntad, así salieron aquellas dos almas de entre la multitud donde estaba Dido, dirigiéndose hacia nosotros a través del aire malsano, atraídas por mi eficaz y afectuoso llamamiento.

—¡Oh, ser gracioso y benigno, que vienes a visitar en medio de este aire negruzco a los que hemos teñido el mundo de sangre! Si fuéramos amados por el Rey del universo, le rogaríamos por tu tranquilidad, ya que te compadeces de nuestro acerbo dolor. Todo lo que te agrade oír y decir te lo diremos y escucharemos con gusto mientras siga el viento tan tranquilo como ahora[63]. La tierra donde nací está situada en la costa donde desemboca el Po con todos sus afluentes para descansar en el mar. Amor, que se apodera pronto de un corazón gentil, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo que me fue arrebatado, de un modo que aún me atormenta. Amor, que no dispensa de amar al que es amado, hizo que me entregara vivamente al placer de que se embriagaba éste, que, como ves, no me abandona nunca. Amor nos condujo a la misma muerte. Caína[64] espera al que nos arrancó la vida.

Tales fueron las palabras de las dos sombras. Al oír a aquellas almas heridas bajé la cabeza, y la tuve inclinada tanto tiempo que el Poeta me dijo:

—¿En qué piensas!

—¡Ah! —exclamé al contestarle—, ¡cuán dulces pensamientos, cuántos deseos los han conducido a este sitio doloroso!

Después me dirigí a ellos diciéndoles:

—Francesca, tus palabras me hacen derramar tristes y compasivas lágrimas. Pero dime: en tiempo de los dulces suspiros, ¿cómo os permitió Amor conocer vuestros secretos deseos?

Ella contestó:

—No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria, y eso lo sabe bien tu Maestro. Pero si tienes tanto deseo de saber cuál fue el principal origen de nuestro amor, haré como el que habla y llora a la vez. Leíamos un día por pasatiempo las aventuras de Lanzarote[65] y de qué modo cayó en las redes del amor; estábamos solos y sin abrigar sospecha alguna. Aquella lectura hizo que nuestros ojos se buscaran muchas veces y que palideciera nuestro semblante; mas un solo pasaje fue el que decidió de nosotros: cuando leímos que la deseada sonrisa de la amada fue interrumpida por el beso del amante, éste, que jamás se ha de separar de mí, me besó tembloroso en la boca. El libro y quien lo escribió fue para nosotros otro Galeoto[66]; aquel día ya no leímos más.

---

[63] Quien habla es Francesca, hija de Guido da Polenta, señor de Rávena, casada con Gianciotto Malatesta, señor de Rímini, ser deforme y malvado. Enamorada del hermano de Gianciotto, Paolo, fueron sorprendidos por el marido, que los mató atravesándolos con un solo golpe de espada. Esta simple historia da pie a Dante para la explicación detallada del enamoramiento y los efectos del amor según la filosofía del *Dolce Stil Novo*. En las palabras de Francesca, que parece hablar no de su experiencia personal, sino del trasfondo cultural de esta filosofía, encontramos los elementos ideológicos que habían dado lugar a la poesía trovadoresa y a los *romans* del ciclo artúrico. Efectivamente, el amor se apoderó de los dos amantes mientras leían juntos la historia de Lanzarote. Esta doctrina queda resumida así: un corazón gentil, noble y bueno tiende de manera natural al amor, de la misma manera que un corazón innoble es incapaz de experimentar este sentimiento. El mismo Dante lo había expuesto en uno de sus sonetos, «Amor e 'l cor gentil sono una cosa». En la continuación de las palabras de Francesca se repite la idea: el verdadero amor gentil no permite que quien es amado no corresponda con el mismo sentimiento. Sobre los efectos del amor, además del tratamiento literario a que ya hemos hecho referencia, habían escrito numerosos tratadistas, el más conocido de los cuales, Andres Cappellanus *(De Amore)*, ejerció una notable influencia sobre los poetas de la escuela *stilnovista*, a la que pertenecía Dante.

[64] La primera de las cuatro divisiones concéntricas del último círculo del Infierno, donde son castigados los traidores de sus propios consanguíneos (Canto XXXII).

[65] Héroe del *roman* bretón *Lancelot du Lac*, «la flor des chevaliers del monde». En Camelot se enamora de la reina Ginevra, esposa de Arturo. Por este amor culpable fracasará en la búsqueda del Santo Grial.

[66] Galehaut, escudero de Lanzarote, favorece en el *roman* los amores del héroe y Ginevra.

Mientras que un alma decía esto, la otra lloraba de tal modo que yo, movido de compasión, desfallecí como si me muriera y caí como cae un cuerpo inanimado.

CANTO SEXTO

TERCER CÍRCULO: LOS GLOTONES. CERBERO, CIACCO Y SU PROFECÍA

En el tercer Círculo se encuentran los glotones, anegados en el cieno, la lluvia y el granizo, continuamente amedrentados por el trifauce Cerbero. Apaciguado éste, Dante puede hablar con su compatriota Ciacco, que le profetiza los desastres que amenazan a Florencia y las penas que sufren o aguardan a otros protagonistas de la situación florentina. El amor hacia otros, que justificaba hasta cierto punto a los condenados en el Círculo anterior, desaparece en éste, y empezamos a encontrar el amor por uno mismo, simbolizado aquí por la glotonería. Sin reciprocidad, sin posibilidad de comunicación, cada una de las almas se encuentra aislada y hundida en el fango.

Al recobrar los sentidos, que perdí por la tristeza y la compasión que me causó la suerte de los dos cuñados, vi en derredor mío nuevos tormentos y nuevas almas atormentadas doquier iba y doquier me volvía o miraba. Me encontraba en el tercer Círculo, en el de la lluvia eterna, maldita, fría y densa, que cae siempre igualmente copiosa y con la misma fuerza. Espesos granizos, agua negruzca y nieve descienden en turbión a través de las tinieblas; la tierra, al recibirlos, exhala un olor pestífero. Cerbero[67], fiera cruel y monstruosa, ladra con sus tres fauces de perro contra los condenados que están allí sumergidos. Tiene los ojos rojos, los pelos negros y cerdosos, el vientre ancho y las patas guarnecidas de uñas que clava en los espíritus, les desgarra la piel y los descuartiza. La lluvia los hace aullar como

[67] Cerbero, con sus tres fauces, es el símbolo del apetito incontrolado.

perros; los miserables condenados defienden sus cuerpos ofreciendo a la lluvia la parte no mojada y se revuelven sin cesar. Cuando nos descubrió Cerbero, el miserable gusano abrió las bocas enseñándonos sus colmillos; todos sus miembros estaban agitados. Entonces mi guía extendió las manos, cogió tierra y la arrojó a puñados en las fauces ávidas de la fiera. Y del mismo modo que un perro se deshace ladrando y se apacigua cuando muerde su presa, ocupado tan sólo en devorarla, así también el demonio Cerbero cerró sus impuras bocas, cuyos ladridos causaban el aturdimiento de las almas, que quisieran quedarse sordas. Pasamos por encima de las sombras aplastadas por la incesante lluvia, poniendo nuestros pies sobre sus fantasmas, que parecían cuerpos humanos. Todas yacían por el suelo, excepto una que se levantó con presteza para sentarse cuando nos vio pasar ante ella.

—¡Oh, tú, que has venido a este Infierno! —me dijo—, recónoceme si puedes. Tú naciste antes de que yo muriese.

Yo le contesté:

—La angustia que te atormenta es quizá causa de que no me acuerde de ti; me parece que no te he visto nunca. Pero dime, ¿quién eres tú, que a tan triste lugar has sido conducido y condenado a un suplicio que, si hay otro mayor, no será por cierto tan desagradable?

Contestóme:

—Tu ciudad, tan llena hoy de envidia que ya colma la medida, me vio en su seno en vida más serena. Vosotros, los habitantes de esa ciudad, me llamasteis Ciacco[68]. Por el reprensible pecado de la gula me veo, como ves, sufriendo esta lluvia. Yo no soy aquí la única alma triste; todas las demás están condenadas a igual pena por la misma causa.

Y no pronunció una palabra más. Yo le respondí:

—Ciacco, tu martirio me conmueve tanto que me hace verter

[68] Personaje florentino del que poco sabemos. Descarado parásito e impenitente glotón debió ser y como tal nos lo presenta Boccaccio *(Decameron,* IX, 8), aunque también nos dice que era persona de buena educación y agradable ingenio, «assai costumato e tutto pieno di belli e di piacevoli motti». Así debió de ser, porque Dante lo trata con respeto y lo usa para poner en su boca un serio discurso sobre la situación de Florencia.

lágrimas. Pero dime, si es que lo sabes: ¿en qué pararán los habitantes de esa ciudad tan dividida en facciones? Dime por qué razón se ha introducido en ella la discordia.

Me contestó:

—Después de grandes debates, llegarán a verter su sangre y el partido salvaje arrojará al otro partido causándole grandes pérdidas[69]. Luego será preciso que el partido vencedor sucumba al cabo de tres años y que el vencido se eleve, merced a la ayuda de aquel que ahora está disimulando[70]. Esta facción llevará la frente erguida durante mucho tiempo, teniendo bajo su férreo yugo a la otra por más que ésta se lamente y avergüence. Aún hay dos justos, pero nadie los escucha: la soberbia, la envidia y la avaricia son las tres antorchas que han inflamado los corazones.

Aquí dio Ciacco fin a su lamentable discurso y yo le dije:

—Todavía quiero que me informes y me concedas algunas palabras. Dime dónde están y dame a conocer a Farinata y al Teghiaio, que fueron tan dignos; a Jacobo Rusticucci, Arigo y Mosca y a otros que se dedicaban a hacer bien, pues siento un gran deseo de saber si están entre las dulzuras del Cielo o entre las amarguras del Infierno[71].

A lo que me contestó:

—Están entre las almas más perversas, porque a consecuencia de otros pecados los han arrojado a un círculo más profundo; si bajas hasta allí, podrás verlos. Pero cuando vuelvas al dulce

[69] El partido de los *Blancos,* de la familia de los Cerchi, que expulsará a los miembros del otro, el de los *Negros,* de la Familia Donati.

[70] El papa Bonifacio VIII, que había de enviar como pacificador de Florencia a Carlos de Valois, pero con el secreto designio de imponer el gobierno de los *Negros.*

[71] Farinata degli Uberti (†1264), jefe del partido gibelino de Florencia. Como nos dirá Ciacco, no está en este círculo y lo encontraremos entre los herejes, en el Círculo 6, Canto X del *Infierno.* Tegghiaio Aldobrandi, güelfo, tampoco está aquí, sino entre los sodomitas *(Inf.,* XVI). Sin embargo, según el cronista Villani, era «cavalliere savio e prode e di grande autoritade». Iacopo Rusticucci está también en el mismo círculo. No sabemos quién es Arrigo, aunque Boccaccio en su comentario lo identifica con Arrigo Gandonati, «onorevole e famoso cavalliere e cittadino». Mosca de' Lamberti, causante de la muerte de Buondelmonte de' Boundelmonti (1215), lo que trajo como consecuencia la implantación de los dos partidos rivales de güelfos y gibelinos. Más adelante lo encontraremos entre los sembradores de discordias *(Inf.,* XVIII).

mundo, te ruego que hagas porque en él se renueve mi recuerdo. Y no te digo ni te respondo más.

Entonces volvió los ojos, que había tenido fijos; miróme un momento y luego inclinó la cabeza y volvió a caer entre los demás ciegos. Mi guía me dijo:

—Ya no volverá a levantarse hasta que se oiga el sonido de la angélica trompeta para presentarse a Juicio ante Cristo. Cada cual encontrará entonces su triste tumba; recobrará sus carnes y su figura; y oirá el juicio que debe resonar por toda una eternidad.

Así fuimos atravesando aquella impura mezcla de sombras y de lluvia, con paso lento, razonando un poco sobre la vida futura. Por lo cual dije:

—Maestro, ¿estos tormentos serán mayores después de la gran sentencia, o bien menores, o seguirán siendo igual de dolorosos?

Y él a mí:

—Acuérdate de tu ciencia[72], que pretende que cuanto más perfecta es una cosa, tanto mayor bien o dolor experimenta. Aunque esta raza maldita no debe jamás llegar a la verdadera perfección, espera ser después del Juicio más perfecta que ahora.

Continuamos hablando de otras cosas que no refiero y llegamos al sitio por donde se desciende. Allí encontramos a Plutón, el gran enemigo.

CANTO SÉPTIMO

CUARTO CÍRCULO: LAS ALMAS DE LOS AVAROS Y DE LOS PRÓDIGOS. PLUTÓN. PENAS A QUE ESTÁN CONDENADOS. LA FORTUNA

Tras vencer la oposición de Plutón, encuentran en el cuarto Círculo a los avaros y los pródigos, dos caras del mismo pecado, arrojándose mutuamente grandes rocas. Virgilio explica la natu-

[72] La doctrina escolástica, que sostiene que cuanto más perfecto es un ser más es capaz de sentir el bien y el mal. Estas almas serán más perfectas cuando, tras el Juicio Final, se unan a sus cuerpos respectivos.

raleza de la Fortuna. Descienden el acantilado y cruzan la laguna Estigia, que forma el quinto Círculo, residencia de los iracundos. Rodeándola, llegan al pie de una atalaya. Un grado más en el proceso de degeneración y hemos llegado al egoísmo, que, naturalmente, se opone a todos los demás egoísmos, efecto representado por el antagonismo entre avaros y dispendiosos.

—«Pape Satán, Pape Satán Aleppe» [73], comenzó a gritar Plutón con ronca voz. Y aquel sabio gentil, que conoce todo lo que puede animarme, dijo:

—No te inquiete el temor, pues a pesar de su poder no te impedirá que desciendas a este círculo.

Después, volviéndose hacia aquel rostro hinchado de ira, le dijo:

—Calla, lobo maldito; consúmete interiormente con tu propia rabia. No sin razón venimos al profundo Infierno, pues así lo han dispuesto allá arriba, donde Miguel castigó la soberbia rebelión.

Como las velas hinchadas por el viento caen derribadas cuando el mástil se rompe, del mismo modo cayó al suelo aquella fiera cruel. Así bajamos a la cuarta cavidad aproximándonos más a la dolorosa orilla que encierra en sí todo el mal del universo. ¡Ah, justicia de Dios!, ¿quién puede amontonar tantas penas y trabajos como allí vi? ¿Por qué nos destruyen así nuestras propias faltas? Aquí chocan los condenados unos con otros, lo mismo que la ola, saltando sobre el escollo de Caribdis, se rompe contra la que encuentra. Allí vi más condenados que en ninguna otra parte, los cuales, formados en dos filas, se lanzaban de la una a la otra parte enormes pesos con todo el esfuerzo de su pecho, gritando fuertemente; dábanse grandes empellones y después se volvía cada cual hacia atrás, exclamando: «¿Por qué guardas?», o «¿Por qué derrochas?» De esta suerte iban girando por aquel tétrico círculo, yendo desde un extremo hasta su opuesto y repitiendo a gritos su injurioso estribillo. Después, cuando cada uno había llegado al centro de su círculo, se volvían todos a la vez para empezar de nuevo otra pelea.

[73] Aunque hay quien quiere ver estas palabras como faltas de significado, manifestando en ellas un lenguaje demoníaco ininteligible para los hombres y muestra de la bestialidad inhumana del personaje que las pronuncia, los comentaristas antiguos dicen que *pape* sería una interjección y *aleppe* (la primera letra del alfabeto hebreo, *aleph)* querría significar «el primero». En este caso, la frase debería ser entendida como «¡Oh, Satán, oh, Satán, príncipe!»

Yo, que tenía el corazón conmovido, dije:

—Maestro mío, indícame qué gente es ésta. Todos esos tonsurados que vemos a nuestra izquierda, ¿han sido clérigos?

Y él me respondió:

—Todos fueron de tan limitado talento en la primera vida que no supieron gastar razonablemente; así lo manifiestan ellos con claridad cuandö llegan a los dos puntos del círculo que los separa de los que siguieron camino opuesto. Estos que no tienen cabellos que cubran sus cabezas fueron clérigos, papas y cardenales a quienes subyugó la avaricia.

Y yo:

—Maestro, entre todos éstos deberá haber algunos a quienes yo conozca y a quienes tan inmundos hizo este vicio.

Y él a mí:

—En vano esforzarás tu imaginación: la vida sórdida que los hizo deformes hace que hoy sean impenetrables e irreconocibles. Continuarán chocando entre sí eternamente y saldrán éstos del sepulcro con los puños cerrados y aquéllos con el cabello rapado. Por haber gastado mal y guardado mal han perdido el Paraíso y se ven condenados a ese eterno combate, que no necesito pintarte con palabras escogidas. Ahí podrás ver, hijo mío, cuán rápidamente pasa el soplo de los bienes de la Fortuna por los que la raza humana se afana y querella. Todo el oro que existe bajo la Luna y todo el que ha existido no puede dar un momento de reposo a estas almas fatigadas.

—Maestro —le dijo entonces—, enséñame cuál es esa Fortuna de que me hablas y que así tiene entre sus manos los bienes del mundo.

Y él a mí:

—¡Oh locas criaturas! ¡Cuán grande es la ignorancia que os extravía! Quiero que te alimentes con mis lecciones. Aquel cuya sabiduría es superior a todo, hizo los cielos y les dio una guía, de modo que toda parte brilla para toda parte, distribuyendo la luz por igual; con el esplendor del mundo hizo lo mismo y

le dio una guía que, administrándolo todo, hiciera pasar de tiempo en tiempo las vanas riquezas de una a otra familia, de una a otra nación, a pesar de los obstáculos que crean la prudencia y la previsión humanas. He aquí por qué. Mientras una nación impera otra languidece, según el juicio de Aquel que está oculto como la serpiente en la hierba. Vuestro saber no puede contrastarlo, porque provee, juzga y prosigue su reinado, como el suyo cada una de las otras deidades. Sus transformaciones no tienen tregua; la necesidad la obliga a ser rápida, por eso se cambia todo en el mundo con tanta frecuencia. Tal es esa a quien tan a menudo vituperan los mismos que deberían ensalzarla y de quien blasfeman y maldicen sin razón. Pero ella es feliz y no oye esas maldiciones; contenta entre las primeras criaturas, prosigue su obra y goza en su beatitud[74]. Bajemos ahora donde existen mayores y más lamentables males. Ya descienden las estrellas que salieron cuando me puse en marcha y nos está prohibido retrasarnos mucho.

Atravesamos el círculo hasta la otra orilla, no lejos de un hirviente manantial que vierte sus aguas en un arroyo que le debe su origen y cuyas aguas son más bien oscuras que azuladas, y bajamos por un camino distinto, siguiendo el curso de las tenebrosas ondas. Cuando aquel arroyo ha llegado al pie de la playa gris e infecta, forma una laguna llamada Estigia; y yo, que miraba atentamente, vi algunas almas encenagadas en aquel pantano, completamente desnudas y de irritado semblante[75].

Se golpeaban no sólo con las manos, sino con la cabeza, con el pecho, con los pies, arrancándose la carne a pedazos con los dientes. Díjome el buen Maestro:

[74] Extensa disertación de Virgilio sobre la Fortuna, tema insistente entre las preocupaciones de los hombres de la Edad Media y el Humanismo. Contra todos los que han vituperado a la inconstante diosa, Dante toma la postura propia de un cristiano convirtiendo a la voluble deidad en un instrumento de la providencia divina. Es una inteligencia celeste que tiene sus leyes, ocultas para los hombres, pero coincidentes con la voluntad de Dios.

[75] Otra vez nos encontramos con dos pecados contrapuestos en su manifestación terrena pero castigados en el mismo lugar infernal: los iracundos y sus opuestos los melancólicos. En la superficie de la laguna Estigia los condenados se atacan unos a otros y en las profundidades los depresivos melancólicos que, ahogados por las cenagosas aguas, no logran articular palabra y sólo producen un ininteligible borboteo.

—Hijo, contempla las almas de los que han sido dominados por la ira. Quiero además que sepas que bajo estas aguas hay una raza condenada que suspira y la hace hervir en la superficie, como te lo indican tus miradas en cuantos sitios se fijan. Metidos en el lodo dicen: «Estuvimos siempre melancólicos bajo aquel aire dulce que alegra el Sol, llevando en nuestro interior una tétrica humareda; ahora nos entristecemos también en medio de este negro cieno.» Estas palabras salen del fondo de sus gargantas como si formaran gárgaras, no pudiendo pronunciar una sola íntegra.

Así fuimos describiendo un gran arco alrededor del fétido pantano, entre la playa seca y el agua, vueltos los ojos hacia los que se atragantaban con el fango, hasta que al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO OCTAVO

QUINTO CÍRCULO: LOS IRASCIBLES. FLEGIAS, FELIPE ARGENTI. LA CIUDAD DE DITE

Desde la atalaya se avisa a la ciudad de Dite, desde donde envían a Flegias para transbordar a los viajeros al otro lado de la Estigia. En el trayecto encuentran el alma enlodada de Felipe Argenti. Rodeando las murallas al rojo vivo de la ciudad de Dite, llegan a una puerta guardada por los ángeles caídos, que les impiden la entrada. Si quieren seguir adelante, tienen que esperar la ayuda divina.

Digo, continuando, que mucho antes de llegar al pie de la elevada torre, nuestros ojos se fijaron en su parte más alta a causa de dos lucecitas que allí vimos y otra más, que se correspondía con estas dos, pero desde tan lejos que apenas podía distinguirse. Entonces, dirigiéndome hacia el mar de toda ciencia, dije:

—¿Qué significan esas llamas? ¿Qué responde aquella otra y quiénes son los que hacen esas señales?

Respondióme:

—Sobre esas aguas fangosas puedes ver lo que ha de venir, si es que no te lo ocultan los vapores del pantano.

Jamás cuerda alguna despidió una flecha que corriese por el aire con tanta velocidad como una navecilla que vi surcando las aguas en nuestra dirección, gobernada por un solo remero, que gritaba: «¿Has llegado ya, alma vil?»

—Flegias, Flegias[76], gritas en vano esta vez —dijo mi guía—; no nos tendrás en tu poder más tiempo que el necesario para pasar la laguna.

Flegias, conteniendo su cólera, hizo lo que un hombre a quien descubren que ha vivido víctima de un engaño, ocasionándole esto un despecho profundo. Mi guía saltó a la barca y me hizo entrar en ella tras él; pero aquella barca no pareció ir cargada hasta que recibió mi peso. En cuanto ambos estuvimos dentro, la antigua proa partió, trazando en el agua una estela más profunda de lo que solía cuando llevaba a otros pasajeros[77]. Mientras recorríamos aquel canal de agua estancada, se presentó delante una sombra llena de lodo y me preguntó:

—¿Quién eres tú, que vienes antes de tiempo?

A lo que le contesté:

—Si he venido, no es para permanecer aquí. Pero tú, que estás tan sucio, ¿quién eres?

Respondióme:

—Ya ves que soy uno de los que lloran.

Y yo a él:

—¡Permanece, pues, en el llanto y la desolación, espíritu maldito! Te conozco aunque estés tan enlodado.

Entonces extendió sus manos hacia la barca, pero mi prudente Maestro lo rechazó diciendo:

—Vete de aquí con los otros perros.

En seguida rodeó mi cuello con sus brazos, me besó en el rostro y me dijo:

[76] Flegias, hijo de Marte y de una mortal, fue rey de Beocia. Su hija fue seducida por Apolo y, para vengarla, Flegias incendió el templo del Dios. Conocida esta leyenda mitológica, nos explicamos el papel que le asigna Dante al colocarlo entre el círculo de los iracundos y la ciudad de los impíos.

[77] Porque Dante viaja con su cuerpo mortal y, por consiguiente, pesa.

—Alma desdeñosa, ¡bendita aquella que te llevó en su seno! Ese que ves fue en el mundo una persona soberbia: ninguna virtud ha honrado su memoria, por lo que su sombra está siempre furiosa. ¡Cuántos se tienen allá arriba por grandes reyes, que se verán sumidos como cerdos en este pantano, sin dejar en pos de sí más que horribles desprecios!

Y yo:

—Maestro, antes de salir de este lago, desearía en gran manera ver a ese pecador sumergido en el fango.

Y él a mí:

—Antes de que veas la orilla quedarás satisfecho; convendrá que goces de ese deseo.

Poco después lo vi acometido de tal modo por las otras sombras cenagosas, que aún alabo a Dios y le doy las gracias por ello. Todas gritaban: «¡A Felipe Argenti!» Este florentino, espíritu orgulloso, se revolvía contra sí mismo, destrozándose con sus dientes[78]. Dejémoslo allí, pues no pienso ocuparme más de él. Después vino a herir mis oídos un lamento doloroso, por lo cual miré con más atención en torno mío. El buen Maestro me dijo:

—Hijo mío, ya estamos cerca de la ciudad que se llama Dite[79]; sus habitantes son criminales y su número es grande.

Y yo le respondí:

—Ya distingo en el fondo del valle sus torres enrojecidas, como si salieran de entre llamas.

[78] Felipe, de la familia de los Ademari, que se hizo popular por sus explosiones de ira y su crueldad. Fue contemporáneo de Dante. El mejor retrato lo encontramos en el cuento en que lo hace aparecer Boccaccio: «meser Filippo Argenti, uom grande e nerboruto e forte, sdegnoso, iracondo e bizzaro più che altro...» *(Decameron,* IX, 8).

[79] Comprende el resto del Infierno, su parte más profunda y, por lo tanto, la más terrible. Los pecados que encierra son los de violencia y engaño y podríamos decir que sin ningún dirimente, es decir, cometidos voluntariamente. Respecto del nombre, Dite, hay confusión. No sabemos si Plutón para Dante era el Plutón-Hades, dios del infierno, hijo de Cronos y de Rhea, o Plutos, hijo de Jasón y Demeter. También en la antigüedad clásica eran confundidos a veces. El nombre griego PLOUTON es un epíteto de AIDES y significa «rico», de PLOUTOS, «riqueza». El primero, también conocido por DITE, significa igualmente en latín «rico» (Cicerón, *De nat. deor.*, II, 26). Dante utiliza este mismo nombre, Dite, para designar al señor de los infiernos.

A lo cual me contestó:

—El fuego eterno que interiormente las abrasa les comunica el rojo color que ves en ese bajo infierno.

Al fin entramos en los profundos fosos que ciñen aquella desolada tierra. Las murallas me parecían de hierro. Llegamos, no sin haber dado antes un gran rodeo, a un sitio en que el barquero nos dijo en voz alta: «Salid, he aquí la entrada.» Vi sobre las puertas más de mil espíritus, caídos del cielo como una lluvia, que decían con ira: «¿Quién es ese que sin haber muerto anda por el reino de los muertos?» Mi sabio Maestro hizo un ademán, expresando que quería hablarles en secreto. Entonces contuvieron un poco su cólera y respondieron: «Ven tú solo, y que se vaya aquel que tan audazmente entró en este reino. Que se vuelva solo por el camino que ha emprendido tan locamente; que lo intente, si sabe; porque tú, que lo has guiado por esta oscura comarca, te has de quedar aquí.»

Juzga, lector, si estaría yo tranquilo al oír aquellas palabras malditas: no creí volver nunca a la tierra.

—¡Oh, mi guía querido!, tú, que más de siete veces me has devuelto la tranquilidad y librado de los grandes peligros con que he tropezado, no me dejes —le dije— tan abatido. Si nos está prohibido avanzar más, volvamos inmediatamente sobre nuestros pasos.

Y aquel Señor que allí me había llevado me dijo:

—No temas, pues nadie puede cerrarnos el paso que Dios nos ha abierto. Aguárdame aquí, reanima tu abatido espíritu y alimenta una grata esperanza, que yo no te dejaré en este bajo mundo.

En seguida se fue el dulce padre y me dejó solo. Permanecí en una gran incertidumbre, agitándose el sí y el no en mi cabeza.

No pude oír lo que les propuso, pero habló poco tiempo con ellos, y todos a una corrieron hacia la ciudad. Nuestros enemigos dieron con las puertas en el rostro a mi señor, que se quedó fuera y se dirigió lentamente hacia donde yo estaba. Tenía los ojos inclinados, sin dar señal de atrevimiento, y decía entre suspiros: «¿Quién me ha impedido la entrada en la mansión de los dolores?» Y dirigiéndose a mí:

—Sí estoy irritado —me dijo—, no te inquietes; yo saldré victorioso de esta prueba, cualesquiera que sean los que se opongan a nuestra entrada. Su insolencia no es nueva; ya la demostraron ante una puerta menos secreta, que se encuentra todavía sin cerradura [80]. Ya has visto sobre ella la inscripción de muerte. Pero más acá de esa puerta, descendiendo la montaña y pasando por los círculos sin necesidad de guía, viene uno que nos abrirá la ciudad.

CANTO NONO

LAS PUERTAS DE DITE. LAS TRES FURIAS. EL MENSAJERO CELESTIAL

Detenidos por los ángeles caídos, tanto Dante como Virgilio dudan. Aparecen las Furias que amenazan a los viajeros con la Medusa. Finalmente, precedido de un ruido atronador, aparece el mensajero celestial que rechaza a los ángeles caídos y abre las puertas de la ciudad. Los dos poetas encuentran al otro lado una enorme llanura donde se hallan las tumbas de los herejes.

Aquel color que el miedo pintó en mi rostro cuando vi a mi guía retroceder hizo que en el suyo se desvaneciera más pronto su palidez. Púsose atento, como un hombre que escucha, porque las miradas no podían penetrar a través del denso aire y de la espesa niebla.

—Sin embargo, debemos vencer esta lucha —empezó a decir—, si no... pero se nos ha prometido... ¡Oh, cuánto tarda en llegar el que tiene que venir [81]

Yo bien veía que ocultaba lo que había empezado a decir bajo

80 Los diablos intentaron impedir la entrada a Jesús cuando fue a librar a los santos padres del Antiguo Testamento. Es la puerta que ya hemos pasado en el Canto III. «Portas mortis... Salvator noster dirupit.»

81 Esta reticencia expresa el temor y la duda que inmediatamente rechaza Virgilio por respeto al Ser Supremo. Quiere decir: «Si no viniese ayuda del cielo... Pero, ¿qué digo? *Se me ha prometido.*» Se refiere a la llegada del ángel.

otra idea que lo asaltó después, y que estas últimas palabras eran diferentes de las primeras. Sin embargo, su discurso me causó espanto porque me parecía descubrir en sus entrecortadas frases un sentido peor del que en realidad tenían.

—¿Ha bajado alguna vez al fondo de este triste abismo algún espíritu del primer círculo, cuya sola pena es la de estar sin esperanza y donde tú estás? —le pregunté.

A lo que me respondió:

—Rara vez sucede que ninguno ande el camino por donde yo voy. Es cierto que tuve que bajar aquí otra vez a causa de los conjuros de la cruel Ericton, que llamaba las almas a sus cuerpos. Hacía poco tiempo que mi carne estaba despojada de su alma cuando me hizo traspasar estas murallas para sacar a un espíritu del círculo de Judas [82]. Ese círculo es el más profundo, el más oscuro y el más lejano del Cielo que lo mueve todo [83]. Conozco bien el camino; por lo cual, debes estar tranquilo. Esta laguna, que exhala tan gran fetidez, ciñe en torno la ciudad del dolor, donde no podremos entrar si no vencemos su oposición.

Dijo además otras cosas que no he podido retener en mi memoria, porque me hallaba absorto mirando la alta torre de ardiente cúspide, donde vi de improviso aparecer rápidamente tres Furias infernales, tintas en sangre, las cuales tenían movimientos y miembros femeniles.

Estaban ceñidas de hidras verdosas y tenían por cabellos pequeñas serpientes y cerastas que circundaban sus horribles sienes. Y aquél, que conocía muy bien a las siervas de la Reina del dolor eterno [84]:

[82] Ericton, bruja de Tesalia, región en la que abundaban las hechiceras, fue convocada por el hijo de Pompeyo para conocer el resultado de la inminente batalla de Farsalia conjurando el espíritu de uno de sus soldados muertos (Lucano, *Phars.*, VI, 507-530). Esta anterior bajada de Virgilio al Infierno constituye un episodio totalmente inventado por Dante; sus más antiguos comentaristas son incapaces de encontrar la fuente en que se inspiró. Tampoco podemos saber quién podía ser el personaje a quien Virgilio sacó del círculo de Judas. Boccaccio dice «che istoria questa si fosse, no mi ricorda mai aver nè letta nè udita». Y Benvenuto, «ista est simpliciter fictio nova».

[83] El Primer Móvil o Cristalino, desde donde parte el impulso que mueve los demás cielos.

[84] Proserpina o Hécate, esposa de Plutón.

—Mira —me dijo—, las feroces Erinnias. La de la izquierda es Megera, de siniestros aullidos; la que llora a la derecha es Alecto, y la del centro es Tisífona.

Después calló. Las Furias se desgarraban el pecho con sus uñas, se golpeaban con las manos y daban tan fuertes gritos que, por temor, me acerqué más al Poeta..

—Que venga Medusa [85] y convertiremos a éste en piedra —decían todas mirando desde arriba—; hicimos mal en no vengarnos de la audaz entrada de Teseo [86].

—Vuélvete y cierra los ojos, porque si apareciese la Gorgona y la vieses, no podrías jamás volver arriba.

Así me dijo el Maestro, volviéndome él mismo: Y no fiándose de mis manos, me tapó los ojos con las suyas. ¡Oh, vosotros, que gozáis de sano entendimiento: descubrid la doctrina que se oculta bajo el velo de tan extraños versos [87].

Oíase a través de las turbias ondas un gran ruido, lleno de horror, que hacía retemblar las dos orillas, semejante a un viento impetuoso, impelido por contrarios ardores, que se ensaña en las selvas y que sin tregua las ramas rompe y desgaja, y las arroja lejos; luego, marchando polvoroso y soberbio, hace huir a las fieras y los pastores. Me descubrió los ojos y dijo:

—Ahora dirige la potencia de tu vista sobre esa antigua espuma, hacia el sitio en que el tufo es más maligno.

[85] Una de las tres Gorgonas, la única que podía morir. Había sido una hermosa doncella de la que se enamoró Neptuno, que llegó a profanar por ella el templo de Minerva. La diosa la convirtió en el horrible ser de cabellos serpentinos y mirada petrificante que aquí encontramos.

[86] Rey de Atenas. Junto con Piritóo bajó a los infiernos para raptar a Proserpina, pero fue hecho prisionero hasta que Hércules logró rescatarlo. Aquí las Furias se lamentan de no haberlo matado para que sirviera de escarmiento a los que, como Dante, bajan a las profundidades infernales.

[87] Una de las muchas llamadas de atención que nos dirige Dante para incitarnos a reflexionar sobre el sentido alegórico que se oculta en sus «extraños versos». Dante, que va a emprender ahora la parte más difícil de su viaje, quiere ponernos en guardia contra los más graves peligros que debe superar el hombre en su camino hacia la salvación: las tentaciones (los diablos que hemos encontrado hasta ahora), la mala conciencia (las Furias) y las herejías y dudas religiosas (Medusa). En esta lucha son suficientes las fuerzas de la razón (Virgilio), que hasta ahora han ayudado a Dante a superar todos los obstáculos, pero para completar el proceso es necesaria la intervención de la Gracia: el Mensajero celestial que aparece a continuación.

Como las ranas, que, al ver la culebra enemiga, desaparecen a través del agua hasta que se han reunido todas en el cieno, del mismo modo vi más de mil almas condenadas, huyendo de uno que atravesaba la estigia a pie enjuto. Alejaba de su rostro el aire denso extendiendo con frecuencia la siniestra mano hacia adelante, y sólo este fastidio parecía molestarle. Bien comprendí que era un Mensajero del Cielo [88], y volvíme hacia el Maestro, pero éste me indicó que permaneciese callado y me inclinara. ¡Ah, cuán lleno de dignidad me pareció aquel enviado celeste! Llegó a la puerta y la abrió con una varita sin encontrar obstáculo.

—¡Oh, demonios arrojados del Cielo, raza despreciable! —empezó a decir en el horrible umbral—. ¿Cómo habéis podido conservar vuestra arrogancia? ¿Por qué os resistís contra esa Voluntad que no deja nunca de conseguir su intento y que ha aumentado tantas veces vuestros dolores? ¿De qué os sirve luchar contra el destino? Vuestro Cerbero, si bien lo recordáis, tiene aún el cuello y el hocico pelados [89].

Entonces se volvió hacia el cenagoso camino sin dirigirnos la palabra, semejante a un hombre a quien apremian y preocupan otros cuidados que no se relacionan con la gente que tiene delante. Y nosotros, confiados en las palabras santas, dirigimos nuestros pasos hacia la ciudad de Dite. Entramos en ella sin ninguna resistencia; y como yo deseaba conocer la suerte de los que estaban encerrados en aquella fortaleza, luego que estuve dentro empecé a dirigir escudriñadoras miradas en torno mío y vi por todos lados un gran campo lleno de dolor y de crueles tormentos. Como en los alrededores de Arlès, donde se estanca el Ródano, o como en Pola, cerca del Quarnero, que encierra a

[88] El Mensajero celeste es, dejando aparte las numerosas explicaciones históricas, simplemente un ángel. En este punto parece simbolizar la revelación divina al despertar la conciencia del paralizado poeta, salvaguardando así su razón contra las engañosas doctrinas que va a contemplar a continuación. La recta razón de Virgilio y de Dante no puede traspasar la puerta que conduce a la herejía: de ahí la oposición de los ángeles caídos. Como se verá en el Canto siguiente, para Dante la principal característica de la herejía es la obstinación intelectual.

[89] Cuando intentó impedir a Hércules que entrara en los infiernos, el héroe lo encadenó y lo arrastró fuera.

Italia y baña sus fronteras [90], vense antiguos sepulcros, que hacen montuoso el terreno, así también aquí se elevaban sepulcros por todas partes; con la diferencia de que su aspecto era más terrible por estar envueltos entre un mar de llamas que los encendían enteramente más que lo fue nunca el hierro en ninguna fragua. Todas sus losas estaban levantadas y de su interior salían tristes lamentos, parecidos a los de los míseros ajusticiados. Entonces le pregunté a mi Maestro:

—¿Qué clase de gente es esa que sepultada en aquellas arcas se da a conocer por sus dolientes suspiros?

A lo que me respondió:

—Son los heresiarcas, con sus secuaces de todas sectas. Esas tumbas están mucho más llenas de lo que puedes figurarte. Ahí está sepultado cada cual con su semejante y las tumbas arden más o menos.

Después, dirigiéndose hacia la derecha, pasamos por entre los sepulcros y las altas murallas.

CANTO DÉCIMO

SEXTO CÍRCULO: LOS HEREJES. FARINATA DEGLI UBERTI. CAVALCANTE CAVALCANTI Y EL EMPERADOR FEDERICO II

Desde su tumba, Farinata detiene a Dante al pasar. Mientras hablan, Cavalcante dei Cavalcanti pregunta a Dante por su hijo. Farinata profetiza el triste futuro de Dante. Las almas de los condenados recuerdan el pasado y entrevén el futuro, pero no pueden conocer el presente. A partir de ahora entramos en el más horrendo de los infiernos, donde se purgan los pecados cometidos desde un acto volitivo y consciente. El primero de ellos es, precisamente, la herejía. Un hereje, para Dante, es un hombre que, sabiendo perfectamente lo que hace, acepta a la Iglesia,

[90] Sepulcros de las necrópolis romanas de Arlès, en Provenza, y de Pola, en el golfo Quarnero, al sur de Italia, frontera oriental de la península itálica.

pero, al mismo tiempo, prefiere seguir su propio juicio y no el magisterio de ésta. En este sentido nos explicamos la condena en este círculo de Federico II de Sicilia, a quien tanto admiraba Dante por su dimensión política, y del cardenal Ubaldini.

Mi maestro avanzó por un estrecho sendero entre los muros de la ciudad y las tumbas de los condenados, y yo seguí tras él.

—¡Oh dechado de virtud —exclamé—, que me llevas a tu placer por los círculos impíos! Háblame y da satisfacción a mis deseos. ¿Podré ver a la gente que yace en esos sepulcros? Todas las losas están levantadas y no hay nadie que vigile.

Respondióme:

—Todos quedarán cerrados cuando hayan vuelto de Josafat las almas con los cuerpos que han dejado allá arriba. Epicuro y todos sus sectarios[91], que pretenden que el alma muere con el cuerpo, tienen su cementerio hacia esa parte. Así que pronto contestarán aquí mismo a la pregunta que me haces y al deseo que me ocultas.

Yo le repliqué:

—Buen Guía, si acaso te oculto mi corazón, es por hablar poco, a lo cual no es la primera vez que me has predispuesto con tus advertencias.

—¡Oh, toscano, que vas por la ciudad del fuego hablando modestamente, dígnate detenerte en este sitio! Tu modo de hablar revela claramente el noble país al que quizá fui yo funesto.

Tales palabras salieron súbitamente de una de aquellas tumbas, haciendo que me aproximara con temor a mi guía. Éste me dijo:

—Vuélvete, ¿qué haces? Mira a Farinata[92], que se ha levantado de su tumba, a quien puedes contemplar desde la cintura a la cabeza.

Yo tenía ya mi mirada fija en la suya. Él erguía su pecho y su cabeza en ademán de despreciar al Infierno. Entonces mi guía, con mano animosa y pronta, me impelió hacia él a través de los sepulcros, diciéndome:

—Háblale respetuosamente.

En cuanto estuve al pie de su tumba, examinóme un momento; después, con acento un tanto desdeñoso, me preguntó:

—¿Quiénes fueron tus antepasados?

Yo, que deseaba obedecer, no le oculté nada, sino que se lo descubrí todo. Por lo cual, arqueó un poco las cejas y dijo:

—Fueron terribles contrarios míos, de mis parientes y de mi partido. Por eso los desterré dos veces.

—Si estuvieron desterrados —le contesté—, volvieron de todas partes una y otra vez, arte que los vuestros no han aprendido[93].

Entonces, al lado de aquél, apareció a mi vista una sombra, que sólo descubría hasta la barba, lo que me hizo creer que estaba de rodillas. Miró en torno mío, como deseando ver si estaba alguien conmigo y, apenas se desvanecieron sus sospechas, me dijo llorando:

—Si la fuerza de tu genio es la que te ha abierto esta oscura prisión, ¿dónde está mi hijo y por qué no se encuentra a tu lado?[94].

---

91 Epicuro defendía que el *summum bonum* era el placer, la ausencia de dolor; era, pues, no un placer sensual, sino intelectual, resultado del seguimiento del bien. Los estoicos defendían que el bien había de ser seguido por sí mismo. Para Epicuro la religión y el temor a la muerte eran las mayores fuentes del miedo que caracteriza al ser humano. En la Edad Media se llamó epicúreos a todos los que negaban la inmortalidad del alma.

92 Manente degli Uberti, conocido por Farinata. En 1239, como cabeza de su familia, se convierte en jefe del partido gibelino, y en 1248 fue responsable de la expulsión de los güelfos de Florencia, que no habrán de volver hasta 1251. En 1258, los gibelinos son a su vez expulsados y Farinata es el organizador de las medidas y los reclutamientos que habían de derrotar a los güelfos en la batalla de Monteaperti y a establecer el poder de los gibelinos en toda Toscana (1260). Cuando, en el congreso de Empoli, las ciudades de Siena y Pisa proponen la destrucción definitiva de Florencia, Farinata se opone diciendo que defendería su ciudad natal con su propia vida, consiguiendo así salvar la ciudad, en la que morirá en 1264. Cuando se inicia la política de reconciliación por medio de alianzas matrimoniales entre las familias más destacadas de ambos partidos, una hija de Farinata casa con el güelfo Guido Cavalcanti, poeta *stilnovista* y amigo de Dante. Aunque está en el Infierno entre los poetas materialistas que niegan la inmortalidad del alma, nuestro poeta no puede disimular su admiración por el gran hombre e insigne patriota que, aun en el Infierno, sigue manteniendo el orgullo y la firmeza que lo caracterizaron en vida.

93 La familia de los Uberti fue excluida a perpetuidad de todos los perdones que se concedieran a los gibelinos. Farinata y su mujer, Adeleta, fueron condenados como herejes, tras su muerte, por el inquisidor fray Salomone y sus descendientes privados de todos sus derechos hereditarios.

94 Cavalcante de' Cavalcanti, epicúreo, cree que la sola fuerza del ingenio permite a Dante su viaje de ultratumba, y le pregunta por su hijo Guido, personaje destacado de la vida intelectual florentina, gran poeta y, hasta cierto punto, iniciador de Dante en su quehacer poético. Cuando Dante le contesta con un verbo en tiempo pasado, Cavalcante cree que su hijo ha muerto y desaparece en su tumba.

Respondíle:

—No he venido por mí mismo: el que me espera allí me guía por estos lugares. Quizá vuestro Guido *tuvo* hacia él demasiado desdén.

Sus palabras y la clase de suplicio me habían revelado ya el nombre de aquella sombra; así es que mi respuesta fue precisa. Irguiéndose repentinamente, exclamó:

—¿Cómo dijiste *tuvo?* ¿Es que ya no vive? ¿No hiere ya sus ojos la dulce luz del día?

Cuando observó que yo tardaba en responderle, cayó de espaldas en su tumba y no volvió a aparecer fuera de ella. Pero aquel otro magnánimo, por quien yo me había detenido, no cambió de color ni movió el cuello ni inclinó el cuerpo.

—El que no hayan aprendido bien ese arte —me dijo, continuando la conversación empezada— me atormenta más que este lecho. Mas la deidad que reina aquí no mostrará cincuenta veces su faz iluminada sin que tú conozcas lo difícil que es este arte[95]. Pero dime, así puedas volver al dulce mundo, ¿por qué causa es ese pueblo tan despiadado con los míos en todas sus leyes?

A lo cual le contesté:

—El destrozo y la gran matanza que enrojeció el Arbia[96] excita tales discursos en nuestro templo.

Entonces movió la cabeza suspirando y después dijo:

—No estaba yo allí solamente. Y, en verdad, no sin razón me encontré en aquel sitio con los demás. Pero sí fui el único que defendí resueltamente a Florencia cuando se trató de destruirla.

—¡Ah! —le contesté—: ¡ojalá vuestra descendencia tenga paz y reposo! Pero os ruego que deshagáis el nudo que ha enmarañado mi pensamiento. Me parece, por lo que he oído, que preveís lo que el tiempo ha de traer, a pesar de que os suceda lo contrario con respecto del presente.

—Como los que padecen —dijo— un defecto en la vista,

95 Farinata profetiza a Dante su propio exilio. La diosa del Infierno (Proserpina, identificada con la Luna) no aparecerá cincuenta veces en su fase llena (cincuenta meses) sin que el mismo Dante sufra las penas del exilio.

96 Corrió tanta sangre en la batalla de Monteaperti que las aguas del río Arbia bajaban enrojecidas.

vemos sólo las cosas alejadas, porque sólo así nos ilumina la luz de la verdad. Cuando están próximas, todo nuestro intelecto es vano, y si alguien que llegue no nos informa, nada sabemos de vuestro estado actual. De lo que puedes colegir que cuando ya no haya futuro, tras el juicio final, perderemos la capacidad de conocer.

Entonces, como arrepentido de mi falta, le dije:

—Decid a ese que acaba de desaparecer que su hijo está aún entre los vivos[97]. Si antes no respondí, hacedle saber que no lo hice porque estaba distraído con la duda que acabáis de aclararme.

Mi Maestro me llamaba ya. Por esa razón rogué más solícitamente a aquel espíritu que me dijera quién estaba con él.

—Estoy tendido entre más de mil —me respondió—; ahí dentro está el segundo Federico y el Cardenal[98]. En cuanto a los demás, me callo.

Se ocultó después de decir esto y yo dirigí mis pasos hacia el antiguo poeta, pensando en aquellas palabras que me parecían amenazadoras. Se puso en marcha y mientras caminábamos me dijo:

—¿Por qué estás tan caviloso?

Y cuando satisfice su pregunta:

—Conserva en tu memoria lo que has oído contra ti —me dijo aquel sabio—, y ahora cuida de estar muy atento a mis palabras.

Y levantando el dedo, prosiguió:

—Cuando estés ante la dulce mirada de aquella cuyos bellos ojos lo ven todo, conocerás el porvenir que te espera.

97 Guido Cavalcanti, como miembro de la familia a la que pertenecía, tomó parte activa en las luchas políticas de la ciudad, como miembro de la facción *Blanca* del partido güelfo. Cuando, en 1300, los priores, entre los que se encontraba Dante, decretaron la expulsión de los más exaltados de ambos bandos, Guido fue confinado en Sarzana. Estaba vivo, como nos dice el poeta, cuando tiene lugar el imaginario viaje de ultratumba, pero hacía años que había muerto cuando se escribe la *Divina Comedia*.

98 El emperador Federico II, siempre en guerra con los papas, contra los cuales escribió versos, fue excomulgado por Gregorio IX e Inocencio IV, y murió en 1250. Octaviano degli Ubaldini, del partido gibelino, dijo una vez que, si acaso tuviera alma, la perdería por los gibelinos. Por esta razón Dante lo coloca entre los herejes.

En seguida se dirigió hacia la izquierda. Dejamos las murallas y fuimos hacia el centro de la ciudad por un sendero que conduce a un valle, el cual exhalaba un hedor insoportable.

CANTO UNDÉCIMO

SEXTO CÍRCULO: LOS HEREJES. LA TUMBA DEL PAPA ANASTASIO. DISTRIBUCIÓN DE LOS CONDENADOS EN EL INFIERNO

Mientras descansan, Virgilio explica la organización del Infierno. Dante se inspira en su clasificación de los pecados en Aristóteles, dividiéndolos en tres clases principales: a) incontinencia o apetito incontrolado; b) bestialidad o apetito pervertido, y c) malicia o mal uso de la cualidad humana del razonamiento. A esta división añade, como cristiano, un círculo para los que no se han beneficiado de la Revelación (Limbo) y otro para los que la han forzado racionalmente (herejes), componiendo así los nueve círculos del Infierno. Los ignavos, que ni creyeron ni actuaron, están en el Vestíbulo, no en uno de los círculos. Aunque el número NUEVE *se repite en las tres cánticas, en el caso del* Infierno *la complicación es mayor porque el círculo de la violencia (séptimo) está dividido en tres recintos y el de la malicia en diez fosos, además de añadir otros cuatro recintos.*

A la extremidad de un alto promontorio, formado por grandes piedras rotas y acumuladas en círculo, llegamos hasta una multitud de espíritus más cruelmente atormentados. Allí, para preservarnos de las horribles emanaciones y de la fetidez que despedía el profundo abismo, nos pusimos al abrigo de la losa de un gran sepulcro, donde vi una inscripción que decía: «Encierro al papa Anastasio, a quien Fotino arrastró lejos del camino recto» [99].

—Es preciso que descendamos por aquí lentamente, a fin de acostumbrar de antemano nuestros sentidos a este triste hedor, y después no tendremos necesidad de precavernos de él.

[99] Anastasio II, papa del 496 al 498, arrastrado por Fotino, diácono de Tesalónica, a la herejía de Acacio, patriarca de Constantinopla, que negaba la naturaleza divina de Cristo.

Así habló mi Maestro, y yo le dije:

—Busca algún recurso para aprovechar el tiempo entretanto.

A lo que me respondió:

—Ya ves que en ello pienso. Hijo mío —continuó—, en medio de estas rocas hay tres círculos, que se estrechan gradualmente como los que hemos dejado atrás; todos están llenos de espíritus malditos; mas para que después te baste con sólo verlos, oye cómo y por qué están aquí encerrados. La injuria es el fin de toda maldad que se atrae el odio del Cielo, y se llega a este fin, que redunda en perjuicio de otros, bien por medio de la violencia, bien por medio del fraude, si se utiliza para ello la facultad propia del ser humano, que es la razón. El fraude es, pues, una maldad propia del hombre; por eso más desagradable a los ojos de Dios y por esta razón los fraudulentos están más abajo, entregados a un dolor más vivo. Todo el primer círculo lo ocupan los violentos, lugar que está además construido y dividido en tres recintos. Porque puede cometerse violencia contra tres clases de seres: contra Dios, contra sí mismo y contra el prójimo. Y no sólo contra las personas, sino también contra sus bienes, como lo comprenderás por estas claras razones. Se comete violencia contra el prójimo dándole muerte o causándole heridas dolorosas; y contra sus bienes, por medio de la ruina, del incendio o de los latrocinios. De aquí resulta que los homicidas, los que causan heridas, los incendiarios y los ladrones están atormentados en el primer recinto. Un hombre puede haber dirigido su mano violenta contra sí mismo o contra sus bienes; justo es, pues, que purgue su culpa en el segundo recinto, sin esperar tampoco mejor suerte aquel que por su propia voluntad se priva de vuestro mundo, juega o disipa sus bienes; por eso sufre eternamente en lugar de ser feliz. Puede cometer violencia contra la divinidad quien niega a Dios en el fondo de su corazón, quien blasfema y quien desprecia su bondad negando las leyes de la naturaleza. He aquí por qué el recinto más estrecho atormenta con su fuego a Sodoma y a Cahors [100] y a todo el que, despre-

[100] Sodoma, la ciudad palestina destruida por el fuego divino para castigar a sus habitantes por el vicio contra naturaleza. Cahors, ciudad de Provenza cuyos habitantes practicaban la usura. En las leyes de diferentes países europeos se encuentran con frecuencia los términos *cahorsino* y *lombardo* para designar a los usureros.

ciando a Dios, le injuria sin hablar desde el fondo de su corazón. El hombre puede emplear el fraude, que produce remordimientos en todas las conciencias, tanto con el que de él se fía como con el que desconfía de él. Este último modo de usar el fraude parece que sólo quebranta los vínculos de amor que forma la Naturaleza; por esta causa están encadenados en el segundo recinto los hipócritas, los aduladores, los hechiceros, los falsarios, los ladrones, los simoníacos, los rufianes, los barateros y todos los que se han manchado con semejantes e inmundos vicios. Por el primer tipo de fraude no sólo se olvida el amor que establece la Naturaleza, sino también el sentimiento que le sigue, y de donde nace la confianza. He aquí por qué, en el círculo menor, donde está el centro de la tierra y donde se halla el asiento de Dite, yace eternamente atormentado todo aquel que ha cometido traición.

A tal discurso contesté:

—Maestro, tus razones son muy claras y bien me dan a conocer, por medio de tales divisiones, ese abismo y la muchedumbre que lo habita. Pero dime: los que están arrojados en aquella laguna cenagosa, los que agita el viento sin cesar, los que azota la lluvia y los que chocan entre sí lanzando tan estridentes gritos, ¿por qué no son castigados en la ciudad del fuego, si se han atraído la cólera de Dios? Y si no se la han atraído, ¿por qué se ven atormentados de tal suerte?

Me contestó:

—¿Por qué tu ingenio, contra su costumbre, delira tanto ahora? ¿O es que tienes el pensamiento en otra parte? ¿No te acuerdas de aquellas palabras de Aristóteles en la *Ética,* que has estudiado, en las que se trata de las tres inclinaciones que el Cielo reprueba: la incontinencia, la malicia y la loca bestialidad, y de qué modo la incontinencia ofende menos a Dios y produce menor censura? Si examinas bien esta sentencia, acordándote de los que sufren su castigo en los lugares que ya hemos recorrido, conocerás por qué están separados de estos otros felones y por qué los atormenta la justicia divina a pesar de demostrarse con ellos menos ofendida.

—¡Oh sol que sanas toda vida conturbada! —exclamé—; tal contento me das cuando desarrollas tus ideas, que sólo por eso

me es tan grato preguntar como ser contestado. Vuelve atrás un momento y explícame de qué modo ofende la usura a la bondad divina; desvanece esta duda.

—La filosofía —me contestó— enseña en más de un punto al que la estudia que la Naturaleza tiene su origen en la inteligencia divina y en su arte; y si consultas bien tu Física, encontrarás, sin necesidad de hojear muchas páginas, que el arte humano sigue cuanto puede a la Naturaleza, como el discípulo a su maestro; de modo que aquél es como si fuera nieto de Dios[101]. Partiendo, pues, de estos principios, sabrás, si recuerdas bien el *Génesis*[102], que es conveniente sacar de la vida la mayor utilidad y multiplicar el género humano. El usurero sigue otra vía: desprecia la Naturaleza y a su secuaz, y coloca su esperanza en otra parte[103]. Ahora sígueme, que me place avanzar. Piscis sube ya por el horizonte; el Carro se ve hacia aquel punto donde expira Coro y lejos de aquí el alto promontorio parece que disminuye.

CANTO DUODÉCIMO

SÉPTIMO CÍRCULO: PRIMER RECINTO, LOS VIOLENTOS CONTRA EL PRÓJIMO. EL MINOTAURO. LAS RUINAS DEL INFIERNO. EL FLEGETON Y LOS CENTAUROS. DIVERSAS CLASES DE VIOLENTOS CONTRA EL PRÓJIMO

Cuando van a bajar al séptimo Círculo se les opone el Minotauro, al que Virgilio enfurece con una burla. Los dos poetas aprovechan la ceguera de su furia para bajar por el inseguro

---

101 De la Inteligencia divina surge la Naturaleza, es su hija. Si la actuación humana sigue a la Naturaleza, esa actuación será hija de la hija de Dios.

102 *Génesis,* 2, 15, 3, 17-19, donde se ordena al hombre ganar el pan con su trabajo.

103 El usurero desprecia la Naturaleza y el trabajo, únicas fuentes legítimas de la riqueza, y «coloca su esperanza» en los intereses que saca del préstamo del dinero.

sendero que ofrecen unas rocas derrumbadas que, según explica Virgilio, cayeron a causa del terremoto que se produjo cuando Cristo bajó al Limbo. Llegan al río Flegetonte, en el que están sumergidos los violentos contra el prójimo, vigilados por los Centauros. Uno de ellos, Neso, los guía a través de un vado mientras les va señalando diversos tiranos condenados en el hirviente río de sangre.

El sitio por donde hubimos de bajar era un paraje alpestre hasta tal punto que todas las miradas se apartarían de él con horror. Como aquellas ruinas cuyo flanco azota el río Adigio [104], más acá de Trento, producidas por un terremoto o por falta de base, que desde la cima del monte de donde cayeron hasta la llanura presentan la roca tan hendida que ningún paso hallaría el que estuviese sobre ellas, así era la bajada de aquel precipio. En el bordo de su entreabierta cima estaba tendido el monstruo, oprobio de Creta [105], que fue concebido por una falsa vaca. Cuando nos vio se mordió a sí mismo, como aquel a quien abrasa la ira. Gritóle entonces mi Sabio:

—¿Por ventura crees que esté aquí el rey de Atenas, que allá arriba, en el mundo, te dio la muerte? Aléjate, monstruo, que éste no viene amaestrado por tu hermana [106], sino con el objeto de contemplar vuestras penas.

Como el toro que rompe las ligaduras en el momento de recibir el golpe mortal, que huir no puede, pero salta de un lado a otro, lo mismo hizo el Minotauro [107], y mi prudente Maestro me gritó:

[104] Alude a los montes Slavini, al sur de Rovereto, sobre la orilla izquierda del río Adigio, montañas rocosas que se derrumbaron a causa de la erosión y que sepultaron varios pueblos con sus habitantes.

[105] Minotauro, monstruo nacido de los amores de Pasifae con un toro, haciéndose empreñar por el animal ocultándose ella dentro de una vaca de madera.

[106] Teseo, hijo del rey de Atenas, que enamoró a Ariadna, hermana del Minotauro, la cual le proporcionó el hilo con que poder guiarse para salir del laberinto, una vez muerto el monstruo.

[107] En este círculo y en el siguiente encontramos guardianes de origen mitológico, minotauros, centauros, mitad hombres y mitad animales, símbolos de la razón humana sometida a una pasión animal. No olvidemos que acabamos de entrar en el séptimo círculo, dedicado a la violencia o bestialidad, simbolizada por el león del Canto primero.

—Corre hacia el borde. Mientras esté furioso, bueno es que te pongas a salvo.

Nos encaminamos por aquel derrumbamiento de piedras, que oscilaban por primera vez bajo el peso de mi cuerpo. Iba yo pensativo, por lo cual me dijo:

—Acaso piensas en estas ruinas, defendidas por aquella ira bestial que he disipado. Quiero, pues, que sepas que la otra vez que bajé al profundo infierno aún no se habían desprendido estas piedras; pero un poco antes, si no estoy equivocado, de que viniese Aquel que arrebató a Dite la gran presa del primer círculo [108], retembló el impuro valle tan profundamente por todos sus ámbitos que creí ver al universo sintiendo aquel amor por el cual otros creyeron que el mundo ha vuelto más de una vez a sumirse en el caos [109]; entonces fue cuando esa antigua roca se destrozó por tan diversas partes. Pero fija tus miradas en el valle, pues ya estamos cerca del río de sangre en el cual hierve todo el que por medio de la violencia ha hecho daño a los demás.

¡Oh ciega pasión! ¡Oh ira desatentada, que nos aguijonea de tal modo en nuestra corta vida y así nos sumerge en sangre hirviente por toda una eternidad! Vi un ancho foso de forma circular, como la montaña que rodea toda la llanura, según me había dicho mi guía, y entre el pie de la roca y este foso corrían en fila muchos centauros armados de saetas, del mismo modo que solían ir a cazar por el mundo. Al vernos descender, se detuvieron, y tres de ellos se separaron de la banda, preparando sus arcos y escogiendo antes sus flechas. Uno de ellos gritó desde lejos:

—¿Qué tormento os está reservado a vosotros los que bajáis por esa cuesta? Decidlo desde donde estáis, porque si no disparo mi arco.

Mi Maestro respondió:

[108] Cristo, que bajó a los infiernos para salvar a las almas de los santos padres del Antiguo Testamento, que estaban en el Limbo o primer círculo.

[109] Es la doctrina de Empédocles, según la cual el orden del mundo consiste en la discordia de los elementos que lo forman (aire, fuego, agua y tierra). Si se produjese la concordia («amor», en el texto) de estos elementos se volvería, según Empédocles, al caos original.

—Contestaremos a Quirón [110] cuando estemos más cerca. Tus deseos fueron siempre, por desgracia, muy impetuosos.

Después me tocó y me dijo:

—Éste es Neso, el que murió por la hermosa Deyanira y vengó por sí mismo su muerte; el de en medio, que inclina la cabeza sobre el pecho, es el gran Quirón, que educó a Aquiles; el otro es el irascible Foló [111]. Alrededor del foso van a millares, atravesando con sus flechas a toda alma que sale de la sangre más de lo que le permiten sus culpas.

Nos fuimos aproximando a aquellos ágiles monstruos. Quirós cogió una flecha y con el regatón apartó las barbas hacia detrás de sus quijadas. Cuando dejó al descubierto la enorme boca, dijo a sus compañeros:

—¿Habéis observado que el de detrás mueve cuanto toca? Los pies de los muertos no suelen hacer eso.

Y mi buen Maestro, que estaba ya junto a él y le llegaba al pecho, allí donde las dos naturalezas se unen, repuso:

—Está en efecto vivo y yo sólo debo enseñarle el sombrío valle. Viene a él por necesidad y no por distracción. La que me ha encomendado este cometido ha cesado por un momento de cantar «aleluya» [112]. No es él un ladrón ni yo un alma criminal. Pero por aquella Virtud que dirige mis pasos por un camino tan salvaje, cédeme uno de los tuyos para que lo lleve a la grupa, porque no es un espíritu que pueda ir por los aires.

Quirón se volvió a la derecha y dijo a Neso:

—Ve, guíalos; y si tropiezan con algún grupo de los nuestros, haz que les abran paso.

Nos pusimos en marcha así escoltados hacia lo largo de las orillas de aquella roja espuma, desde donde lanzaban horribles

110 Quirón, centauro hijo de Saturno y de Filira, a quien se confió la educación de Aquiles, es representado por los antiguos como sabio y prudente.

111 El centauro Neso había intentado violar a Deyanira, esposa de Hércules, y éste lo mató. Antes de morir entregó a Deyanira una túnica empapada en su sangre diciéndole que con ella conservaría el amor de su marido. Cuando Hércules la viste muere abrasado. Foló, el tercer centauro que aquí aparece, es descrito por Dante como «pien d'ira», tomado sin duda de Virgilio *furentes centauri* *(Georg.*, II, 455).

112 Ha dejado por un momento el Paraíso para encomendarme esta misión.

gritos los ahogados. Los vi sumergidos hasta las cejas y el gran Centauro dijo:

—Éstos son los tiranos, que vivieron de sangre y de rapiña. Aquí se lloran las despiadadas culpas. Aquí está Alejandro y el feroz Dionisio, que tantos años de dolor hizo sufrir a la Sicilia. Aquella frente que tiene el cabello tan negro es la de Azzolino y la otra que lo tiene rubio es la de Obizzo de Este, que verdaderamente fue asesinado en el mundo por su hijastro [113].

Entonces me volví hacia el Poeta, el cual me dijo:

—Sea éste ahora tu primer guía; yo seré el segundo.

Algo más lejos se detuvo el Centauro sobre unos condenados, que parecían sacar fuera de aquel hervidero sus cabezas hasta la garganta, y nos mostró una sombra que estaba separada de las demás, diciendo:

—Aquél hirió, en recinto sagrado, a un corazón que aún se ve honrado en las orillas del Támesis [114].

Después vi otras sombras que sacaban la cabeza fuera del río, y algunas hasta todo el pecho, y reconocí a muchos de ellos. Como la profundidad de la sangre iba disminuyendo poco a poco hasta no cubrir más que el pie, vadeamos el foso.

—Quiero que sepas —me dijo el Centauro— que así como ves disminuir la corriente por esta parte, por la otra es su fondo cada

113 Podría tratarse de Alejandro Magno y así lo sugieren los primeros comentaristas. Efectivamente, los autores clásicos lo califican de tirano: «latro gentium vastator» (Séneca), «felix praedor» (Lucano), «sanguinem sitiens» (Paulo Orosio). Pero como Dante habla de él con respeto y admiración en otras de sus obras, la crítica moderna se inclina por Alejandro de Ferea, tirano de Mesalia. Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa (405-367 a.C.). Tanto este personaje como el anterior citado son puestos por Cicerón como ejemplos de tiranía y crueldad *(De officiis,* II, iii, 13). Azzolino o Ezzelino da Romano (1194-1259), yerno del emperador Federico II y jefe de los gibelinos del norte de Italia. Tiranizó la marca de Tréveris durante más de treinta años y el papa Alejandro IV tuvo que proclamar una cruzada contra él. Obizzo de Este (1274-93), marqués de Ferrara. Güelfo empedernido, apoyó las pretensiones de Carlos de Anjou. Murió asesinado por su hijo Azzo VII.

114 Guy de Monfort. Para vengar la muerte de Simón, su padre, muerto en Inglaterra por Eduardo, asesinó en 1271, en una iglesia de Viterbo, a Enrique, hermano de aquél, mientras el sacerdote elevaba la hostia. El corazón del asesinado fue llevado en una copa a Londres y colocado sobre una columna en el puente del Támesis, para recordar a los ingleses la ofensa que se les había hecho.

vez mayor, hasta que llega a reunirse en aquel punto donde la tiranía está condenada a gemir. Allí es donde la justicia divina ha arrojado a Atila, que fue su azote en la Tierra; a Pirro; a Sexto, el cual eternamente arranca lágrimas con el hervor de esa sangre; a Renato de Corneto y a Renato Pazzo [115], que tanto daño causaron en los caminos.

Dicho esto, se volvió y repasó el vado.

CANTO DECIMOTERCERO

SÉPTIMO CÍRCULO, SEGUNDO RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA SÍ MISMOS Y CONTRA LAS PROPIAS COSAS. LA SELVA DOLOROSA. PIER DELLA VIGNA Y LOS SUICIDAS. LANO DE SIENA, JACOBO DE SAN ANDRÉS Y LOS DISIPADORES

Entran en la selva dolorosa, cuyos árboles son las almas de los suicidas o violentos contra sí mismos. Uno de ellos, Pier della Vigna, cuenta a Dante su historia y le explica el castigo de la trasmutación de las almas en árboles y lo que ocurrirá con sus cuerpos el día del Juicio Final.

No había llegado aún Neso a la otra parte, cuando penetramos en un bosque que no estaba surcado por ningún sendero. El follaje no era verde, sino de un color oscuro; las ramas no eran rectas, sino nudosas y entrelazadas; no había frutas, sino espinas venenosas. No son tan ásperas y espesas las selvas donde moran las fieras que evitan los sitios cultivados entre el Cecina

[115] Atila, rey de los hunos, «flagellum Dei» (430?-453). Pirro, rey de Epiro (318-272 a.C), derrotó repetidamente a los romanos. Sexto Pompeyo Magno, hijo de Pompeyo el Grande. Conquistó Sicilia después de la muerte de César y desde allí arrasó repetidas veces las costas italianas. Los dos Renato, contemporáneos de Dante, aunque eran miembros de nobles y distinguidas familias, fueron famosos salteadores de caminos.

y el Corneto [116]. Allí anidan las brutales Arpías, que arrojaron a los troyanos de las Estrofades con el triste presagio de un mal futuro. Tienen alas anchas, cuellos y rostros humanos, pies con garras y vientre cubierto de plumas; subidas en los árboles, lanzan extraños lamentos [117].

Mi buen Maestro empezó a decirme:

—Antes de avanzar más, debes saber que te encuentras en el segundo recinto, por el cual continuaremos hasta llegar a los terribles arenales. Por tanto, mira con atención y de este modo verás cosas que darán testimonio de mis palabras.

Por todas partes oía yo gemidos, sin ver a nadie que los exhalara; por esta razón me detuve atemorizado. Creo que él creyó que yo creía que aquellas voces eran de gente que se ocultaba de nosotros entre la espesura; y así me dijo mi Maestro:

—Si rompes cualquier rama de una de esas plantas verás lo equivocados que son tus pensamientos.

Entonces extendí la mano hacia adelante, cogí una ramita de un gran endrino, y su tronco exclamó:

—¿Por qué me rompes?

Inmediatamente se tiñó de sangre y volvió a exclamar:

—¿Por qué me desgarras? ¿No tienes ningún sentimiento de piedad? Hombres fuimos y ahora estamos convertidos en troncos [118]; tu mano debería haber sido más piadosa, aunque hubiéramos sido almas de serpientes.

[116] Dos pueblos en las desoladas tierras de la Maremma toscana.

[117] Monstruos mitológicos de rostro humano y cuerpo de pájaro, como nos describe Dante. Arrojaron a Eneas y sus compañeros de las islas Estrófadas, después de haber ensuciado sus alimentos y vaticinándoles las calamidades que habían de sufrir antes de alcanzar Italia *(Aen.,* III, 209 y ss.). Aquí son símbolo del deseo de destrucción. Nótese que también en este caso se trata de seres mezcla de humano y animal.

[118] Para presentar el castigo de los suicidas Dante se inspira en el episodio de Polidoro *(Aen.,* III, 22 y ss.), pero en Virgilio no es el mirto quien habla, sino la voz que sale de la tumba del infortunado hijo de Príamo. Aquí quien habla es el alma del condenado, que se ha convertido en árbol, en vegetal. El suicidio es una violencia contra el propio cuerpo. Las almas de los condenados por este pecado están, pues, desprovistas de toda apariencia humana, transformados en vegetales. Ni siquiera cuando, tras el Juicio Final, los cuerpos se reúnan con las almas para la eternidad, los suicidas conseguirán la apariencia humana, porque sus cuerpos colgarán como ahorcados de las ramas de los árboles de este bosque doloroso.

Cual verde tizón que, encendido por uno de sus extremos, gotea y chirría por el otro a causa del aire que lo atraviesa, así salían de aquel tronco palabras y sangre juntamente; lo que me hizo dejar caer la rama y detenerme como hombre acobardado.

—Alma herida —respondió mi Sabio—, si él hubiera podido creer, desde luego, que era verdad lo que ha leído en mis versos [119], no habría extendido su mano hacia ti; el ser una cosa tan increíble me ha obligado a aconsejarle que hiciese lo que ahora me está pesando. Pero dile quién fuiste, a fin de que, en compensación, renueve tu fama en el mundo, adonde le es lícito volver.

El tronco respondió:

—Me halagas tanto con tus dulces palabras que no puedo callar; no llevéis a mal que me entretenga un poco hablando con vosotros. Yo soy aquel que tuvo las dos llaves del corazón de Federico [120], manejándolas tan suavemente para cerrar y abrir, que a casi todos aparté de su confianza, habiéndome dedicado con tanta fe a aquel glorioso cargo, que perdí el sueño y la vida. La cortesana que no ha separado nunca del palacio de César sus impúdicos ojos [121], peste común y vicio de las cortes, inflamó contra mí todos los ánimos y los inflamados inflamaron a su vez y de tal modo a Augusto que mis dichosos honores se trocaron en triste duelo. Mi alma, en un arranque de indignación, creyendo librarse del oprobio por medio de la muerte, me hizo injusto contra mí mismo, siendo justo. Os juro, por las tiernas raíces de este leño, que jamás fui desleal a mi señor, tan digno de ser honrado. Y si uno de vosotros vuelve al mundo, reivindique en él mi buen nombre, que yace aún bajo el golpe que le asestó la envidia.

[119] El episodio al que se refiere la nota anterior.

[120] Pier della Vigna, Petrus de Vineis, ministro de Federico II Hohenstaufen, en cuya corte ocupó cargos de la mayor confianza del emperador, llegando a ser canciller del reino de las Dos Sicilias. En 1249 cayó en desgracia y fue encerrado en prisión después de haber sido cegado. La causa de su caída es desconocida, pero probablemente Federico sospechó que intrigaba con el papa en contra suya. Dante, como aquí se nos dice, cree que fue víctima de acusaciones calumniosas por parte de quienes envidiaban su predicamento con el emperador. En la prisión se suicidó estrellándose la cabeza contra la pared. Fue uno de los poetas más notables de la «escuela poética siciliana».

[121] La envidia.

El Poeta esperó un momento y después me dijo:

—Pues que calla, no pierdas el tiempo: habla y pregúntale, si quieres saber más.

Yo le contesté:

—Interrógale tú mismo sobre lo que creas que pueda interesarme, pues yo no podría: tanto es lo que me aflige la compasión.

Por lo cual volvió él a empezar de este modo:

—A fin de que este hombre haga generosamente lo que tu súplica reclama, espíritu encarcelado, dígnate aún decirnos cómo se encierra el alma en esos nudosos troncos y dime además, si puedes, si hay alguna que se desprenda de tales miembros.

Entonces el tronco suspiró y aquel resoplido se convirtió en esta voz:

—Os contestaré brevemente. Cuando el alma feroz sale del cuerpo, de donde se ha arrancado ella misma, Minos la envía al séptimo círculo. Cae en la selva, sin que tenga designado sitio fijo, y allí donde la lanza la fortuna germina cual grano de espelta. Brota primero como un retoño y luego se convierte en planta silvestre; las Arpías, al devorar sus hojas, le causan dolor y abren paso por donde ese dolor se exhale. Como las demás almas, cuando llegue el día señalado iremos a recoger nuestros despojos, pero sin que ninguno de nosotros pueda revestirse con ellos. Porque no sería justo volver a tener lo que uno se ha quitado voluntariamente. Los arrastraremos hasta aquí y en este lúgubre bosque estará cada uno de nuestros cuerpos colgados del mismo árbol donde sufre tal tormento su alma.

Prestábamos aún atención a aquel tronco, creyendo que añadiría algo más, cuando fuimos sorprendidos por un rumor, a la manera del que siente venir el jabalí y los perros hacia el sitio donde está apostado, que juntamente oye el ruido de las fieras y el fragor del ramaje. Y he aquí que aparecen a nuestra izquierda dos infelices, desnudos y lacerados, huyendo tan precipitadamente que rompían todas las ramas de la selva. El de delante: «¡Acude, acude, muerte!», decía; y el otro, que no corría tanto: «Lano, tus piernas no eran tan ágiles en el combate del Toppo» [122]. Y sin

[122] Puede tratarse del senés Ercolano Maconi, joven acaudalado que malgastó su fortuna en el juego y los placeres. Murió en la batalla de Pieve del Toppo.

duda, faltándole el aliento, hizo un grupo de sí y de un arbusto en el que se ocultó.

Detrás de ellos estaba la selva llena de perras negras, ávidas y corriendo como lebreles a los que acaban de quitar sus cadenas. Empezaron a dar terribles dentelladas a aquel que se había escondido y después de despedazarlo se llevaron sus miembros palpitantes. Mi guía me tomó entonces de la mano y llevóme hacia el arbusto, que en vano se quejaba por sus abiertas heridas.

—¡Oh, Jacobo de San Andrés! [123] —decía—. ¿De qué te ha servido tomarme como refugio? ¿Tengo yo la culpa de tu vida criminal?

Cuando mi Maestro se detuvo delante de aquel arbusto, dijo:

—¿Quién fuiste tú, que por tantas heridas exhalas con tu sangre tan quejumbrosas palabras?

A lo que contestó:

—¡Oh, almas que habéis venido a contemplar el lamentable estrago que me ha separado así de mis hojas; recogedlas al pie del triste arbusto! Yo fui de la ciudad que cambió su primer patrón por San Juan Bautista, razón por la que aquél la contristará siempre con su terrible arte [124]. Y a no ser porque en el puente sobre el Arno se conserva todavía alguna imagen suya, fuera en vano todo el trabajo de aquellos ciudadanos que la reedificaron sobre las cenizas que de ella dejó Atila. Yo de mi casa hice mi propia horca.

123 El otro joven que corría junto con Lano, Jacobo de San Andrés, caballero de la corte de Federico II. Los antiguos comentaristas cuentan varias anécdotas que ilustran su carácter dispendioso.

124 Florencia, cuyo patrón pagano fue Marte; luego, ya cristiana, se puso bajo la protección de San Juan Bautista, razón por la que Marte la castiga con continuas guerras («su terrible arte»). La estatuta de Marte seguía erigida sobre el Ponte Vecchio en la época en que Dante escribía estos versos. Una fuerte avenida del río Arno la derribó finalmente en 1333. Quien destruyó Florencia no fue Atila, como se dice más adelante, sino el rey godo Totila, en 542. No sabemos quién es el personaje que está hablando.

CANTO DECIMOCUARTO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA DIOS. CAPANEO, EL ANCIANO DE CRETA. LOS RÍOS INFERNALES

Los violentos contra Dios, la naturaleza y el arte están condenados en el tercer recinto de este círculo, un desierto de arena ardiente, bajo una continua lluvia de fuego. Los dos poetas van bordeando con cuidado el desierto, hasta llegar a un riachuelo de color rojo. Allí Virgilio explica el origen de los diversos ríos infernales.

Enternecido por el amor a mi compatriota, reuní las hojas dispersas y las devolví a aquel que estaba ya enronquecido. Desde allí nos dirigimos al punto en que se divide el segundo recinto del tercero y donde se ve el terrible poder de la Justicia Divina. Para explicar mejor las cosas nuevas que allí vi, diré que llegamos a un arenal que rechaza la vida de cualquier tipo de planta. La dolorosa selva lo rodeaba cual guirnalda, así como el sangriento foso circundaba a aquélla. Nuestros pies quedaron fijos en el mismo lindero de la selva y la llanura. El espacio estaba cubierto de una arena tan árida y espesa como la que oprimió los pies de Catón en otro tiempo [125]. ¡Oh venganza de Dios! ¡Cuánto debe temerte todo aquel que lea lo que se presentó a mis ojos! Vi numerosos grupos de almas desnudas, que lloraban miserablemente y parecían cumplir sentencias diversas. Unas yacían de espaldas sobre el suelo, otras estaban sentadas en confuso montón y otras estaban continuamente andando [126]. Las que daban la vuelta al círculo eran las más numerosas y en menor número eran las que yacían para sufrir algún tormento; pero éstas tenían la lengua más suelta para quejarse. Llovían lentamente

125 Una arena como la del desierto de Libia, que fue atravesado por el ejército de Catón de Utica, según se nos cuenta en la *Farsalia* (IX, 368-949).

126 Son, respectivamente, las almas de los violentos contra Dios, contra el trabajo (los usureros) y contra la naturaleza (los sodomitas).

en el arenal grandes copos de fuego, semejantes a los de la nieve que en los Alpes caen cuando no sopla el viento. Así como Alejandro vio en las ardientes comarcas de la India caer sobre sus soldados llamas, que quedaban en el suelo sin extinguirse, lo que le obligó a ordenar a las tropas que las pisaran, porque el incendio se apagaba mejor cuanto más aislado estaba, así descendía el fuero eterno abrasando a la arena como abrasa a la yesca el pedernal, para redoblar el dolor de las almas. Sus míseras manos se agitaban sin reposo, apartando a uno y otro lado las brasas continuamente renovadas. Yo empecé a decir:

—Maestro, tú, que has vencido todos los obstáculos, a excepción del que nos opusieron los demonios inflexibles [127] a la puerta de la ciudad, dime: ¿quién es aquella gran sombra, que no parece cuidarse del incendio y yace tan feroz y altanera como si no la martirizase esta lluvia?

Y la sombra, observando que yo hablaba de ella a mi Guía, gritó:

—Tal cual fui en vida, soy después de muerto. Aun cuando Júpiter cansara a su herrero, de quien tomó en su cólera el agudo rayo que me hirió en el último día de mi vida; aun cuando fatigara uno tras otro a todos los negros herreros de Mongibelo, gritando: «Ayúdame, buen Vulcano», según hizo en el combate de Flegra, y aunque me asaetara con todas sus fuerzas, no lograría vengarse de mí cumplidamente [128].

Entonces mi Guía habló con tanta vehemencia, que nunca yo le había oído expresarse de aquel modo.

—¡Oh, Capaneo! Si no se modera tu orgullo, él será tu mayor

127 Los demonios encontrados en *Infierno,* VIII.

128 Quien habla es Capaneo, uno de los siete reyes que lucharon contra la ciudad de Tebas. Los dioses piden a Júpiter que salve la ciudad, pero él permanece impasible hasta que se oyen en el Olimpo las voces blasfemas de Capaneo, desafiando a los dioses y burlándose del mismo Júpiter, que terminará fulminándolo mientras estaba escalando las murallas de la ciudad. Pero su orgullo lo mantiene de pie y así muere, apoyado en la muralla, en un último desafío blasfemo. Dante se apoya para presentarnos a este personaje en Estacio, *Tebaida,* X. Explico: «Aunque cansase a su herrero (Vulcano) haciéndole fabricar rayos, o fatigase a todos los otros (Cíclopes) que trabajan en la negra fragua del volcán Etna, como hizo en Flegra combatiendo contra los Gigantes que intentaban escalar el Olimpo, aun así no conseguiría dominar mi orgullo.»

castigo. No hay martirio comparable al dolor que te hace sufrir tu rabia [129].

Después se dirigió a mí, diciendo con acento más apacible:

—Ése fue uno de los siete reyes que sitiaron a Tebas. Despreció a Dios y aún parece seguir despreciándolo. Pero, como le he dicho, su mismo despecho es el más digno premio debido a su corazón. Ahora, sígueme, y cuida de no poner tus pies sobre la abrasada arena: camina siempre arrimado al bosque.

Llegamos en silencio al sitio donde desemboca fuera de la selva un riachuelo, cuyo color rojo aún me horripila. Cual sale del Bulicame [130] el arroyo cuyas aguas se reparten las pecadoras, así corría aquel riachuelo por la arena. Las orillas y el fondo estaban petrificados, por lo que pensé que por allí se podría pasar.

—Entre todas las cosas que te he enseñado desde que entramos por la puerta cuyo umbral puede cruzar cualquiera, tus ojos no han visto nada tan notable como esa corriente que amortigua todas las llamas.

Tales fueron las palabras de mi Guía; por lo que le supliqué que se explicase más claramente, ya que había excitado mi curiosidad.

—En medio del mar existe un país arruinado —me dijo entonces— que se llama Creta [131] y tuvo un rey bajo cuyo imperio el mundo fue virtuoso. Allí hay un monte, llamado Ida, que en otro tiempo fue delicioso por sus aguas y su frondosidad y hoy está desierto como todas las cosas antiguas. Rea lo escogió por cuna segura de su hijo y, para ocultarlo mejor, hacía que cuando lloraba se produjesen grandes ruidos. En el interior

129 Al castigo que sufre por su pecado de soberbia añade continuamente el que se inflige a sí mismo con su rabia.

130 Manantial de aguas minerales termales, situado a dos millas de Viterbo. De él salía un riachuelo que en una depresión del terreno formaba un baño al que acudía toda clase de enfermos. Según los antiguos comentaristas, aunque no sea muy convincente su explicación, más abajo tomaban las aguas y se las repartían las «pecadoras» o mujeres públicas.

131 Creta, reino antes poderoso (hoy «arruinado»). Su primer rey fue Saturno, en cuyo reinado, la mítica Edad de Oro, los hombres fueron felices e inocentes. En el monte Ida, el más alto de la isla, Rea, la esposa de Saturno, parió a Júpiter y lo mantuvo allí escondido para evitar que su padre lo devorase.

del monte se mantiene en pie un gran anciano, que está de espaldas hacia Damieta, con la mirada como un espejo fija en Roma. Su cabeza es formada de oro fino, y de plata pura son los brazos y el pecho; después es de bronce hasta la entrepierna, y de allí para abajo es todo de hierro escogido, excepto el pie derecho, que es de barro cocido. Se afirma sobre éste más que sobre el otro pie. Cada parte, menos la formada de oro, está surcada por una hendidura que mana lágrimas, las cuales unidas agujerean aquel monte. Su curso se dirige hacia este valle, de roca en roca, formando el Aqueronte, la Estigia y el Flegetón; después descienden por este estrecho conducto, hasta el punto donde no puede bajar más, y allí forman el Cocito. Ya verás lo que es este lago; por eso no te lo describo ahora [132].

Yo le contesté:

—Si ese riachuelo se deriva así de nuestro mundo, ¿por qué se deja ver únicamente al margen de este bosque?

Y él a mí:

—Tú sabes que este lugar es redondo; aunque hayas andado mucho, descendiendo siempre al fondo por la izquierda, no has dado aún la vuelta a todo el circuito. Por lo cual, si se te aparece alguna cosa nueva no debe pintarse la admiración en tu rostro.

Le repliqué:

—Maestro, ¿dónde están el Flegetón y el Leteo? Del uno no dices nada y del otro sólo me dices que lo origina esa lluvia de lágrimas.

—Me agradan tus preguntas —contestó—; pero el hervor de esa agua roja debiera haberte servido de contestación a una de ellas. Verás el Leteo, pero fuera de este abismo; lo verás allá donde las almas van a lavarse cuando, arrepentidas de sus culpas, son perdonadas.

Después añadió:

[132] El viejo representa la historia de la humanidad, que ha ido decayendo desde la antigua pureza e inocencia de la Edad de Oro hasta su estado actual. El pie de hierro (en el que menos se apoya) sería el Imperio, ya en decadencia, y el de barro representaría al Papado o poder espiritual, corrompido y frágil. El viejo vuelve la espalda a Damieta (Egipto, cuna de la civilización) y dirige la mirada hacia Roma (el futuro, la esperanza de la humanidad, según Dante).

—Ya es tiempo de que nos apartemos de este bosque; procura venir detrás de mí; sus márgenes nos ofrecen un camino, pero no son ardientes y sobre ellas se extinguen todas las brasas.

CANTO DECIMOQUINTO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA NATURALEZA. BRUNETTO LATINI, PRISCIANO, FRANCISCO DE ACCORSO Y ANDRÉS DE MOZZI

Visión de los que cometieron violencia contra naturaleza, castigados a correr eternamente bajo el fuego. Entre ellos va Brunetto Latini, que predice a Dante las persecuciones de que le harán objeto sus compatriotas. A pesar de la condena por el pecado de sodomía, no dejamos de notar el respeto y el amor de Dante por su antiguo maestro.

Nos pusimos en marcha siguiendo una de aquellas orillas petrificadas; el vapor del arroyuelo formaba sobre él una niebla que preservaba del fuego a las ondas y los ribazos. Así como los flamencos que habitan entre Gante y Brujas, temiendo el mar que avanza hacia ellos, levantan diques para contenerlo; o como los paduanos lo hacen a lo largo del río Brenta para defender sus ciudades y castillos, antes de que la nieve de los Alpes sienta el calor; de un modo semejante eran formados aquellos ribazos; pero su constructor, quienquiera que fuese, no los había hecho tan altos ni tan gruesos.

Nos hallábamos ya tan lejos de la selva que no me habría sido posible descubrirla, por más que volviese atrás la vista, cuando encontramos una legión de almas que venía a lo largo del ribazo. Cada cual de ellas se miraba, como de noche suelen mirarse unos a otros los humanos a la escasa luz de la luna nueva, y aguzaban hacia nosotros las miradas como hace un sastre viejo para enhebrar la aguja.

Examinado de este modo por aquellas almas, fui reconocido por una de ellas, que me cogió el vestido exclamando:

—¡Qué maravilla!

Y yo, mientras que tendía los brazos, miré atentamente su abrasado rostro de tal modo que, a pesar de estar abrasado, no me fue imposible conocerlo a mi vez. E inclinando hacia su faz la mía, contesté:

—¿Vos aquí, «ser» Brunetto? [133].

Y él repuso:

—¡Oh hijo mío, no te enojes si Brunetto Latini vuelve un poco atrás contigo y deja que se adelanten las demás almas.

Yo le dije:

—Os lo ruego cuanto me es posible; y si queréis que nos sentemos, lo haré, si así le place a este con quien voy.

—¡Oh hijo mío! —replicó—; cualquiera de nosotros que se detenga un momento queda después cien años sufriendo esta lluvia, sin poder esquivar el fuego que lo abrasa. Así, pues, sigue adelante; yo caminaré a tu lado y luego me reuniré a la mesnada que va llorando sus eternos tormentos.

No me atreví a bajar del ribazo por donde iba para nivelarme con él, pero tenía la cabeza inclinada en actitud respetuosa. Empezó de este modo:

—¿Cuál es la suerte o el destino que te trae aquí abajo antes de tu última hora? ¿Y quién es ese que te enseña el camino?

—Allá arriba, en la vida serena —le respondí—, me extravié en un valle antes de haberse llenado mi edad. Pero ayer de mañana le volví la espalda; y cuando retrocedía otra vez hacia él, se me apareció ése y me está volviendo al verdadero camino por esta vía.

A lo que contestó:

—Si sigues tu estrella, no puedes por menos de llegar a glorioso puerto, si no me equivoqué en el juicio que en vida hice de ti. Y a no haber yo muerto tan pronto, viendo que el Cielo te era tan favorable, te habría dado alientos para proseguir tu obra. Pero aquel pueblo ingrato y malo, que en otro tiempo descendió de Fiésole y que aún conserva algo de la aspereza de sus montañas y sus rocas, será tu enemigo por la misma razón que no puede darse el dulce higo entre ásperas espinas. Una antigua fama les da en el mundo el nombre de ciegos; raza avara, envidiosa y soberbia. ¡Que sus malas costumbres no te manchen nunca! La fortuna te reserva tanto honor, que los dos partidos anhelarán poseerte; pero no es la miel para la boca del asno [134]. Que los fiesolanos continúen con sus malas costumbres y que no inficcionen la noble planta (si es que alguna vez vuelve a nacer) de los romanos, con los que convivieron cuando la ciudad fue fundada.

—Si todos mis deseos se hubiesen realizado —le respondí—, no estaríais vos fuera de la humana naturaleza; porque tengo siempre fija en mi mente, y ahora me contrista verla así, vuestra querida, buena y paternal imagen, cuando me enseñabais en el mundo cómo el hombre se inmortaliza. Me creo, pues, en el deber, mientras viva, de patentizar con mis palabras el agradecimiento que os profeso. Conservo grabado en mi memoria cuanto me referís acerca de mi destino, para hacerlo explicar con otro texto por una Dama que lo sabrá hacer, si consigo llegar hasta ella [135]. Solamente deseo manifestaros que estoy dispuesto a co-

133 Brunetto Latini (1220-94), güelfo florentino, notario y hombre que tomó parte en la vida política de la ciudad. De las palabras que más adelante, en este mismo Canto, pronuncia Dante («cuando me enseñabais en el mundo cómo el hombre se inmortaliza»), puede deducirse, y así lo piensa parte de la crítica, que fue maestro de Dante. Probablemente, fue sólo maestro de vida y modelo de conducta ciudadana. Volviendo de una embajada ante Alfonso X de Castilla, el Rey Sabio, le llega la noticia de la derrota de los güelfos en la batalla de Monteaperti (1260) y se refugia en París, donde escribe su *Trésor,* obra enciclopédica que había de tener una gran influencia cultural en la época de Dante. Más tarde la rehace en versos italianos con el nombre de *Tesoretto*. Tras la derrota de los gibelinos en Benevento, vuelve a Florencia, donde desempeña cargos de responsabilidad, llegando incluso hasta el priorato (1287). Está enterrado en Santa María Maggiore. Según el cronista Villani, fue «gran filosofo e fu sommo maestro in rettorica... e fu quegli che spuose la Rettorica di Tullio... Fu mondano uomo, ma di lui avemo fatta menzione, perocchégli fu cominciatore e maestro in digrossare i Fiorentini, e farli scorti in bene parlare e in sapere guidare e reggere la nostra repubblica secondo la politica».

134 Una leyenda dice que los romanos fundaron Florencia después de haber destruido Fiésole y que la poblaron con colonos romanos y con los rudos e incivilizados fiesolanos. Brunetto profetiza a Dante las persecuciones de que será víctima por parte de sus conciudadanos. Una de las varias profecías de este tipo que aparecen en la *Comedia* y una de las muchas críticas contra los soberbios y avaros compatriotas de nuestro poeta.

135 Lo que le profetiza Brunetto, junto con lo que ya le ha dicho Farinata, «otro texto» *(Inf.,* X), lo referirá a Beatriz para que ella se lo explique.

rrer todos los azares de la Fortuna con tal de que mi conciencia no me remuerda nada. No es la primera vez que he oído semejante predicción, y así, mueva la Fortuna su rueda como le plazca y el campesino su azada.

Entonces mi Maestro se volvió hacia la derecha, me miró y después me dijo:

—Bien escucha quien bien retiene.

No por eso dejé de seguir hablando con «ser» Brunetto; y preguntándole quiénes eran sus más notables y eminentes compañeros, me contestó:

—Bueno es que conozcas a algunos de ellos; con respecto a los otros, vale más callar, que para tanta conversación el tiempo es corto. Sabe, pues, que todos ellos fueron clérigos y literatos de gran fama y que el mismo pecado los contaminó a todos en el mundo. Con aquella turba desolada va Prisciano, como también Francisco de Accorso; y si desearas conocer a tan inmunda caterva, podrías ver a aquel que por el Siervo de los siervos de Dios fue trasladado del Arno a Bacchiglione, donde dejó sus mal extendidos miembros [136]. Más te diría, pero no puedo avanzar más, porque ya veo salir nuevo humo de la arena. Vienen almas con las cuales no debo estar. Te recomiendo mi *Tesoro,* en el que aún vive mi memoria, y no pido nada más.

Después se volvió con los otros, del mismo modo que los que, en la campiña de Verona, disputan a la carrera el palio verde, pareciéndose en el correr a los que vencen, y no a los vencidos.

---

136 Priscianus Caesariensis, célebre gramático latino del siglo VI, autor de las *Institutiones grammaticae.* No sabemos (y los antiguos comentadores tampoco) por qué Dante lo coloca entre los sodomitas. El Anónimo Florentino lo explica así: «Pare che l'Auttore ponga qui Prisciano per maestri che 'nsegnano grammatica, che comunemente paiono maculati di questo vizio.» Parece, pues, que Dante simplemente le aplica el silogismo *pedagogus ergò sodomiticus.* Accorso, famoso jurista (1225-93) que enseñó en Bolonia y Oxford. Benvenuto nos dice que estas acusaciones provocaron la indignación de muchos contemporáneos y la suya propia, hasta que fue a Bolonia a enseñar en 1375: allí confirmó que Dante tenía razón en estas acusaciones. El que fue trasladado del obispado de Florencia (ciudad regada por el río Arno) al obispado de Vicenza (por donde pasa el río Bacchiglione) fue Andrea de' Mozzi. De su deposición por el «Siervo de los siervos» (el papa Bonifacio VIII), a causa de sus escandalosas costumbres, sabemos por varios cronistas contemporáneos.

CANTO DECIMOSEXTO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA LA NATURALEZA. GUIDO GUERRA, TEGGHIAIO ALDOBRANDI Y JACOPO RUSTICUCCI

Entre los violentos contra naturaleza encuentra a tres nobles florentinos, famosos por su actividad política en el bando güelfo, a los que cuenta, con tonos apocalípticos, el grado de degeneración y decadencia a que ha llegado Florencia. Ya están al borde del insalvable acantilado que los separa del octavo Círculo.

Nos encontrábamos ya en un sitio donde se oía el rimbombar del agua que caía en el otro recinto, rumor semejante al zumbido que producen las abejas en sus colmenas, cuando a un tiempo y corriendo se separaron tres sombras de entre una multitud que pasaba sobre la lluvia de áspero martirio. Vinieron hacia nosotros gritando: «Detente, tú, que, a juzgar por tus vestidos, eres hijo de nuestra depravada tierra.» ¡Ah! ¡Qué de llagas antiguas y recientes vi en sus miembros, producidas por las llamas! Su recuerdo me contrista todavía. A sus gritos se detuvo mi Maestro, volvió el rostro hacia mí, y me dijo:

—Espera aquí, si quieres ser cortés con ésos; aunque si no fuese por el fuego que lanza sus rayos en este lugar, te diría que, mejor que a ellos la prisa por llegar, te estaría a ti la de correr a su encuentro.

Las sombras volvieron de nuevo a sus exclamaciones luego que nos detuvimos, y, cuando llegaron adonde estábamos, empezaron las tres a dar vueltas formando un círculo. Y como solían hacer los gladiadores desnudos y untados de aceite, que antes de venir a las manos buscaba cada cual la oportunidad de lanzarse con ventaja sobre su contrario, del mismo modo cada una de aquellas sombras dirigía su rostro hacia mí, girando sin cesar, de suerte que tenían vuelta la cabeza en distinta dirección de la que seguían sus pies.

—Aunque la miseria de este suelo movedizo y nuestro llagado y sucio aspecto hagan que nosotros y nuestros ruegos seamos despreciables —comenzó a decir una de ellas—, nuestra fama debe incitar a tu corazón a decirnos quién eres tú, que sientas con seguridad los pies vivos en el Infierno. Este que ves, tan desnudo y destrozado, y cuyas huellas voy siguiendo, fue de un rango mucho más elevado de lo que te figuras. Nieto fue de la púdica Gualdrata, se llamó Guido Guerra y durante su vida hizo tanto con su talento como con su espada. El otro, que tras de mí oprime la arena, es Tegghiaio Aldobrandi, cuya voz debería haber sido oída en el mundo. Y yo, que sufro el mismo tormento que ellos, fui Jacopo Rusticucci y, por cierto, que nadie me causó más daño que mi fiera mujer [137].

Si hubiese podido estar al abrigo del fuego, me habría lanzado hacia ellos, y creo que mi Maestro lo hubiera tolerado; pero como estaba expuesto a abrasarme y cocerme, el miedo venció la buena intención que me impelía a abrazarlos. Así, les dije:

—Vuestra situación no me ha inspirado desprecio, sino un dolor que tardará en desaparecer; esto es lo que he sentido desde el momento en que mi Guía me dijo algunas palabras por las que he comprendido que era gente de vuestra calidad la que hacia nosotros venía. De vuestra tierra soy; y siempre he oído hablar con gusto de vuestros actos y vuestros honrados nombres. Dejo las amarguras y voy en busca de los sabrosos frutos que me ha prometido mi sincero Guía; pero antes me es preciso bajar hasta el centro del infierno.

137 Guido Guerra, hijo de Ruggero di Dovadola, de la ilustre familia de los condes Guido y nieto, por tanto, del conde Guido el Viejo y de Gualdrata de' Ravignani, celebrada por sus contemporáneos como ejemplo de virtudes. Guido se distinguió por su habilidad y fortuna en las guerras contra los gibelinos, especialmente en la batalla de Benevento. Tegghiaio Aldobrandi, otro noble güelfo florentino. Las palabras que siguen a su nombre en el texto hacen referencia a la oposición que mantuvo al acuerdo de los florentinos de hacer frente a las tropas gibelinas, basándose en la superioridad de éstos. No fue escuchado, y los güelfos fueron derrotados en Monteaperti. Ha sido ya nombrado en *Inf.*, VI, cuando Dante pregunta por él a Ciacco y éste le responde que se encuentra «tra l'anime più nere». Jacopo Rusticucci, otro güelfo florentino, de origen popular pero persona «de valor, cortés y agradable», según el Anónimo Florentino. Casó con mujer tan voluble y desagradable que terminó repudiándola y tomó tal aversión al sexo femenino que no volvió a acercarse a mujer alguna.

—Así tu alma permanezca unida a tus miembros por mucho tiempo —repuso aquél— y así también resplandezca tu fama después de la muerte, ruégote que nos digas si la gentileza y el valor habitan aún en nuestra ciudad, como solían, o si se han desterrado por completo; porque Guillermo Borsiere, que gime hace poco entre nosotros y va allí con los demás compañeros, nos atormenta con lo que nos cuenta que está pasando allí [138].

—Los advenedizos y las rápidas fortunas han engendrado en ti, Florencia, tanto orgullo e inmoderación, que tú misma te lamentas ya por esa causa.

Así exclamé con la cabeza erguida. Y las tres sombras, oyendo esta respuesta, se miraron asintiendo, como cuando se oyen cosas que se tienen por verdaderas.

—¡Si tan poco te cuesta en otras ocasiones satisfacer las preguntas de cualquiera —respondieron todos—, dichoso tú, que dices lo que sientes! Mas, si sales de estos lugares oscuros y vuelves a ver las hermosas estrellas, cuando relates lo que has visto aquí, haz que los hombres hablen de nosotros.

En seguida rompieron el círculo y huyeron tan de prisa que sus piernas parecían alas. No podría decirse «amén» en el tiempo en que ellos desaparecieron, por lo cual mi Maestro determinó que nos fuésemos. Yo lo seguía y a los pocos pasos advertí que el ruido del agua estaba tan próximo que aun hablando alto apenas nos hubiéramos oído. Como aquel río que sigue su propio curso desde el monte Veso hacia Levante por la izquierda del Apenino, el cual se llama Acquacheta antes de precipitarse en un lecho más bajo, perdiendo este nombre en Forli y formando después una cascada, sobre San Benedetto en los Alpes, en lugar de ir descendiendo suavemente; así en la parte inferior de una roca escarpada oímos resonar tan fuertemente aquella agua teñida de sangre, que me habría hecho ensordecer en poco tiempo. Tenía yo una cuerda ceñida al cuerpo (con la cual había esperado apoderarme de la pantera de pintada piel) y cuando así me lo ordenó mi Guía, me la desaté y se la presenté plegada

138 Otro caballero florentino, famoso por sus esfuerzos en favor de la paz interna de la ciudad. Muere en 1300, lo que explica las palabras de Rusticucci: «Gime hace poco tiempo entre nosotros.»

y arrollada. Entonces se volvió hacia la derecha y desde una distancia considerable de la orilla la arrojó en aquel abismo profundo. «Preciso es —decía yo entre mí— que alguna novedad responda a esta nueva señal, cuyo efecto espera con tanta atención mi Maestro.» ¡Oh, qué circunspectos deberían ser los hombres ante los que no solamente ven sus actos, sino ante los que, con la inteligencia, leen en el fondo de sus pensamientos!

Mi Guía me dijo:

—Pronto vendrá de arriba lo que espero y pronto también es preciso que descubran tus ojos lo que tu pensamiento no ve con seguridad.

El hombre debe, siempre que pueda, cerrar sus labios antes de decir una verdad que tenga visos de mentira; porque se expone a avergonzarse sin tener culpa. Pero ahora no puedo callarme y te juro, ¡oh, lector!, por los versos de esta comedia a la que deseo la mayor aceptación, que vi venir nadando por el aire denso y oscuro una figura que causaría espanto al corazón más entero; la cual se asemejaba al nadador que vuelve del fondo donde bajó acaso a desprender el ancla que está afianzada a un escollo u otro cualquier objeto escondido en el mar, y que extiende hacia arriba los brazos al mismo tiempo que encoge las piernas.

CANTO DECIMOSÉPTIMO

SÉPTIMO CÍRCULO, TERCER RECINTO: LOS VIOLENTOS CONTRA EL ARTE. GERIÓN. SCROVEGNI, BUIAMONTE. DESCENSO AL OCTAVO CÍRCULO

Mientras Virgilio habla con Gerión, Dante contempla a los usureros, que se encuentran en las arenas ardientes. Luego los dos poetas montan sobre el alado Gerión, que los transporta al octavo Círculo.

—He aquí al monstruo de aguzada cola, que traspasa las montañas y rompe los muros y las armas. He aquí a quien corrompe al mundo entero [139].

Así empezó a hablarme mi Maestro e hizo a aquella fiera una seña indicándole que se dirigiera hacia la margen de piedra sobre la que nos encontrábamos. Y aquella inmunda imagen del fraude llegó a nosotros y adelantó la cabeza y el cuerpo, pero no puso la cola sobre aquella orilla. Su rostro era el de un varón justo, tan bondadosa era su apariencia exterior, y el resto del cuerpo el de una serpiente. Tenía dos garras llenas de vello hasta los sobacos, y la espalda, el pecho y los costados salpicados de tal modo de manchas, que no ha habido tela turca ni tártara tan rica en colores, no pudiendo compararse tampoco con las variopintas telas de Aracne. Como se ven muchas veces las barcas en la orilla, mitad en el agua y mitad en tierra, como en el país de los glotones tudescos el castor se prepara a hacer la guerra a los peces, así la detestable fiera se mantenía sobre el cerco de piedra que circunda la arenosa llanura, agitando su cola en el vacío y levantando el venenoso dardo de que tenía armada su extremidad, parecida a la de un escorpión. Mi guía me dijo:

—Ahora conviene que dirijamos nuestros pasos hacia la perversa fiera que allí está tendida.

Por lo cual descendimos por la derecha y dimos diez pasos sobre la extremidad del margen, procurando evitar la arena abrasadora y las llamas. Cuando llegamos donde la fiera se encontraba, vi a corta distancia sobre la arena mucha gente sentada al borde del abismo [140]. Allí me dijo mi Maestro:

—A fin de que adquieras una completa experiencia de lo que es este recinto, anda y examina la condición de aquellas almas,

139 No conoceremos el nombre del monstruo que se acerca volando hasta mucho más adelante. Se trata de Gerión, rey mitológico muerto por Hércules. Los poetas clásicos lo representaban con tres cuerpos: «tergeminus Geryon» (Virgilio, *Aen.*, VIII, 202) y «prodigium triplex» (Ovidio, *Heroidas,* IX, 31). Dante lo imagina, en cambio, formado por tres naturalezas: hombre en el rostro, león en las garras y serpiente en el resto del cuerpo, terminado en una cola de doble pinza como la del escorpión. Ya en Virgilio es uno de los personajes que se encuentran en la entrada del Infierno. Aquí simboliza, como veremos, el fraude o engaño.

140 Los usureros son el símbolo de la violencia contra la naturaleza y el arte. Están sentados mirando la tierra porque han pecado contra ella y contra el trabajo que la hubiera podido hacer productiva.

pero que sea corta tu conferencia. Mientras vuelves, hablaré con esta fiera para que nos preste sus fuertes espaldas.

Continué, pues, andando solo hasta el extremo del séptimo círculo, donde gemían aquellos desgraciados. El dolor brotaba de sus ojos, mientras acá y allá se defendían con las manos, ya de las pavesas, ya de la candente arena, como los perros, en el estío, rechazan con las patas o con el hocico las pulgas, moscas o tábanos que los molestan. Mirando atentamente el rostro de aquellos a quienes azota el doloroso fuego, no conocí a ninguno; pero observé que del cuello de cada cual pendía una bolsa de cierto color, marcada con un signo, en cuya contemplación parecían deleitarse sus miradas. Aproximándome más para examinar mejor, vi en una bolsa amarilla una figura azul que tenía toda la apariencia de un león. Después, prosiguiendo el curso de mis observaciones, vi otra, roja como la sangre, que ostentaba una oca más blanca que la leche. Uno de ellos, en cuya bolsa figuraba una puerca preñada, de color azul, me dijo [141].

—¿Qué haces en esta fosa? Vete. Y, puesto que aún vives, sabes que mi vecino Vitaliano debe sentarse a mi izquierda. Yo soy paduano, en medio de estos florentinos que muchas veces me atruenan los oídos gritando: «Que venga pronto el caballero soberano, que llevará la bolsa con los tres picos» [142].

Después torció la boca y sacó la lengua como el buey que se lame las narices. Y yo, temiendo que mi tardanza incomodase a aquel que me había encargado que estuviera allí poco tiempo, volví la espalda a tan miserables almas. Encontré a mi Guía, que había saltado ya sobre la grupa del feroz animal y que me dijo:

141 Más que a individuos concretos, parece que Dante quiere aquí referirse a determinadas familias conocidas como prestamistas y usureros, designándolas por sus escudos de armas. Por ejemplo, el león azul en campo de oro era el escudo de los Gianfigliazzi; la oca blanca en campo de gules, perteneciente a la familia Ubbriachi; el cerdo azul sobre color blanco era la de los Scrovegni, procedente de Padua, como se nos dice en el mismo texto. Del Vitaliano al que se alude a continuación no sabemos nada, ya que no puede tratarse de Vitaliano del Dente, famoso precisamente por su generosidad.

142 Gianni Buiamonte, de la familia de los Becchi, cuyo escudo representaba tres picos en campo de oro. Fue, efectivamente, caballero, y Dante al recordar esta condición quiere a la vez mostrar su desprecio por la ciudad que le había concedido semejante título, es decir, Florencia.

—Ahora debes ser fuerte y atrevido. Por aquí no se baja sino con la colaboración de monstruos como éste. Monta delante porque quiero quedarme entre tú y la cola, a fin de que este animal no pueda hacerte daño alguno.

Al oír estas palabras, me quedé como aquel que, presintiendo el frío de la cuartana, tiene ya las uñas pálidas y tiembla con todo su cuerpo tan sólo al mirar su sombra. Pero el tono en que las pronunció me produjo la vergüenza que da ánimo a un servidor en presencia de un amo valeroso. Me coloqué sobre las anchas espaldas de la fiera y quise decir: «Ten cuidado de sostenerme»; pero, contra lo que esperaba, me faltó la voz; si bien Virgilio, que ya anteriormente me había socorrido en todos los peligros, apenas monté, me estrechó y me sostuvo entre sus brazos. Después dijo:

—Gerión, ponte ya en marcha, trazando anchos círculos y descendiendo lentamente. Piensa en la inusitada carga que llevas.

Aquel animal fue retrocediendo como la barca que se aleja de la orilla, y cuando sintió todos sus miembros en libertad, revolvió la cola hacia donde antes tenía el pecho y, extendiéndola, la agitó como una anguila, atrayéndose el aire con las garras. No creo que Faetón tuviera tanto miedo, cuando abandonó las riendas, por cuyo acto se abrasó parte del cielo, como se puede ver todavía; ni que lo tuviera el desgraciado Ícaro cuando, derritiéndose la cera, sintió que las alas se desprendían de su torso [143], al mismo tiempo que su padre le gritaba: «Mal camino llevas», como el miedo que yo sentí al verme rodeado de aire por todas partes y sin ver nada más que la espalda de la fiera que me llevaba. Ésta empezó a marchar, nadando lentamente, girando y descendiendo; pero yo no podía apercibirme más que del viento que sentía en mi rostro y en la parte inferior de mi cuerpo. Empecé a oír hacia la derecha el horrible estrépito que

143 Faetón, hijo del Sol, conducía el carro con el que su padre recorría diariamente los cielos, cuando perdió el control de los caballos, que se salieron del camino acostumbrado, quemando así una franja del cielo, «como se puede ver todavía» (la vía Láctea). Ícaro, hijo de Dédalo, huyó del laberinto de Creta con unas alas que le había fabricado su padre, sujetas a la espalda con cera; se acercó demasiado al sol, cuyo calor derritió la cera, y perdió las alas, precipitándose en el mar. Ambos mitos los toma Dante de Ovidio (*Met.*, II, 47-324, y VIII, 183-235).

producían las aguas en el abismo, por lo cual incliné la cabeza y dirigí mis miradas hacia abajo, causándome un gran miedo aquel precipicio, porque vi llamas y percibí lamentos que me obligaron a encogerme tembloroso. Entonces observé, pues no había reparado en ello anteriormente, que descendíamos dando vueltas, como me lo hizo notar la proximidad de los grandes castigos que iban apareciendo por doquier en torno nuestro. Como el halcón que, habiendo permanecido largo tiempo volando sin ver reclamo o pájaro alguno, hace exclamar al halconero: «¡Eh, ¿bajas ya?!», y, efectivamente, desciende cansado lejos del que lo amaestró, desdeñoso e iracundo, así nos dejó Gerión en el fondo del abismo, al pie de una desmoronada roca. Y, libre de nuestras personas, se alejó como una saeta despedida por la cuerda.

CANTO DECIMOCTAVO

OCTAVO CÍRCULO, PRIMER FOSO: LOS RUFIANES Y SEDUCTORES. VENEDICO CACCIANIMICO, JASÓN. SEGUNDO FOSO: LOS ADULADORES. ALEJO INTERMINELLI, THAIS

Nos encontramos en el octavo Círculo, dividido en diez fosos, donde penan los fraudulentos contra toda la humanidad. Van andando a lo largo del primer foso, en el que se encuentran los rufianes y seductores. De un foso al siguiente es necesario pasar a través de un puente de piedra. Así llegan al segundo foso, donde encuentran a los aduladores. Los «malebolge», o fosos de podredumbre, van descendiendo de forma concéntrica hasta el pozo que constituye el centro del Infierno. Son la imagen de la sociedad en corrupción, la progresiva desintegración de todo tipo de relaciones entre los hombres, sexuales, religiosas, políticas, lingüísticas, etc., hasta llegar al pozo donde ha desaparecido toda confianza y donde no se puede esperar más que el despeñamiento al fondo del abismo.

Hay un lugar en el Infierno llamado Malebolge, construido todo de piedra y de color ferruginoso, como la cerca que lo rodea. En el centro mismo de aquella funesta planicie se abre un pozo bastante ancho y profundo, de cuya estructura me ocuparé en su lugar. El espacio que queda entre el pozo y el pie de la dura cerca es redondo y está dividido en diez valles o recintos cerrados, semejantes a los numerosos fosos que rodean un castillo para defensa de sus murallas; y así como esos fosos tienen puentes que van desde el umbral de la puerta hasta el otro extremo, del mismo modo aquí avanzaban desde la base de la montaña algunas rocas que, atravesando las márgenes y los fosos, llegaban hasta el pozo central y allí se reunían quedando truncadas. Tal era el sitio donde nos encontramos cuando descendimos de la grupa de Gerión; el Poeta echó a andar hacia la izquierda y yo seguí tras él. A mi derecha vi nuevas causas de conmiseración, nuevos tormentos y nuevos burladores, que llenaban el primer foso. En el fondo estaban desnudos los pecadores; los del centro venían de frente a nosotros y los de la parte de fuera seguían en nuestra misma dirección, pero con paso más veloz. Como en el año del jubileo, a causa de la afluencia de la gente que atraviesa el puente de Sant'Angelo, las autoridades de Roma han determinado que todos los que se dirijan al castillo y vayan hacia San Pedro caminen por un lado del puente, y por el otro los que van hacia el monte [144], así vi yo, por uno y otro lado de la negra roca, cornudos demonios con largos látigos, que azotaban cruelmente las espaldas de los condenados. ¡Cómo les hacían mover las piernas al primer golpe! Ninguno aguardaba al segundo ni al tercero. Mientras yo andaba, mis ojos se encontraron con los de un pecador y me dije en seguida: «No es la primera vez que veo a ése.» Por lo que fijé la vista para reconocerlo mejor; mi dulce Guía se detuvo al mismo tiempo e incluso me permitió retroceder algún tanto. El azotado creyó ocultarse bajando la cabeza, mas le sirvió de poco, pues le dije:

[144] Dante parece referir una experiencia personalmente vivida cuando asistió al jubileo del año 1300. Eran tantos los peregrinos (200.000 diarios, según Villani), que hubo que regular el tráfico de los mismos haciendo caminar por un lado del puente de Sant'Angelo (el único que existía entonces sobre el Tíber) a los que se dirigían a la basílica y por el otro a los que volvían hacia el monte Giordano, es decir, hacia el centro de la ciudad, en la orilla izquierda del río.

—Tú, que fijas los ojos en el suelo: si no son falsas las facciones que llevas, eres Venedico Caccianimico. Pero ¿qué es lo que te ha traído a tan doloroso castigo?

A lo que me contestó:

—Lo digo con repugnancia, pero cedo a tu claro lenguaje, que me hace recordar el mundo de otro tiempo. Yo fui aquel que obligó a la bella Ghisola a satisfacer los deseos del marqués, cuéntese como se quiera la tal historia[145]. Y no soy el único boloñés que llora aquí; antes bien, este sitio está tan lleno de ellos que no hay en el día de hoy entre el Savena y el Reno tantas lenguas que digan «SIPA»[146], como las que hay en esta fosa. Y si quieres una prueba de lo que te digo, recuerda nuestra codicia notoria[147].

Mientras así hablaba, un demonio le pegó un latigazo, diciéndole: «Anda, rufián, que aquí no hay mujeres para vender.»

Me reuní con mi Guía y a los pocos pasos llegamos a un punto de donde salía una roca de la montaña. Subimos por ella fácilmente, y volviendo a la derecha en un agudo ángulo, salimos de aquel eterno recinto. Luego que llegamos al sitio en que aquel peñasco se ahueca por debajo a modo de puente, para dar paso a los condenados, mi Guía me dijo:

—Detente y haz que en ti se fijen las miradas de esos otros mal nacidos cuyos rostros no has visto aún, porque han caminado hasta ahora en nuestra misma dirección.

Desde el vetusto puente contemplamos la larga fila que hacia nosotros venía por la otra parte y que era igualmente castigada por el látigo. El buen Maestro me dijo, sin que yo le preguntara nada:

145 Venedico Caccianimici dell'Orso, jefe del partido güelfo de Bolonia. Está castigado aquí como alcahuete por haber entregado a su propia hermana a la lujuria del marqués Azzo VIII de Ferrara, a cambio de la protección de éste.

146 Quiere decir: hay aquí más boloñeses que los que aún están vivos en su territorio (comprendido entre los ríos Savena y Reno) y que todavía pronuncian *sipa,* forma dialectal boloñesa de la tercera persona del presente de subjuntivo del verbo ser, *sia* en italiano.

147 Rufianes y seductores son los que aprovechan las pasiones de los demás para servir sus propios intereses. Aunque presentados desde el punto de vista del engaño amoroso, son referibles a todo tipo de pasiones, no solamente a la sexual.

—Mira esa gran sombra que se acerca y que, a pesar de su dolor, no parece derramar ninguna lágrima. ¡Qué aspecto tan majestuoso conserva aún! Ése es Jasón, que con su valor y su destreza robó en Cólquide el vellocino de oro. Pasó por la isla de Lemnos, después que las audaces y crueles mujeres que la habitaban hubieran dado muerte a todos los varones; y allí, con sus artificios y sus halagüeñas palabras, engañó a la joven Hipsipila, que antes había engañado a todas sus compañeras, y la dejó encinta y abandonada. Por tal culpa está condenado a este martirio, que es también la venganza de Medea[148]. Con él van todos los que han cometido igual clase de engaños. Bástete, pues, saber esto de la primera fosa y de los que en ella son atormentados.

Nos encontrábamos ya en el punto donde el estrecho sendero se cruza con el segundo margen, que sirve de apoyo para otro arco. Allí vimos a los que se anidan en una nueva fosa, dando resoplidos por las narices y golpeándose con sus propias manos. Las orillas estaban incrustadas de moho, producido por las emanaciones que venían de abajo, que allí se condensan ofendiendo a la vista y al olfato. La fosa es tan profunda que no se puede ver el fondo sino mirando desde la parte más alta del arco, y desde aquel punto vimos en el foso unas gentes sumergidas en un estiércol que parecía salir de letrinas humanas[149]. Y mientras tenían la vista fija allí dentro, vi uno con la cabeza tan sucia de excrementos que yo no podía saber si era clérigo o seglar. Aquella cabeza me dijo:

—¿Por qué te muestras tan ávido de mirarme a mí, con preferencia a los otros, que están tan sucios como yo?

148 Las mujeres de Lemnos habían matado a todos los varones de la isla para vengar el abandono en que las tenían. La hija del rey Toante, Hipsipila, engañó a sus compañeras haciéndoles creer que ella también había matado a su padre. Jasón, dirigiendo la expedición de los Argonautas, paró en Lemnos y sedujo a la jovencita (Dante no puede ocultar su simpatía por ella), abandonándola después. Más tarde seduce a Medea, a la que también abandonará por Creusa. Se nos presentan aquí, pues, a los seductores de mujeres en beneficio propio, al contrario de lo que hemos visto en el caso de Venedico.

149 Son los aduladores, que también explotan a los demás engañando sus deseos con palabras. Son símbolo de la corrupción de la lengua y la comunicación entre los hombres.

Le respondí:

—Porque, si mal no recuerdo, te he visto otra vez con los cabellos enjutos. Tú eres Alejo Interminelli, de Lucca. Por eso te miro más que a todos los otros [150].

Entonces él, golpeándose la cabeza, exclamó:

—Aquí me han sumergido las lisonjas que no se cansó de prodigar mi lengua.

Después de esto, mi Guía me dijo:

—Procura adelantar un poco la cabeza a fin de que tus miradas alcancen las facciones de aquella sucia esclava desmelenada que se desgarra las carnes con sus uñas llenas de inmundicia y que tan pronto se encoge como se estira. Ésa es Thais, la prostituta, que cuando su amante le preguntó: «¿Tengo grandes méritos a tus ojos?», ella le contestó: «Sí, maravillosos» [151]. Y con esto queden saciadas nuestras miradas.

CANTO DECIMONONO

OCTAVO CÍRCULO, TERCER FOSO: LOS SIMONÍACOS. EL PAPA NICOLÁS III

En el tercer foso están los simoníacos, hundidos cabeza abajo en el suelo y con los pies al aire, convertidos en antorchas. Aquí el papa Nicolás III está esperando a algunos de sus sucesores en la silla de San Pedro. Dante condena la avaricia del Papado, simbolizada en la simonía o comercio con las cosas que pertenecen a Dios.

150. Poco más sabemos de él sino que pertenecía a la familia burguesa de los Interminelli o Interminei, que debió de morir poco después de 1295 y que era un empedernido adulador, como nos dice Benvenuto: «Omnes ungebat, omnes linguabat, etiam vilissimos et mercenarios famulos; et ut cito dicam, totus colabat totus foetebat adulatione.»

151 Nombre de la cortesana de la comedia de Terencio *Eunuchus,* aunque Dante la presenta como personaje que hubiera vivido realmente. Nuestro poeta seguramente leyó y malinterpretó el comentario de Cicerón sobre los parásitos *(De amicitia),* puesto que no conocía la comedia de Terencio, donde las palabras que Dante cita están puestas en boca del joven Thraso y del parásito Gnato.

¡Oh Simón el Mago! ¡Oh miserables sectarios suyos, almas rapaces, que prostituís a cambio de oro y plata las cosas de Dios, que deben ser esposas de la virtud [152]. Ahora resonará la trompa para vosotros, puesto que os encontráis en la tercera fosa.

Estábamos ya junto a ésta, subidos en aquella parte del escollo que cae justamente sobre su centro. ¡Oh Suma Sabiduría! ¡Cuán grande es el arte que demuestras en el Cielo, en la Tierra y en el mundo maldito, y con cuánta equidad se reparte tu virtud! Vi por todos lados en el suelo la piedra lívida llena de pozuelos, todos redondos y de igual tamaño, los cuales me parecieron ni más ni menos anchos que los que hay en mi hermoso San Juan para servir de pilas bautismales. Uno de ellos rompí yo, no hace muchos años, por salvar a un niño que dentro se ahogaba; y baste lo que digo para desengañar a todos [153]. Fuera del brocal de cada uno de aquellos agujeros salían los pies y las piernas de un pecador, hasta el muslo, quedando dentro el resto del cuerpo. Ambos pies estaban ardiendo; por esta razón se agitaban tan fuertemente sus coyunturas que hubieran roto sogas y cuerdas. Del mismo modo que la llama suele recorrer la superficie de los objetos untados de grasa, así el fuego flameaba desde el talón hasta la punta en los pies de los condenados.

—¿Quién es aquél, Maestro, que furioso agita los pies más que sus otros compañeros —dije entonces— y a quién corroe y deseca una llama mucho más roja que las otras?

A lo cual me contestó:

—Si quieres que te conduzca por aquella parte de la escarpa que está más cercana al fondo, él mismo te dirá quién es y cuáles son sus crímenes.

152 Simón, mago de Samaria, quiso comprar de los apóstoles Pedro y Juan la facultad de comunicar el Espíritu Santo a los bautizados por medio de la imposición de manos. San Pedro lo rechazó con estas palabras: «Pecunia tua tecum sit in perditione, quoniam donum Dei existimasti pecunia possideri» *(Actas,* 8, 9-24). De él toma nombre el comercio con las cosas divinas, simonía, simoníaco.

153 Habiendo roto Dante una de las pilas bautismales de la iglesia de San Juan, en Florencia, para salvar a un niño que se ahogaba, fue acusado de sacrilegio. Por eso hace constar aquí que no lo hizo por desprecio de las cosas sacras, sino por amor a la humanidad. Tengamos en cuenta, para comprender la situación, que el bautismo se administraba por inmersión.

Le respondí:

—Me parece bien todo lo que a ti te agrada. Tú eres el dueño y sabes que yo no me separo de tu voluntad, así como también conoces lo que me callo.

Subimos entonces al cuarto margen, después volvimos y bajamos por la izquierda hacia la estrecha y perforada fosa, sin que el buen Maestro me hiciera separar de su lado, hasta haberme conducido junto al hoyo de aquel que daba tantas señales de dolor con los movimientos de sus piernas.

—¡Oh! Quienquiera que seas, tú, que tienes enterrada la parte superior de tu cuerpo; alma triste, plantada como una estaca —empecé a decir—, párate, si puedes.

Yo estaba como en fraile que confiesa al pérfido asesino, a quien, enterrado ya para cumplir su condena, llama para que se arrepienta. Y él gritó:

—¿Estás ya aquí, todavía sin hundirte en este hoyo, estás ya aquí, todavía con la cabeza en alto, Bonifacio? [154]. ¿Me ha engañado en algunos años lo que está escrito? ¿Tan pronto te has saciado de aquellos bienes, por los cuales no temiste apoderarte con embustes de la hermosa Dama para gobernarla después indignamente? [155].

Quedéme, al oír esto, como aquellos que, casi avergonzados por no haber comprendido lo que se les ha dicho, no saben qué contestar. Entonces Virgilio dijo:

—Respóndele pronto; dile: «Yo no soy, yo no soy el que tú crees.»

Y yo contesté como se me ordenó. Por lo cual el espíritu retorció sus pies; y luego, suspirando y con voz llorosa, me dijo:

—Pues ¿qué es lo que preguntas? Si te urge conocer quién soy,

154 Esta sombra es la del papa Nicolás III, de la familia de los Orsini, de Roma, electo en 1277. Cree que quien le ha preguntado es el alma de Bonifacio VIII. «El libro profético en el que los condenados leemos el futuro me ha engañado, porque, según está escrito, tú deberías morir en 1303 y no en 1300.» En esta última fecha se está realizando el viaje de ultratumba de Dante y por eso no le salen las cuentas a Nicolás. Bonifacio, efectivamente, morirá en 1303.

155 Celestino V dijo de Bonifacio VIII que fue elegido con engaños para gobernar la Iglesia («la hermosa Dama»). «Llegó al papado como un zorro, gobernó como un león y murió como un perro.»

hasta el punto de haber descendido para ello por todos estos peñascos, sabrás que estuve investido del gran manto y fui verdadero hijo de la Osa, tan codicioso que, por aumentar la riqueza de los oseznos, embolsé allá arriba todo el dinero que pude, como aquí embolso mi alma. Bajo mi cabeza están sepultados los demás papas que antes de mí cometieron simonía y se hallan comprimidos a lo largo de este angosto agujero [156]. Yo me hundiré también luego que venga aquel con el que te he confundido cuando te dirigí mi súbita pregunta. Pero desde que mis pies se abrasan y me encuentro colocado al revés, ha transcurrido más tiempo del que él permanecerá en este mismo sitio con los pies quemados; porque en pos de él vendrá de Poniente un pastor sin ley, por causa más repugnante, y éste deberá cubrirnos a entrambos [157]. Será un nuevo Jasón, parecido a aquel de quien se habla en el libro de los Macabeos, y así como el rey de éste fue débil para con él, así con el otro lo será el que rige la Francia [158].

No sé si en tal momento fue demasiada fatuidad la mía, pero le respondí en estos términos:

—¡Eh! Dime: ¿cuánto dinero exigió Nuestro Señor de San Pedro antes de poner las llaves en su poder? En verdad que no le pidió más sino que lo siguiera. Ni Pedro ni los otros pidieron a Matías oro ni plata, cuando fue elegido para reemplazar al que

156 Quien habla es el papa Nicolás III. Según Villani, «hombre de honesta vida mientras fue simple eclesiástico y cardenal..., pero cuando fue elegido papa, por enriquecer a su familia, los Orsini (''hijo de la Osa'', ''oseznos''), comerció con los bienes de la Iglesia... y fue el primero o de los primeros papas que cometieron el pecado de simonía». Dante imagina para ellos un tormento igual al que se aplicaba en la realidad a los que asesinaban por cuenta ajena a cambio de dinero, suplicio llamado propaginación y consistente en enterrar a los condenados cabeza abajo y cubrirlos de tierra. El hoyo ante el que nos encontramos parece estar destinado a los papas y bajo Nicolás III ya hay varios.

157 Cuando muera Bonifacio (con el que ha confundido a Dante), Nicolás caerá al fondo, cediéndole su puesto y reuniéndose con sus antecesores simoníacos. Tras Bonifacio, y no después de muchos años («ha transcurrido más tiempo del que él permanecerá en este sitio»), vendrá Clemente V, entonces arzobispo de Burdeos («de Poniente»).

158 Jasón compró al rey Antíoco el cargo de sumo sacerdote de los judíos, como Clemente comprará el pontificado, prometiéndole a Felipe el Hermoso, rey de Francia, los diezmos del reino durante cinco años.

perdió su alma traidora [159]. Permanece, pues, ahí porque has sido castigado justamente y guarda bien la mal adquirida riqueza, que tan atrevido te hizo contra Carlos [160]. Y si no fuese porque aún me contiene el respeto por las llaves soberanas que poseíste en tu alegre vida, emplearía palabras mucho más severas. Porque vuestra avaricia contrista al mundo, pisoteando a los buenos y ensalzando a los malos. Pastores, a vosotros se refería el Evangelista cuando vio prostituida ante los reyes a la que se sienta sobre las aguas; a la que nació con siete cabezas y obtuvo autoridad por sus diez cuernos mientras la virtud agradó a su marido [161]. Os habéis construido dioses de oro y plata; ¿qué diferencia, pues, existe entre vosotros y los idólatras, sino la de que ellos adoran a uno y vosotros adoráis a ciento? ¡Ah, Constantino! ¡A cuántos males dio origen no tu conversión al Cristianismo, sino la donación que de ti recibió el primer papa que fue rico! [162].

Mientras yo le hablaba con esta claridad, él, ya fuese a impulsos de la ira o porque le remordiese la conciencia, respingaba fuertemente con ambas piernas. Creo que complací a mi Guía, porque escuchó siempre con rostro satisfecho el sonido de mis palabras, expresadas con sinceridad. Entonces me cogió con los dos brazos y, teniéndome en alto bien afianzado sobre su pecho, volvió a subir por el camino por donde habíamos descendido, sin dejar de estrecharme contra sí, hasta llegar a la parte superior del puente que va de la cuarta a la quinta calzada. Allí depositó suavemente su querido fardo sobre el áspero y pelado escollo, que hasta para las cabras sería un difícil sendero. Desde allí descubrí una nueva fosa.

---

159 Judas, a quien Matías, elegido por suerte, reemplazó en el apostolado.

160 Se creía entonces el hecho (hoy demostrado falso por los historiadores) de que Nicolás III había apoyado con dineros la conjura de las Vísperas Sicilianas contra el rey Carlos de Anjou.

161 El Evangelista (San Juan, *Apoc.*, 17, 1-3) describe prostituida a la Iglesia, cuya fuerza son los siete sacramentos («cabezas») y cuya autoridad se apoya en los diez mandamientos («cuernos») mientras fue fiel a las doctrinas de Cristo («su marido»).

162 Dante, como otros autores medievales, piensa que el origen de la corrupción de la Iglesia está en la donación del dominio sobre Roma que le concedió el emperador Constantino en agradecimiento al papa Silvestre, que lo había curado de la lepra. En el siglo XV. gracias al humanista Lorenzo Valla, se demostró la falsedad de los documentos que el Papado mostraba para legalizar su poder temporal *(De falso credita et ementita donatione Constantini).*

CANTO VIGÉSIMO

OCTAVO CÍRCULO, CUARTO FOSO: LOS ADIVINOS: ANFIARAO, TIRESIAS, ARONTE, MANTO. ORIGEN DE MANTUA. EURIPILO, MIGUEL SCOTTO, ASDENTE Y OTROS ADIVINOS MODERNOS

En el cuarto foso están los adivinos, con las cabezas colocadas al revés sobre los hombros, mirando y andando, por lo tanto, sólo hacia atrás. Virgilio cuenta la historia de su ciudad natal, Mantua. Los adivinos representan a los que han usurpado el poder de Dios para conocer el futuro. Los cuerpos retorcidos son la imagen de la deformación del conocimiento y de la verdadera ciencia, deformación que se usa, como todo en los Malebolge, para el engaño de los demás y el propio beneficio.

Mis versos deben relatar un nuevo suplicio, el cual servirá de asunto al vigésimo canto de la primera Cántica, que trata de los sumergidos en el Infierno. Me hallaba ya dispuesto a contemplar el descubierto fondo, que está bañado de lágrimas de angustia, cuando vi venir por la fosa circular gentes que, llorando en silencio, caminaban con aquel paso lento que llevan las procesiones en el mundo. Cuando incliné más hacia ellos mi mirada, me pareció que cada uno de aquellos condenados estaba retorcido de un modo extraño desde la barba hasta el principio del pecho, pues tenían el rostro vuelto hacia las espaldas y les era preciso andar hacia atrás, porque habían perdido la facultad de ver por delante. Quizá por la fuerza de la perlesía se encuentra un hombre de tal manera contrahecho; pero yo no lo he visto ni creo que pueda suceder. Ahora bien, lector, ¡así Dios te permita sacar fruto de esta lectura!, considera por ti mismo si mis ojos podían permanecer secos cuando vi de cerca nuestra humana figura tan retorcida que las lágrimas le caían por la espina dorsal. Yo lloraba de verdad, apoyado en una de las rocas de la dura montaña, de suerte que mi Guía me dijo:

—¿Tú también eres de los insensatos? En el Infierno la pie-

dad consiste en no tener piedad. ¿Quién es más criminal que el que se lamenta contemplando la justicia divina? Levanta la cabeza, levántala y mira a aquel por quien se abrió la tierra en presencia de los tebanos, que exclamaban : «¿Adónde caes, Anfiarao? ¿Por qué abandonas la guerra?» Y no cesó de caer en el Infierno hasta llegar a Minos, que se apodera de todos los culpables [163]. Mira cómo ha convertido sus espaldas en pecho: por haber querido ver demasiado hacia adelante, ahora mira hacia atrás y anda su camino al revés. Mira a Tiresias, que mudó de aspecto cuando de varón se convirtió en hembra, cambiando también todos sus miembros, y hubo de abatir con su vara a las dos serpientes unidas para poder recobrar su condición viril. El que acerca sus espaldas al vientre de aquél, porque va tras él, es Aronte, que tuvo por morada una gruta de blancos mármoles en las montañas de Luni, cultivadas por los campesinos que habitan sus faldas, y desde allí no había nada que limitara su vista cuando contemplaba el mar o las estrellas. Aquella que con los destrenzados cabellos cubre sus pechos, por lo cual se ocultan a tus miradas, y tiene en este lado de su cuerpo las partes velludas, fue Manto, que recorrió muchas comarcas hasta que se detuvo en el sitio donde yo nací; por lo cual deseo que me prestes un poco de atención. Luego que su padre salió de la vida y que fue esclavizada Tebas, la ciudad de Baco, Manto anduvo errante por el mundo durante mucho tiempo. Allá arriba, en la bella Italia, existe un lago al pie de los Alpes que ciñen la Alemania por la parte superior del Tirol, el cual se llama Benaco. Mil corrientes, y aún más, según creo, vienen a aumentar, entre Garda, Val-Camonica y el Appenino, el agua que se estanca en dicho lago.

163 Anfiarao, uno de los siete reyes contra Tebas, adivinó que habría de morir en la guerra y trató de ocultarse; pero, traicionado por su mujer, Erifile, fue obligado a combatir. La tierra se abrió a sus pies y se precipitó en el vacío (Estacio, *Tebaida,* VII, 690-823). Tiresias, adivino tebano, golpeó con su báculo a dos serpientes en celo y fue convertido en mujer hasta que consiguió, siete años después, golpear otra vez a las mismas serpientes y consiguió recobrar su forma (Ovidio, *Met.*, III, 324-331). Aronte, adivino etrusco que predijo la guerra entre César y Pompeyo (Lucano, *Phar.*, I, 584-7). Manto, hija de Tiresias, que tras vagar por innumerables regiones se estableció en el lugar donde había de surgir la ciudad de Mantua.

En medio de éste hay un sitio, donde el Pastor de Trento y los de Verona y Brescia podrían dar su bendición si siguiesen aquel camino. En el punto donde es más baja la orilla que lo circunda está situado Perchiera, bello y fuerte castillo, a propósito para hacer frente a los de Brescia y a los de Bérgamo. Allí afluye necesariamente toda el agua que no puede estar contenida en el lago de Benaco, formando un río que corre entre verdes praderas. En cuanto aquella agua sigue un curso propio, ya no se llama Benaco, sino Pincio, hasta que llega a Gobernolo, donde desemboca en el Po. No corre mucho sin que encuentre una hondonada, en la cual se extiende y se estanca, y suele ser malsana en el estío. Pasando, pues, por allí la feroz doncella, vio en medio del pantano una tierra inculta y deshabitada. Se detuvo en ella con sus esclavas, para huir de todo consorcio humano y para ejercer su arte mágica, y allí vivió y dejó sus restos mortales. Entonces los hombres que estaban dispersos por los alrededores se reunieron en aquel sitio, que era fuerte a causa del pantano que lo circundaba, y edificaron una ciudad sobre los huesos de la difunta, y del nombre de aquella que había elegido aquel lugar la llamaron Mantua, sin consultar para ello al Destino. En otro tiempo fueron sus habitantes más numerosos, antes de que Casalodi se dejara engañar neciamente por Pinamonte. Te lo advierto a fin de que si oyes atribuir otro origen a mi patria, ninguna mentira pueda oscurecer la verdad [164].

Le respondí:

—Maestro, tus razonamientos son para mí tan verídicos y me obligan a prestarle tanta fe, que cualesquiera otros me parecerían carbones apagados. Pero dime si entre la gente que va pasando hay alguno digno de notarse, pues eso sólo ocupa mi alma.

—Aquel cuya barba se extiende desde el rostro hasta sus morenas espaldas fue augur cuando la Grecia se quedó tan exhausta de varones que apenas los había en las cunas; fue él, junto

164 Llamaron a la ciudad Mantua en honor de Manto, sin recurrir a sortilegios o artes adivinatorias para buscar un nombre. Niega, pues, aquí Virgilio lo que dice en la *Eneida.* Fue ciudad próspera hasta que el conde Alberti de Casalodi fue engañado por Pinamonte dei Bonaccolsi, que se apoderó de ella y pasó a cuchillo a gran parte de sus habitantes.

con Calcante, quien dio la señal en Aulide para soltar amarras. Se llamó Euripilo y así lo nombra en algún sitio mi alta tragedia [165]. Aquel otro que ves tan demacrado fue Miguel Scoto, que conoció perfectamente las imposturas del arte mágica. Mira a Guido Bonatti y ve allí a Asdente, que ahora desearía no haber dejado su cuero y su bramante, pero se arrepiente demasiado tarde. Contempla a las tristes que abandonaron la aguja, la lanzadera y el huso para convertirse en adivinas y hacer maleficios con hierbas y con figuras [166]. Pero ven ahora, porque ya el astro en que se ve a Caín con las espinas ocupa el confín de los dos hemisferios y toca el mar más abajo de Sevilla. La noche era ya redonda en la noche anterior; debes recordar bien que no dejó de alumbrarte por la selva umbría [167].

Así me hablaba y entretanto íbamos caminando.

CANTO VIGÉSIMO PRIMERO

OCTAVO CÍRCULO, QUINTO FOSO: LOS BARATEROS. UN MAGISTRADO LUQUES. LOS DIABLOS MALEBRANCHE Y MALACODA, UN INFIERNO GROTESCO

Los barateros que se han enriquecido traficando con los cargos públicos y que, paralelamente, representan en la vida civil lo que los simoníacos en el ámbito eclesiástico.

---

165 Euripilo no fue en realidad adivino. Fue enviado a consultar el oráculo de Apolo para saber cómo calmar la tempestad que impedía a los griegos, reunidos en la Troada (dejando a Grecia «exhausta de varones»), embarcarse hacia Troya. Virgilio en la *Eneida* (su «alta tragedia») lo cuenta en II, 114-119.

166 Miguel Scoto, filósofo escocés, traductor de Aristóteles y de Avicena. Una leyenda decía que era mago. Guido Bonatti, astrólogo de la corte de Federico II. Asdente, zapatero de Parma («su cuero y su bramante», materiales con los que trabajan los zapateros), que abandonó su oficio para dedicarse a la adivinación. Y tantas otras mujeres («las tristes») que abandonan las labores del hogar y se dan a brujerías y augurios.

167 Según una tradición popular, las manchas de la Luna no son otra cosa que la figura de Caín ofreciendo a los hombres un puñado de espinas. Se analizará este fenómeno en *Paraíso,* II. En este momento de la narración la Luna desaparece ya en el horizonte occidental, «más allá de Sevilla».

Así, de un puente a otro y hablando de cosas que mi *Comedia* no se ocupa en referir, fuimos avanzando, y llegamos a lo alto del quinto puente, donde nos detuvimos para ver la otra hondonada de Malebolge y allí otras vanas lágrimas; y la vi asombrosamente oscura. Así como en el arsenal de los venecianos hierve en el invierno la pez tenaz destinada a reparar los buques que no pueden navegar y al mismo tiempo que uno construye una embarcación, otro calefatea los costados de la que ha hecho ya muchos viajes, otro revisa una proa, otro una popa, quien hace remos, quien retuerce unas cuerdas, quien, por terminar, repara el palo de mesana o el mayor; de igual suerte, y no por medio del fuego sino por la voluntad divina, allí abajo hervía una resina espesa, que se quedaba pegajosa en las orillas por todas partes. Yo la veía, pero sin percibir en ella nada más que las burbujas que producía el hervor, hinchándose toda y volviendo a caer desplomada. Mientras la contemplaba fijamente, mi Guía me atrajo hacia sí desde el sitio en que me encontraba, diciéndome que tuviera cuidado. Entonces me volví como el hombre que ansía ver aquello de que le conviene huir y a quien asalta un temor tan grande y repentino que ni para mirar detiene su fuga; y vi detrás de nosotros un negro diablo que venía corriendo por el puente. ¡Oh! ¡Cuán feroz era su aspecto y qué amenazador me parecía con sus alas abiertas y sus ligeros pies! Sobre sus hombros, altos y angulosos, llevaba a cuestas un pecador, a quien tenía agarrado por ambos jarretes. Desde nuestro puente dijo:

—¡Oh, Malebranche! Ved aquí a uno de los magistrados de Santa Zita. Echadlo dentro, que yo me vuelvo otra vez a aquella tierra que está tan bien provista de ellos. Allí todos son bribones, excepto Bonturo; y por dinero de un «no» hacen una «ita» [168].

Lo arrojó abajo y se volvió por la dura roca tan de prisa que jamás ha habido un mastín suelto que haya perseguido a un la-

---

168 Por «Santa Zita» se entiende la ciudad de Lucca, en la Toscana. No importa quién pueda ser el condenado, porque Dante condena con esta figura a toda la burguesía de la ciudad: «todos son bribones». Excepto Bonturo Dati, que lo era más que los otros, que por dinero convierten un «no» en un «sí». Solíase antiguamente, en los documentos públicos, escribir el *ita* italiano por signo de afirmación.

drón con tanta ligereza. El pecador se hundió y volvió a la superficie empapado en pez; pero los demonios que estaban escondidos bajo el puente gritaban:

—Aquí no está el Santo Rostro. Aquí se nada de diferente modo que en el Serchio. Si no quieres probar nuestros garfios, no salgas de la pez[169].

Después le pincharon con más de cien arpones, diciéndole:

—Es forzoso que bailes aquí a cubierto de modo que, si puedes, prevariques ocultamente.

No de otro modo hacen los cocineros que sus marmitones sumerjan en la caldera las viandas por medio de grandes tenedores para que no sobrenaden.

—A fin de que no adviertan que estás aquí —me dijo el buen Maestro—, ocúltate detrás de una roca que te sirva de abrigo. Y, aunque se me haga alguna ofensa, no temas nada, pues ya conozco estas cosas por haber estado otra vez entre estas almas venales[170].

En seguida pasó al otro lado del puente, y cuando llegó a la sexta orilla tuvo necesidad de mostrar su intrepidez. Con el furor y el ímpetu con que salen los perros tras el pobre que de pronto pide limosna donde se detiene, así salieron los demonios de debajo del puente, volviendo todos contra él sus arpones. Pero les gritó:

—Que ninguno de vosotros se atreva. Antes que me punce vuestra horquilla, adelántese uno que me oiga y después medite si debe atacarme.

Todos gritaron:

—Ve, Malacoda.

Por lo cual uno de ellos se puso en marcha, mientras los otros permanecían quietos, y se adelantó diciendo:

—¿Qué te podrá salvar de nuestras garras?

—¿Crees tú, Malacoda, que a no ser por la voluntad divina y por tener el destino propicio —dijo mi Maestro—, me hubieras visto llegar aquí sano y salvo, a pesar de todas vuestras armas?

169 El Santo Rostro es un crucifijo bizantino que se venera aún hoy día en la iglesia de San Martín de Lucca. El Serchio es el río que pasa por esa ciudad.

170 Cfr. Canto IX, nota 85.

Déjame pasar, porque en el Cielo quieren que enseñe a otro ese camino salvaje.

Entonces quedó tan abatido el orgullo del demonio, que dejó caer el arpón a sus plantas, y dijo a los otros:

—Que no se haga daño.

Y mi Guía a mí:

—¡Oh, tú, que estás agazapado tras de las rocas del puente! Ya puedes llegar a mí con toda seguridad.

Entonces eché a andar y me acerqué a él con prontitud; pero los diablos avanzaron, de modo que yo temí que no cumplieran lo pactado y temblé como vi temblar en otro tiempo a los que por capitulación salían de Caprona, viéndose entre tantos enemigos[171]. Me acerqué cuanto pude a mi Guía y no separaba mis ojos del rostro de aquéllos, que no auguraban nada bueno. Bajaban ellos sus garfios y: «¿Quieres que le pinche en la rabadilla?», se decían unos a otros. Y respondían: «Sí, sí; pínchale.» Pero aquel demonio que estaba conversando con mi Guía se volvió de pronto y gritó: «¡Quieto, Scarmiglione!» Después nos dijo:

—Por este escollo no podréis ir más lejos, pues el sexto puente yace destrozado en el fondo. Si os place ir más adelante, seguid esta costa escarpada; cerca veréis otro escollo por el que podréis pasar. Ayer, cinco horas más tarde de la que es en este momento, se cumplieron mil doscientos y sesenta y seis años desde que se rompió aquí el camino[172]. Voy a enviar hacia allá a varios de los míos para que observen si algún condenado procura sacar la cabeza al aire. Id con ellos, que no os harán daño.

—Adelante, Alichino y Calcabrina —empezó a decir—; y tú también, Cagnazzo. Barbaricchi guiará a los diez. Vengan además Libicocco y Draghignazzo; Ciriato, el de los grandes colmillos, y Graffiacane y Farfarello, y el loco de Rubicante. Id en torno de la pez hirviente. Éstos deben llegar salvos hasta el otro escollo que atraviesa enteramente sobre la fosa.

171 La liga güelfa había conquistado en 1289 el castillo de Caprona, cuyos defensores capitularon a cambio de salvar la vida.

172 Ayer, viernes a las tres de la tarde, quiere decir el diablo (pues se supone que habla a las diez de la mañana del Sábado Santo), se cumplieron 1266 años desde que se rompió este puente, en el momento de la muerte de Jesucristo.

—¡Oh, Maestro! ¿Qué es lo que veo? —dije—. Si conoces el camino, vamos sin escolta. Yo, por mí, no la quiero. Si eres tan prudente como de costumbre, ¿no ves que rechinan los dientes y que se hacen guiños con los que nos amenazan algún mal?

—No quiero que te espantes —me contestó—; deja que rechinen los dientes a su gusto. Si lo hacen, es por los desgraciados que están hirviendo.

Se pusieron en camino por la margen izquierda; pero cada uno de ellos de antemano se habían mordido la lengua en señal de inteligencia con su jefe; éste se sirvió de su ano a guisa de trompeta [173].

CANTO VIGÉSIMO SEGUNDO

OCTAVO CÍRCULO, QUINTO FOSO: LOS BARATEROS. EL NAVARRO CIAMPOLO, FRAY GOMITA, MIGUEL ZANCHE. RIÑA DE DIABLOS

Al haberse roto el puente por el que debían pasar al siguiente foso, tienen que caminar por el borde circular hasta otro puente, y así siguen encontrando más ejemplos de este abundante tipo de pecadores. La pelea entre los demonios es símbolo de que el «orden» del Infierno está basado en el desorden, el engaño y la falsedad.

[173] Como puede verse, todo el canto está concebido en clave humorística, desde la imagen que al principio nos muestra el afanado desorden de los astilleros de Venecia, hasta las bromas con que los diablos, que parecen más bien unos niños traviesos, se burlan de los condenados. Los mismos nombres de los seres infernales son deformaciones o combinaciones que provocan la risa. He aquí traducidos los nombres de los doce diablos que Dante menciona en este canto: *Malebranche,* malas garras; *Malacoda,* cola maldita; *Scarmiglione,* que arranca los cabellos; *Alichino,* que hace inclinar a los otros; *Calcabrina,* que pisa el rocío; *Cagnazzo,* perro malo; *Barbariccia,* el de la barba erizada; *Libicocco,* deseo ardiente; *Draghignazzo,* veneno de dragón; *Ciriato-Sannuto,* colmillo de jabalí; *Graffiacane,* perro que araña, y *Rubicante,* inflamado. Todas estas versiones o interpretaciones son de Cristóforo Landino.

He visto alguna vez a la caballería levantar el campo, empezar el combate, pasar revista y, a veces, batirse en retirada. He visto, ¡oh, aretinos!, hacer incursiones por vuestra tierra y saquearla; he visto luchar en los torneos y correr en las justas, ya al sonido de las trompetas, ya al de las campanas, al ruido de los tambores, con las señales de los castillos y con todo el aparato nacional y extranjero; pero lo que no he visto nunca es que tan extraño instrumento de viento como el culo de aquel diablo pusiera en marcha a jinetes ni peones. Jamás, ni en la tierra ni en los cielos, guió semejante faro a ningún buque. Marchábamos juntamente con los diez diablos (¡oh terrible compañía!), pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?: en la iglesia con los santos y en la taberna con los borrachos. Sin embargo, mi atención estaba concentrada en la pez para distinguir todo lo que contenía la fosa y a los que se abrasaban dentro de ella. Así como saltan los delfines fuera del agua, avisando a los marinos a apercibir la nave contra la tempestad [174], así también algunos condenados para aliviar sus tormentos sacaban la espalda y la volvían a esconder más rápidos que el relámpago; y lo mismo que en un charco las ranas sacan la cabeza a flor de agua, aunque teniendo dentro de ella sus patas y el resto del cuerpo, así estaban por todas partes los pecadores; pero cuando Barbaricchia se aproximaba, volvían a sumergirse en aquel hervidero. Yo vi, y aún se estremece por ello el corazón, a uno de aquellos que había tardado más tiempo en hundirse, como sucede con las ranas, que una queda fuera del agua mientras las demás se zambullen; y Graffiacane, que estaba más cerca de él, lo enganchó por los cabellos enviscados de pez y lo sacó fuera como si fuese una nutria. Yo sabía el nombre de todos aquellos demonios, por haberme fijado bien en ellos cuando los eligió Malacoda. «Rubicante, plántale encima tu garfio y desuéllalo», gritaban todos a un tiempo aquellos malditos. Yo dije:

—Maestro mío, si puedes, procura saber quién es ese desgraciado que ha caído en manos de sus adversarios.

[174] Una antigua tradición contaba que los delfines avisaban con sus saltos a los marineros de la proximidad de una tempestad.

Mi Guía se le acercó y le preguntó de dónde era; a lo que respondió:

—Yo nací en el reino de Navarra. Mi madre me puso al servicio de un señor; ella me había engendrado de un pródigo, que se destruyó a sí mismo y disipó su fortuna. Después fui favorito del buen rey Tebaldo y me lancé a comerciar con sus favores; crimen de que doy cuenta en este horno[175].

Y Ciriatto, a quien salía de cada lado de la boca un colmillo como el de un jablí, le hizo sentir lo bien que uno de ellos hería. Entre malos gatos había caído aquel ratón: porque Barbariccia lo sujetó entre sus brazos diciendo: «Quedaos ahí mientras yo lo ensarto.» Y volviendo el rostro hacia mi Maestro añadió: «Preguntadle aún, si deseáis saber más, antes de que los otros lo destrocen.»

Mi Guía preguntó:

—Dime, pues, si entre los otros culpables que están sumergidos en esa pez conoces algunos que sean italianos.

A lo que contestó:

—Acabo de separarme de uno que fue de allí cerca. ¡Así estuviera, como él, bajo la pez: no temería ahora ni la garra ni los garfios!

Y Libicocco: «Ya hemos tenido demasiada paciencia», dijo. Y lo enganchó por el brazo con su arpón, arrancándole de un golpe todo el antebrazo. Draghinazzo quiso también cogerlo por las piernas, pero su jefe se volvió hacia todos ellos lanzando una mirada furiosa. Cuando se hubieron calmado un poco, mi Guía no tardó en preguntar a aquel que estaba contemplándose la herida:

—¿Quién es ese de quien dices que te has separado, por tu desgracia, para salir a flote?

Y le repondió:

—Es el hermano Gomita, aquel de Gallura, vaso de iniquidad, que tuvo en su poder a los enemigos de su señor e hizo de modo que los dejó satisfechos: aceptó su oro y los dejó libres,

175 Nada sabemos de él. Los antiguos comentaristas se limitan a parafrasear la información que da Dante y algunos nos informan de que se llamaba Ciampolo, Juan Pablo.

según él mismo dice. Y con respecto a los empleos, no fue un pequeño, sino un soberano prevaricador. Con él conversa a menudo don Miguel Zanche de Logodoro y sus lenguas no se cansan nunca de hablar de las cosas de Cerdeña[176]. ¡Ay de mí! Ved a ese otro cómo aprieta los dientes. Aún hablaría más, pero temo que estos diablos se dispongan a rascarme la piña.

El gran jefe de los demonios se dirigió a Farfarello, que movía sus ojos en todas direcciones buscando a quién herir, y le dijo: «Quítate de ahí, pájaro malvado.»

—Si queréis ver u oír a toscanos o lombardos —empezó a decir en seguida el desgraciado pecador—, haré que vengan. Pero que esas malditas garras se mantengan un poco apartadas a fin de que ellos no teman sus heridas. Yo, sentándome en este mismo sitio, por uno que soy haré venir a siete, silbando como acostumbramos cuando uno de nosotros saca la cabeza fuera de la pez.

Al oír estas palabras, Cagnazzo levantó el hocico meneando la cabeza y dijo: «¡Oigan el medio malicioso de que se ha valido para volver a sumergirse!» A lo cual contestó aquel que tenía abundancia de estratagemas: «En verdad que soy un malicioso cuando expongo a los míos a mayores tormentos.» No pudo contenerse Alichino y, en contra de lo dicho por los otros, respondió: «Si te arrojas en la pez, no correré al galope detrás de ti, sino que emplearé mis alas para ello. Te damos de ventaja la escarpa y el ribazo por defensa y veamos si tú solo vales más que todos nosotros.»

¡Oh, tú, que lees esto: ahora verás un nuevo juego!

Todos los demonios se volvieron hacia la pendiente opuesta, y el primero de ellos, el que se había mostrado más renitente. El navarro aprovechó bien el tiempo: fijó sus pies en el suelo y, precipitándose de un solo salto, se puso al abrigo de los malos

176 Fray Gomita, canciller de Nino Visconti, gobernador de Gallura, en Cerdeña (por eso nos han dicho antes que «fue de allí cerca» y no de la misma Italia); abusó de su cargo traficando y prevaricando y hasta liberó por dinero a los enemigos de Nino Visconti, que habían sido confiados a su custodia, por lo que fue castigado con la horca. Fue sustituido por don Miguel Zanche, que, por los mismos pecados, también se encuentra aquí. *Don* es la forma dialectal sarda con el significado de *messere* o señor.

propósitos de los diablos. Contristados se quedaron los demonios ante esta treta, pero mucho más el que tuvo la culpa de ella; por lo que se lanzó tras él gritando: «Ya te tengo.» Pero de poco le valió, porque sus alas no pudieron igualar en velocidad el espanto de Ciampolo. Éste se lanzó a la pez y el demonio cambió la dirección de su vuelo, llevando el pecho hacia arriba [177].

No de otro modo se sumerge instantáneamente el pato cuando el halcón se aproxima y hace que éste se remonte furioso y fatigado. Calcabrina, irritado contra Alichino por aquel engaño, echó a volar tras él, deseoso de que el pecador se escapara para tener un motivo de querella. Y cuando hubo desaparecido el prevaricador, volvió sus garras contra su compañero y se aferró con él sobre el mismo estanque. Pero éste, gavilán adiestrado, hizo uso también de las suyas, y los dos cayeron en medio de la pez hirviente. El calor los separó bien pronto; pero todo su esfuerzo para remontarse era en vano porque sus alas están enviscadas. Barbariccia, descontento como los demás, hizo volar a cuatro desde la otra parte con todos sus arpones y bajando rápidamente hacia el sitio designado tendieron sus garfios a los dos demonios, que estaban medio cocidos en la superficie de aquella fosa. Nosotros los dejamos allí enredados de aquella manera.

CANTO VIGÉSIMO TERCERO

OCTAVO CÍRCULO, SEXTO FOSO: LOS HIPÓCRITAS. LOS HERMANOS GOZOSOS CATALANO Y LODERINGO. CAIFÁS

Escapan de los demonios y llegan al sexto foso, lugar donde están condenados los hipócritas. Allí encuentran a los «fratri gaudenti» y a Caifás.

177 La escena sigue en la misma clave cómica que hemos visto anteriormente y nos muestra plásticamente la «malicia» de Ciampolo, que logra burlar a los diablos. Otros entienden malicia como «malignidad», porque llamando a los otros condenados para que salgan de la pez los expone a las garras de sus verdugos.

Solos, en silencio y sin escolta, íbamos uno tras otro, como acostumbran a ir los frailes menores. La riña que acabábamos de presenciar me trajo a la memoria la fábula de Esopo en que habló de la rana y el topo; pues las partículas *mo* e *issa* no son tan semejantes como estos dos hechos, si atentamente se consideran el principio y el final de entrambos [178]. Y como un pensamiento procede rápidamente de otro, de éste nació uno nuevo, que redobló mi primitivo espanto. Yo pensaba así: «Estos demonios han sido engañados por nuestra causa, y con tanto daño y escarnio que los imagino muy ofendidos. Si a la malevolencia se añade la ira, nos van a perseguir con más crueldad que el perro que sujeta a la liebre por el cuello.» Ya sentía que se erizaban mis cabellos a causa del temor y miraba hacia atrás atentamente, por lo que dije:

—Maestro, si no nos ocultas a los dos prontamente, temo a los demonios que vienen detrás de nosotros. Y tan así me lo imagino, que ya me parece que los oigo.

A lo que él contestó:

—Si yo fuera un espejo, no verías en mí tu imagen tan pronto como yo veo en tu interior. En estos momentos se cruzaban tus pensamientos con los míos bajo la misma faz y aspecto, de suerte que he deducido de ambos un solo consejo. Si es cierto que la cuesta que hay a nuestra derecha está tan inclinada que nos permita bajar a la sexta fosa, huiremos de la caza que nos amenaza.

Apenas había concluido de decirme su parecer, cuando vi venir a los demonios con las alas extendidas y muy cerca de nosotros, queriendo cogernos. Mi Guía me agarró súbitamente, como una madre que, despertada por el ruido y viendo brillar las llamas cerca de ella, coge a su hijo y huye, y teniendo más cuidado de

178 La fábula de Esopo a que hace referencia cuenta cómo una rana se ofrece a ayudar a un ratón a cruzar una charca, con la intención de hundirse con él y ahogarlo. El ratón, por miedo, ata una de sus patas a una de las ancas de la rana, y cuando ésta intenta ahogarlo, ofrece resistencia. Aparece entonces un gavilán que coge al ratón, llevándose al mismo tiempo a la rana atada a él y devorándolos a los dos. Efectivamente, la fábula puede haber inspirado a nuestro poeta la escena con la que se cierra el Canto XXII. «Mo» e «issa» son dos palabras del dialecto lombardo que tienen el mismo significado, «ahora».

él que de sí misma, no se detiene ni aun a ponerse una camisa. Desde lo alto de la calzada se deslizó de espaldas por la pendiente roca, uno de cuyos lados separa la quinta de la sexta fosa. Jamás corrió tan rápida el agua por la canal de un molino, cuando más se acerca a las paletas de las ruedas, como descendió por aquel declive mi Maestro, llevándome sobre su pecho cual si fuese hijo suyo y no su compañero. Apenas tocaron sus pies el suelo del profundo abismo cuando los demonios aparecieron en las rocas sobre nuestras cabezas; pero ya no nos inspiraban temor porque la alta Providencia, que los había designado ministros para la quinta fosa, les quitó la facultad de separarse de allí. Abajo encontramos unas gentes que brillaban como el oro, que miraban en torno con bastante lentitud, llorosas y con los semblantes fatigados y abatidos. Llevaban capas con capuchas echadas sobre los ojos, por el estilo de las que llevan los monjes de Colonia [179]. Aquellas capas eran doradas por fuera, de modo que deslumbraban; pero por dentro eran completamente de plomo, y tan pesadas, que las de Federico a su lado parecerían de paja [180]. ¡Oh manto fatigoso por toda la eternidad! Nos volvimos aún hacia la izquierda y anduvimos con aquellas almas, escuchando sus tristes lamentos. Pero las sombras, rendidas por el peso, caminaban tan despacio que a cada paso que dábamos cambiábamos de compañero. Yo dije a mi Guía:

—Procura encontrar a alguno que sea conocido por su nombre o por sus hechos y mira, para ello, en derredor tuyo mientras andas.

Y uno de ellos, que entendió mi idioma toscano, exclamó detrás de nosotros:

179 Cuéntase que hubo en Colonia un abad tan ambicioso e insolente, que pidió permiso al papa para que sus monjes pudieran usar capas de escarlata y cintos, espuelas y estribos de plata sobredorada. Esta petición desagradó tanto al pontífice que dispuso que en adelante el abad y sus monjes usaran capas negras mal cortadas. Otros comentaristas prefieren, en lugar de Colonia, la lectura «Cluny», monasterio benedictino de Borgoña, donde parece ser que se usaban vestimentas suntuosas.

180 Las capas de plomo, brillantes por fuera, que impiden todo levantamiento espiritual, son la imagen del pecado, aquí castigado. El emperador Federico II encerraba a los culpables de lesa majestad en cajas de plomo, y luego los arrojaba al fuego.

—Detened vuestros pasos, vosotros que tanto corréis a través del aire sombrío; quizás podrás obtener de mí lo que solicitas.

En seguida, mi Guía se volvió y me dijo:

—Espera y modera tu paso hasta igualar el suyo.

Me detuve y vi a dos de aquéllos, que en sus miradas demostraban gran deseo de estar conmigo, pero su carga y lo estrecho del camino les hacían tardar. Cuando se me hubieron reunido, me miraron con torvos ojos y sin hablarme; después, se volvieron uno a otro diciéndose: «Ése parece vivo, a juzgar por los movimientos de su garganta [181], y si está muerto, ¿por qué privilegio no lleva nuestra pesada carga?» Después me dijeron:

—¡Oh, toscano, que has venido a la mansión de los tristes hipócritas!, dígnate decirnos quién eres.

Les contesté:

—Nací y creí junto a la orilla del hermoso Arno, en la gran ciudad, y conservo el cuerpo que he tenido siempre. Pero vosotros, a quienes, según veo, cae tan doloroso llanto gota a gota por las mejillas, ¿quiénes sois y qué pena padecéis?

Uno de ellos me repondió:

—¡Ay de mí! Estas doradas capas son de plomo y tan gruesas que su peso nos hace gemir como cargadas balanzas. Fuimos hermanos gozosos y boloñeses. Yo me llamé Catalano y éste Loderingo. Tu ciudad nos nombró magistrados, como suele elegir a un hombre neutral para conservar la paz; y la conservamos tan bien como puede verse aún cerca de Gardingo [182].

—¡Oh, hermanos! Vuestros males... —pero no pude continuar porque vi en el suelo a un crucificado con tres estacas. En cuanto me vio, se retorció, haciendo agitar su barba con la fuerza de sus suspiros. Y el hermano Catalano, que lo advirtió, me dijo:

—Ese que estás mirando crucificado aconsejó a los fariseos que era necesario hacer sufrir a un hombre el martirio por la

181 Que se mueve al respirar y al hablar.

182 Catalano era de la familia güelfa de los Malavolti, uno de los fundadores de la orden religiosa de los *frati gaudenti,* llamada en realidad «Cavalieri di María Vergine Gloriosa». Loderingo, también boloñés, de la familia de los Andalò. Efectivamente, fueron llamados para ejercer el cargo de *podestà* en Florencia en 1266 y 1267, respectivamente. No debieron hacerlo mal, porque, como ellos mismos dicen, todavía reinaba la paz en el barrio del Gardingo.

causa del pueblo. Está atravesado y desnudo sobre el camino, como ves; y es preciso que sienta lo que pesa cada uno de los que pasan. Su suegro está condenado a igual suplicio en esa fosa, así como los demás del Consejo que fue para los judíos origen de tantas desgracias [183].

Entonces vi a Virgilio, que contemplaba con asombro a aquel que estaba tan vilmente crucificado en el eterno destierro. Luego, se dirigió al fraile en estos términos:

—¿Querríais decirnos si hacia la derecha hay alguna abertura por donde podamos salir los dos, sin obligar a los ángeles negros a que nos saquen de este abismo?

Aquél respondió:

—Más cerca de lo que esperas se levanta una peña que parte del gran círculo y atraviesa todas las terribles fosas; pero está cortada en ésta y no continúa sobre ella. Podréis bajar por las ruinas que existen en el declive de su falda y llegar hasta el fondo.

Mi Guía permaneció un momento con la cabeza inclinada y después dijo:

—¡Cómo nos ha engañado aquel que ensarta con su garfio a los pecadores al no avisarnos de este obstáculo!

Y el fraile repuso:

—He oído referir en Bolonia los numerosos vicios del demonio, entre los cuales no era el menor el ser falso y padre de la mentira.

Entonces mi Guía se alejó precipitadamente con el rostro turbado por la cólera; en consecuencia, me alejé también de aquellas almas que soportaban tanto peso, y seguí las huellas de los pies queridos.

---

183 Crucificado como Jesús, pero en el suelo, con tres estacas, una para cada mano y otra para los dos pies, y atravesado en el camino para que lo pisen los condenados que llevan las capas de plomo. Se trata de Caifás, el sumo sacerdote que convenció a los miembros del Sanedrín para que condenaran a Jesús, aunque inocente, para mantener en paz al pueblo, que pedía su muerte. También están condenados aquí su suegro, el pontífice Anás y los demás miembros del Sanedrín. Lo que fue para los judíos «origen de tantas desgracias»: la destrucción del templo de Jerusalén y la diáspora.

CANTO VIGÉSIMO CUARTO

OCTAVO CÍRCULO, SÉPTIMO FOSO: LOS LADRONES. VANNI FUCCI

Tras subir desde el fondo del pozo, atraviesan el puente y llegan al séptimo, lleno de reptiles, entre los que sufren los ladrones. Vanni Fucci predice la destrucción de los Blancos de Florencia.

En la época del año nuevo en que templa el Sol su cabellera bajo el Acuario y en que ya las noches van igualándose con los días; cuando la escarcha imita en la tierra, aunque por poco tiempo, el color de su blanca hermana, el campesino que carece de coraje se levanta, mira, y al ver blanco todo el campo se golpea el muslo, vuelve a su casa y se lamenta continuamente como el desgraciado que no sabe qué hacer; pero torna luego a mirar y recobra la esperanza, viendo que la tierra ha cambiado de aspecto en pocas horas, y entonces coge su cayado y sale a apacentar sus ovejas [184]; así mi Maestro me llenó de inquietud cuando vi tan turbado su rostro y así también aplicó pronto remedio a mi turbación; porque al llegar al derruido puente, se volvió hacia mí con aquel amable aspecto que tenía cuando lo vi por primera vez al pie del monte [185]. Después de haber pensado la determinación que había de tomar, contemplando antes con cuidado las ruinas, abrió sus brazos, cogióme por detrás, y como aquel que trabaja pensando siempre en la labor que emprenderá en seguida, del mismo modo, elevándome sobre la cima de una roca, señalaba a otra diciendo:

—Agárrate bien a ésa, pero tantea primero si podrá sostenerte.

---

184 «Al principio del año, cuando el Sol está en el signo de acuario (21 de enero a 21 de febrero) y la tierra aparece cubierta de escarcha, que parece nieve pero que no lo es y pronto el Sol la deshace...» Se trata de una larguísima y pormenorizada comparación que no ha dejado de sorprender a la crítica. Es extravagante, si se quiere, pero no deja de ser una hermosa descripción idílica.

185 Alusión a la aparición del poeta latino en *Infierno*, I.

Aquél no era un camino a propósito para los que iban con capa de plomo, pues apenas podíamos, Virgilio tan ágil y yo sostenido por él, trepar de piedra en piedra. Y a no ser porque en aquel recinto era el camino más corto que en otro alguno, no sé lo que a él le habría sucedido, pero a mí me hubiera vencido el cansancio. Mas como Malebolge va siempre en declive hasta la boca del profundísimo pozo, cada fosa que se recorre presenta un margen que se eleva y otro que desciende. Llegamos por fin al extremo en que se destaca la última piedra. Cuando estuve sobre ella, de tal modo me faltaba el aliento, que no podía más. Así es que me senté en cuanto nos detuvimos.

—Ahora es preciso que sacudas tu pereza —me dijo el Maestro—, porque no se alcanza la fama reclinado en blanda pluma ni al abrigo de las colchas; y el que sin gloria consume su vida deja en pos de sí el mismo vestigio que el humo en el aire o la espuma en el agua. Ea, pues: levántate, domina la fatiga con la voluntad, que vence todos los obstáculos mientras no se envilece con la pesadez del cuerpo. Tenemos que subir todavía una escala mucho más larga, pues no basta haber atravesado por entre los espíritus infernales. Si me entiendes, deben reanimarte mis palabras [186].

—Vamos; ya me siento fuerte y atrevido.

Echamos a andar por el escollo, que era áspero, estrecho y escabroso y más pendiente que el anterior. Iba hablando para disimular mi flaqueza, cuando oí una voz que salía de otra fosa, articulando palabras ininteligibles. No sé lo que dijo, a pesar de encontrarme en la cima del arco que por allí pasa, mas el que hablaba parecía conmovido por la ira. Yo me había inclinado, pero los ojos de una persona viva no podían distinguir el fondo a través de aquella oscuridad. Por lo cual dije:

—Maestro, haz por llegar al otro recinto y descendamos de este muro, porque desde aquí oigo y no comprendo nada; miro hacia abajo y nada veo.

—Te responderé —me dijo— haciendo lo que deseas. Que las peticiones justas deben satisfacerse en silencio.

186 «Si entiendes el significado alegórico de mis palabras»: pecador arrepentido debe reconquistar su libre albedrío para dominar la tendencia al mal y *subir* hacia el bien por la difícil senda de la expiación.

Bajamos por el puente desde lo alto hasta donde se une con el octavo margen y entonces descubrí la fosa y vi una espantosa masa de serpientes, de tan diferentes especies, que su recuerdo me hiela todavía la sangre. Deje la Libia de envanecerse con sus arenas, que si produce quelidras, yáculos y faras, centros y anfisbenas, ni ella, ni en toda la Etiopía con el país que está sobre el mar Rojo, existieron jamás tantas ni tan nocivas pestilencias como en este lugar [187]. A través de aquella espantosa y cruel multitud de reptiles corrían gentes desnudas y aterrorizadas, sin esperanza de encontrar refugio ni heliotropo [188]. Tenían las manos atadas a la espalda con sierpes, las cuales, formando nudos por encima, les hincaban la cola y la cabeza en los riñones. Y he aquí que uno de aquellos desgraciados, que estaba cerca de nosotros, fue mordido por una serpiente en el punto en que el cuello se une a los hombros; y en el breve tiempo que se necesita para escribir una O y una I, se encendió, ardió y cayó reducido a cenizas. Pero apenas quedó consumido en el suelo, reuniéronse las cenizas por sí mismas y súbitamente se rehízo aquel espíritu como antes estaba [189]. Así dicen los grandes sabios que muere el Fénix y renace cuando está cercano a su quinto siglo; no se alimenta de hierba ni de trigo durante su vida, sino de amomo y lágrimas de incienso, y su último nido está formado con nardo y mirra [190]. Y como aquel que cae y no sabe cómo, a impulso del demonio que lo arroja en el suelo o de algún accidente producido por su temperamento enfermizo [191], cuando se

187 «Ni en Libia, Etiopía y Egipto juntos existen tantos reptiles como aquí.» La erudita enumeración está tomada de Lucano *(Farsalia,* IX, 708-733). Hay un cierto rebuscamiento en esta enumeración de palabras exóticas y de rimas difíciles.

188 Ágata de color verde oscuro con manchas rojizas a la que se atribuían virtudes milagrosas contra toda clase de veneno y especialmente contra las mordeduras de serpientes y que tenía además el poder de hacer invisible a quien la llevaba.

189 Sucesivamente se convierten en cenizas o en serpientes, para a continuación volver a recuperar la forma humana. De la misma manera que ellos robaron en vida, aquí son robados continuamente de lo más personal: la apariencia humana.

190 Del ave Fénix existían numerosas referencias en los autores clásicos, pero también en las enciclopedias medievales, entre ellas, el *Trèsor* de Brunetto Latini. Pero Dante ha tomado su detallada descripción de Ovidio, *Met.,* XV, 392-400.

191 El epiléptico. De las causas de esta enfermedad Dante da dos explicaciones: posesión diabólica o enfermedad puramente fisiológica.

levanta se queda asombrado de la cruel angustia que ha sufrido y suspira al mirar en torno suyo, así se levantó el pecador ante nosotros. ¡Oh, cuán severa es la justicia de Dios, que hace estallar su cólera por medio de tales golpes! Mi Guía le preguntó después quién era y él le contestó:

—Yo caí hace poco tiempo desde Toscana en este horrible abismo. La vida salvaje me agradó más que la humana: fui lo mismo que un mulo. Soy Vanni Fucci, el bestia, y Pistoia fue mi digno cubil.

—Dile que no huya y pregúntale qué delito lo ha precipitado aquí, pues yo lo conocí como hombre colérico y sanguinario, no como ladrón.

El pecador, que me oyó, no se ocultó, sino que dirigió hacia mí atentamente su mirada y se cubrió el rostro de triste vergüenza. Después dijo:

—Siento más que me hayas encontrado en la miseria en que me ves de lo que sentí verme privado de la vida. Pero no puedo negarme a satisfacer tus preguntas. Estoy sumido aquí porque robé en la sacristía los hermosos ornamentos y de ese delito fue otro acusado falsamente. Mas, para que no te goces en mi desgracia, si acaso llegas a salir de estos lugares sombríos, abre tus oídos a mi anuncio y escucha: primeramente Pistoia quedará despoblada de *Negros,* después Florencia renovará sus habitantes y su forma de gobierno. Marte hará salir del valle de Magra un vapor que, envuelto en sombrías nieblas y en tempestad impetuosa y terrible, se desencadenará sobre el campo Piceno; y allí, desgarrándose de repente la nube, aniquilará a todos los *Blancos*[192]. Te he dicho esto para que te cause dolor.

---

192 Vanni Fucci, de Pistoia, hombre violento y dado al bandolerismo. No está colocado entre los violentos, sino entre los ladrones porque, como él mismo nos dice, robó sacrílegamente en la catedral de Pistoia, robo del que fue acusada otra persona, Giovanni della Monna. Tras la muerte de Fucci (1330) se descubrió la verdad. Sus oscuras profecías se explican así: en primer lugar, los *Blancos* expulsarán a los *Negros* de Pistoia (1301), después los *Blancos* de Florencia serán expulsados por los *Negros* (1301). Después, el marqués de Lunignana («el valle del Magra») derrotará a los *Blancos* de Pistoia y llevará la ruina a todos los miembros de este partido en Toscana, entre ellos Dante, que perderán toda esperanza de recuperar el poder.

CANTO VIGÉSIMO QUINTO

OCTAVO CÍRCULO, SÉPTIMO FOSO: LOS LADRONES. CACO. CINCO LADRONES FLORENTINOS Y SUS TRANSFORMACIONES

Siguen los ladrones. Igual que en la vida robaron la propiedad de otros, aquí son despojados de sus propias formas. Igual que ellos desconocieron en la tierra las palabras meum *y* tuum, *aquí han perdido la diferencia entre el* yo *y el* tú. *Abundan entre ellos los florentinos.*

Al terminar estas palabras, el ladrón alzó ambas manos haciendo un gesto indecente y exclamando: «Toma, Dios, esto es para ti»[193]. Desde entonces fui amigo de las serpientes, porque una de ellas se le enroscó en el cuello como diciendo: «No quiero que hables más», y otra se agarró a sus brazos sujetándolos de tal modo que no le era posible al condenado hacer ningún movimiento. ¡Ah, Pistoia, Pistoia! ¿Cómo no decides reducirte tú misma a cenizas y dejar de existir, pues que tus hijos son peores que sus antepasados? En todos los círculos del oscuro Infierno no he visto espíritu tan soberbio ante Dios, a no ser aquel que cayó desde lo muros de Tebas[194]. El ladrón huyó sin decir una palabra más. Entonces vi a un Centauro lleno de ira, que acudía gritando: «¿Dónde está, dónde está el soberbio?» No creo que contengan las marismas tanto reptil como llevaba el Centauro sobre su grupa hasta el sitio en que empezaba la forma humana; sobre sus espaldas, detrás de la nuca, descansaba un dragón con las alas abiertas, el cual abrasaba cuanto salía a su encuentro. Mi Maestro dijo:

—Ese monstruo es Caco, el que al pie de las rocas del monte

---

193 El conocido «corte de mangas» o «higa», gesto indecente y, en este caso, blasfemo. Los estatutos de la época castigaban este acto: quien «ficas fecerit ... versus coelum vel versus figuram Dei» será castigado con multa y azotes. Aún hoy en italiano el gesto se llama «fica».

194 Capaneo. Cfr. *Inf.,* Canto XIV.

Aventino formó más de una vez un lago de sangre. No va por el mismo camino que sus hermanos, los otros centauros, porque robó fraudulentamente el gran rebaño que pacía en las inmediaciones del sitio que había escogido para vivienda: pero sus inicuos hechos acabaron por fin bajo la clava de Hércules, que si le dio cien golpes con ella, aquél no llegó a sentir el décimo [195].

Mientras así hablaba Virgilio, Caco desapareció, al mismo tiempo que se acercaban tres espíritus por debajo del margen donde estábamos, lo cual no advertimos mi Guía ni yo, hasta que los oímos gritar: «¿Quiénes sois?» Cesó entonces nuestra conversación y nos fijamos en ellos. Yo no los conocía, pero sucedió, como suele acontecer algunas veces, que uno de ellos tuvo necesidad de llamar a otro y dijo: «Cianfa, ¿dónde te has metido?» [196]. Y yo, a fin de que estuviese atento mi Guía, me llevé el dedo a los labios. Ahora, lector, si se te hace difícil de creer lo que te voy a decir, no será extraño, porque yo, que lo vi, apenas lo creo. Mientras estaba contemplando a aquellos espíritus se lanzó un reptil con seis patas sobre uno de ellos, agarrándolo enteramente. Con las patas de en medio le oprimió el vientre, con las de delante le sujetó los brazos y después le mordió en ambas mejillas. Extendiendo en seguida las patas de detrás sobre sus muslos, le pasó la cola por entre los dos y se la mantuvo apretada contra los riñones. Nunca se agarró tan fuertemente la hiedra al árbol como la horrible fiera adaptó sus miembros a los del culpable; después una y otro se confundieron como si fuesen de blanda cera y mezclaron tan bien sus colores que ninguno de ambos parecía ya lo que antes había sido. Así, con el ardor del fuego se extiende sobre el papel un color oscuro, que

195 Hijo de Vulcano, que vivía en una gruta del Aventino. Robó los ganados de Hércules y fue muerto por éste. Aquí aparece como un centauro y así lo describe Virgilio, «semihomo» y «semifer» *(Aen.,* VIII, 193-305).

196 Cianfa, florentino de la familia Donati. Agnolo Brunelleschi, según el comentarista Anónimo Florentino, que nos dice que era un ladrón redomado. Buoso, otro desconocido florentino. Sciancato, otro florentino, probablemente de la familia de los Galigai; era cojo, y de ahí el mote con que era conocido, «Sciancato». El quinto florentino es Francesco Cavalcanti; fue asesinado por unos hombres del pueblo de Gaville, por lo que los parientes del Cavalcanti lo arrasaron.

no es negro y sin embargo deja de ser blanco. Los otros dos condenados lo miraban, exclamando cada cual: «¡Ay, Agnel! Cómo cambias. No eres ya uno ni dos.» Las dos cabezas se habían convertido en una y aparecían dos figuras mezcladas en una sola faz, quedando en ella confundidas entrambas. De los cuatro brazos se hicieron dos; los muslos y las piernas, el vientre y el tronco se convirtieron en miembros nunca vistos. Quedó borrado todo su primitivo aspecto; aquella imagen transformada parecía dos y ninguna de las anteriores. Y en tal estado se alejaba a pasos lentos.

Como el lagarto, que bajo el ardor de los días caniculares, cuando cambia de un matorral a otro, parece un rayo al atravesar el camino, tal parecía, dirigiéndose hacia el vientre de los otros dos espíritus, una pequeña serpiente irritada, lívida y negra como grano y pimienta. Picó a uno de ellos en aquella parte del cuerpo por donde nos alimentamos antes de nacer y después cayó a sus pies quedando tendida. El herido la miró sin decir nada y permaneció inmóvil, en pie y bostezando, como si lo hubiera sorprendido el sueño o la fiebre. Él y la serpiente se miraban y, el uno por la herida y la otra por la boca, lanzaban un denso humo que llegaba a confundirse. Calle Lucano al referir las miserias de Sabelo y de Nasidio y escuche atentamente lo que describo aquí; calle Ovidio al ocuparse de Cadmo y Aretusa, que si en su poema convirtió a aquél en serpiente y a ésta en fuente, no le envidio [197]. Ovidio no transformó jamás dos naturalezas frente a frente de tal modo que sus formas cambiaran también de materia. El hombre y la serpiente se correspondieron de tal suerte, que cuando ésta abrió su cola en forma de horquilla, el

197 Sabelo, soldado del ejército de Catón que fue mordido por la serpiente en Libia y su cuerpo se pudrió inmediatamente y cayó en pedazos (Luciano, *Phar.,* IX, 763-82). Nasidio, otro soldado como el anterior; la mordedura de otro reptil, *prester,* hizo que su cuerpo se hinchara hasta reventar la coraza que vestía *(Idem,* IX, 790-97). Cadmo, fundador de Tebas; por haber matado un dragón consagrado a Marte, fue transformado en serpiente (Ovidio, *Metam.,* IV, 563-608). Aretusa, una de las nereidas. Bañándose en un río, fue perseguida por el dios del mismo, Alfeo. La ninfa pidió ayuda a Diana, quien la transformó en la fuente que lleva su nombre *(Idem,* V, 572 y ss.). Dante dice a los dos poetas que si ellos describieron maravillosas metamorfosis, las suyas las superan.

herido juntó sus dos pies. Las piernas y los muslos de éste se estrecharon tanto que en poco tiempo no quedaron vestigios de su natural separación. La cola hendida de la serpiente tomaba la figura que iba desapareciendo en el hombre y su piel se hacía blanda al paso que dura se hacía la de aquél. Vi entrar los brazos del condenado en los sobacos y las dos patas de la fiera, que eran cortas, se alargaban tanto cuanto aquéllos se encogían. Las patas de detrás del reptil, retorciéndose, formaban el miembro que el hombre oculta por pudor, y el sexo del miserable se dividió en dos patas. Mientras que el humo daba el color de la serpiente al hombre y viceversa y hacía salir en aquélla el pelo que quitaba a éste, el uno, es decir, la que era transformada en hombre, se levantó y cayó el otro; pero sin dejar de lanzarse miradas feroces, ante las cuales cada uno de ellos cambiaba de rostro. El que estaba en pie lo encogió hasta las sienes y de la carne excedente se le formaron las orejas en sus lisos carrillos. La parte del hocico de la serpiente que no se replegó en la cabeza quedó fuera formando la nariz del rostro humano y abultó al propio tiempo convenientemente los labios. El que estaba en el suelo extendió su boca hacia adelante, e hizo entrar sus orejas en la cabeza, como el caracol hace con sus cuernos; y la lengua, que estaba antes unida y dispuesta para hablar, se hendió, al paso que se unía la lengua hendida del reptil, dejando de lanzar humo. El alma que se había convertido en serpiente huyó silbando por la fosa y el otro, hablando detrás de ella, le escupía. Volvióle después la espalda y dijo al otro condenado: «Quiero que Buoso se arrastre por ese camino como yo lo he hecho.» De tal modo vi yo, en la séptima fosa, cambiarse y metamorfosearse dos naturalezas; y si mi lenguaje no es florido, sírvame de excusa la novedad del caso.

Aunque mis ojos estuviesen turbados y mi espíritu aturdido, no pudieron huir las otras dos sombras tan ocultamente que yo no conociese a Puccio Sciancato, el único de los tres espíritus de los llegados anteriormente que no había cambiado de forma. El otro era aquel que tú lloras, Gaville[198].

[198] Para mayor claridad, nótese bien que Dante ve primero tres espíritus: Agnolo Brunelleschi, Buoso Donati y Puccio Sciancato. Luego viene Cianfa en forma de serpiente con seis patas, se arroja sobre Brunelleschi y los dos se convierten en un solo monstruo, que se va con pasos lentos. Llega después, en forma de serpiente lívida y negra, Francesco Cavalcante: pica a Buoso, lo transforma en serpiente y él mismo se vuelve hombre. Buoso huye silbando. Quedan solos en escena Puccio Sciancato, que no ha sufrido transformación y «aquel a quien llora Gaville», es decir, Cavalcante.

CANTO VIGÉSIMO SEXTO

OCTAVO CÍRCULO, OCTAVO FOSO: LOS MALOS CONSEJEROS. ULISES Y DIOMEDES. VIAJES Y MUERTE DE ULISES

Amarga ironía sobre la fama de Florencia. En el octavo foso encuentran a los falsos consejeros; no se trata de los que engañaron a aquellos a los que aconsejaban, sino de los consejeros del engaño. Como los ladrones del círculo anterior habían robado cosas materiales, éstos han robado a otros su integridad moral. La utilización del fraude con finalidad política provoca en Dante una cierta admiración, como veremos cuando encontremos a Ulises. El engaño para conseguir el triunfo de la patria es moralmente punible, pero no vemos claramente en Dante la hostilidad que manifiesta cuando trata de otros tipos de engaños.

Alégrate, Florencia, pues eres tan grande que tu nombre vuela por mar y por tierra, y es famoso en el mismo Infierno. Entre los ladrones he encontrado a cinco de tus nobles ciudadanos, lo cual les avergüenza y a ti no te honra mucho. Pero si es verdad lo que se sueña cerca del amanecer, dentro de poco conocerás lo que contra ti desean no ya los pueblos poderosos, sino hasta el pequeño Prato; y si ese mal se hubiera ya cumplido, no sería prematuro. Así ocurriese hoy mismo lo que ha de suceder, pues tanto más me contristará cuanto más viejo me vuelva.

Partimos, y, por los mismos escalones de las rocas que nos habían servido para bajar, subió mi Guía tirando de mí. Prosiguiendo la ruta solitaria a través de los picos y rocas del escollo, no era posible mover un pie sin el auxilio de la mano. Entonces

me afligí, como me aflijo ahora, cuando pienso en lo que vi; y refreno mi espíritu más de lo que acostumbro para que no se aventure tanto que deje de guiarlo la virtud; porque si mi buena estrella u otra influencia mejor me ha dado algún ingenio, no quiero yo mismo perderlo por abusar de él [199]. Así como en la estación en que aquel que ilumina al mundo nos oculta menos su faz [200], el campesino que reposa en la colina, a la hora en que el mosquito reemplaza a la mosca, ve por el valle las luciérnagas que corren por el sitio donde él vendimia y ara, así también vi resplandecer infinitas llamas en la octava fosa cuando estuve en el punto desde donde se distinguía su fondo. Y como aquel a quien los osos ayudaron en su venganza vio partir el carro de Elías, cuando los caballos subían erguidos al cielo, de tal modo que no pudiendo sus ojos seguirlo sólo distinguían una ligera llama elevándose como débil nubecilla, así también noté que se agitaban unas llamas en la abertura de la fosa, encerrando cada una un pecador, pero sin manifestar lo que ocultaban [201]. Yo estaba sobre el puente, tan absorto en la contemplación de aquel espectáculo, que a no haberme agarrado a un trozo de roca hubiera caído sin ser empujado. Mi Guía, que me vio tan atento, me dijo:

—Dentro del fuego están los espíritus, cada uno revestido de la llama que lo abrasa

—¡Oh, Maestro! —respondí—; tus palabras han hecho que me cerciore de lo que veo, pero ya lo había pensado así y quería decírtelo. Mas dime: ¿quién está en aquella llama que se divide en su parte superior y parece salir de la pira donde fueron puestos Etéocles y su hermano? [202].

---

199 Aquí se castiga el ingenio utilizado para el engaño. Por eso Dante refrena su propio ingenio («mi espíritu») para no descarriarse, tanto si esta cualidad intelectual es debida al influjo de los astros o a la gracia divina («otra influencia mayor»).

200 El verano, en que el Sol luce más horas del día.

201 Habla del profeta Eliseo. Estaba siendo burlado por unos muchachos a causa de su calvicie, cuando invocó sobre ellos la maldición de Dios, que envió a dos osos que despedazaron a los jóvenes *(Reyes,* IV, 2, 23-24). Cuando se alejaba al carro de fuego en el que Elías fue arrebatado al cielo, Eliseo no podía ver ni carro ni caballos ni a su compañero Elías, sino sólo las llamas que lo envolvían.

202 Habiéndose colocado en una misma pira funeraria los cadáveres de los dos

Me contestó:

—Allí dentro están torturados Ulises y Diomedes; juntos sufren aquí un mismo castigo, como juntos se entregaron al mismo pecado. En esa llama se llora también el engaño del caballo de madera que fue la puerta por donde salió la noble estirpe de los romanos. Llórase también el artificio por el que Deidamia, aun después de muerta, se lamenta de Aquiles; y se sufre además el castigo por el robo del Paladión [203].

—Si es que pueden hablar en medio de las llamas —dije yo—, Maestro, te pido y te suplico, y así mi súplica valga por mil, que me permitas esperar que esa llama dividida llegue hasta aquí; mira cómo, arrastrado por mi deseo, me abalanzo hacia ella.

A lo que me contestó:

—Tu súplica es digna de alabanza y yo la acojo; pero haz que tu lengua se reprima y déjame hablar a mí, pues comprendo lo que quieres, y quizás ellos, siendo griegos, desdeñarían contestarte [204].

Cuando la llama estuvo cerca de nosotros y mi Guía juzgó el lugar y el momento favorables, le oí expresarse en estos términos:

—¡Oh, vosotros que sois dos en un mismo fuego! Si he merecido vuestra gracia durante mi vida, si he merecido de vosotros poco o mucho cuando escribí mi gran poema, no os alejéis; antes bien, dígame uno de vosotros dónde fue a morir, llevado de su valor.

---

hermanos enemigos, Etéocles y Polinice, que se habían dado muerte uno al otro, la llama, bifurcándose, reveló que su odio duraba aún después de la muerte (Estacio, *Tebaida,* XII, 429-32, y Lucano, *Farsalia,* I, 551-2).

203 Los dos héroes de la guerra de Troya están aquí juntos, en una misma llama, porque juntos urdieron algunas de las tretas que se usaron en aquella guerra. El caballo de madera con el que expugnaron la ciudad, de la que huyó Eneas, más tarde fundador de Roma («salió la noble estirpe de los romanos»). El engaño por el que descubrieron el escondite de Aquiles, que vivía disfrazado de mujer en la corte de Licomedes, para evitar ir a la guerra. Deidamia, hija de Licomedes, murió de dolor al perder a su amante. Y el robo de la estatua de Palas («Paladión»), protectora de Troya, cuya presencia hacía inexpugnable la ciudad.

204 ¿Referencia al tradicional orgullo de los griegos? ¿O referencia a la lengua griega, desconocida para Dante, aunque no para Virgilio? La explicación más aceptable sería que, ya que Dante conocía a los héroes griegos a través de la *Eneida,* sea el mismo Virgilio quien le sirva aquí para ponerlo en contacto con ellos.

La punta más elevada de la antigua llama empezó a oscilar murmurando como la que agita el viento; después, dirigiendo a uno y otro lado su extremidad, empezó a lanzar algunos sonidos, como si fuera una lengua que hablara, y dijo:

—Cuando me separé de Circe, que me tuvo oculto más de un año en Gaeta, antes de que Eneas le diera este nombre, ni las dulzuras paternales, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el amor mutuo que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo sentía de conocer el mundo y las costumbres y los usos de los humanos. Y así, me lancé por el abierto mar sólo con un navío y con los pocos compañeros que nunca me abandonaron [205]. Vi entrambas costas por un lado hasta España, por otro hasta Marruecos, y la isla de los Sardos y las demás que baña en torno aquel mar. Mis compañeros y yo nos habíamos vuelto viejos y cansados cuando llegamos a la estrecha garganta donde plantó Hércules las dos columnas para que ningún hombre pasase más adelante. Dejé Sevilla a mi derecha, como había dejado ya Ceuta a mi izquierda. «¡Oh, hermanos —dije—, que habéis llegado a Occidente a través de mil peligros!, ya que tan poco os resta de vida, no os neguéis a conocer el mundo inhabitado que se encuentra siguiendo el curso del Sol. Pensad en vuestro origen: no habéis nacido para vivir como brutos, sino para alcanzar la virtud y la ciencia.» Con esta corta arenga infundí en mis compañeros tal deseo de continuar el viaje, que apenas los hubiera podido detener después. Y volviendo la popa hacia el Oriente, de nuestros remos hicimos alas para seguir tan desatentado viaje, inclinándonos siempre hacia la izquierda. La noche veía ya brillar todas las estrellas del otro polo y estaba el nuestro tan bajo que apenas parecía salir de la superficie de las aguas [206]. Cinco veces

[205] «Cuando en mi viaje de regreso de Troya logré separarme de la maga Circe, que me tuvo entretenido un año en las playas del monte Circeo (lugar luego bautizado como Gaeta por Eneas, en honor de su nodriza Caieta), llegué a mi patria, Itaca. Pero ni la ternura de mi hijo, ni la piedad hacia mi anciano padre, ni el amor de mi mujer, consiguieron retenerme.»

[206] «La noche nos permitía ver las estrellas del polo antártico, mientras que las del polo ártico estaban tan bajas que el horizonte no nos permitía verlas.» Es decir, una vez pasado el Estrecho de Gibraltar («columnas de Hércules»), tomaron rumbo sur.

se había encendido y otras tantas apagado la luz de la Luna desde que entramos en aquel gran mar, cuando apareció una montaña oscurecida por la distancia, que me pareció la más alta que había visto hasta entonces. Nos causó alegría, pero nuestro gozo se trocó bien pronto en llanto, pues de aquella tierra se levantó un torbellino que chocó contra la proa de nuestro buque; tres veces lo hizo girar juntamente con las encrespadas olas y a la tercera lo levantó de popa y sumergió la proa como plugo al Otro, hasta que el mar volvió a cerrarse sobre nosotros [207].

CANTO VIGÉSIMO SÉPTIMO

OCTAVO CÍRCULO, OCTAVO FOSO: LOS MALOS CONSEJEROS. GUIDO DE MONTEFELTRO

Seguimos en el mismo foso. El espíritu de Guido de Montefeltro pide noticias de Romaña y cuenta su propia historia. Capitán de fortuna que logra establecerse como señor de Urbino por medio de engaños y hechos de armas. Al final de su vida intenta salvarse con una hipócrita profesión en la orden franciscana. El significado alegórico de este episodio se concentra precisamente en la condena de la astucia política entendida como quebrantamiento de las relaciones entre el hombre y la ley divina.

Habíase quedado derecha e inmóvil la llama para no decir nada más, y ya se iba alejando de nosotros, con permiso del dulce Poeta, cuando otra que seguía detrás, con el sonido de su crepitar nos hizo volver la mirada hacia ella. Como el toro de Sicilia que, lanzando por primer mugido el llanto del que lo había trabajado con su lima (lo cual fue justo), bramaba con las voces de los torturados dentro de él, de tal suerte que, a pesar de estar

[207] El «Otro» es Dios. Ulises calla su nombre o porque así lo requiere su condición de condenado o porque no conoció al verdadero Dios.

construido de bronce, parecía realmente traspasado de dolor [208], así también las palabras lastimeras del espíritu contenido en la llama, no encontrando en toda la extensión de ella ninguna abertura por donde salir, se convertían en el lenguaje del fuego; pero cuando consiguieron llegar a su punta, comunicándole a ésta el movimiento que la lengua les había dado al pasar, oímos decir:

—¡Oh, tú, a quien me dirijo, y que hace poco hablabas en lombardo diciendo: «Vete, ya no te detengo más»! Aun cuando yo haya llegado tarde, no te pese permanecer hablando conmigo, pues a mí no me pesa no obstante que estoy ardiendo. Si acabas de caer en este mundo lóbrego desde la dulce tierra latina, donde he cometido todas mis faltas, dime si los romañolos están en paz o en guerra, pues fui de las montañas que se elevan entre Urbino y el yugo desde el que el Tíber se desata [209].

Yo escuchaba aún atento e inclinado, cuando mi Guía me tocó diciendo:

—Habla tú; ése es italiano.

Y yo, que tenía la respuesta preparada, empecé a hablarle así sin tardanza:

—¡Oh, alma, que te escondes ahí debajo! Tu Romaña no está ni estuvo nunca sin guerra en el corazón de sus tiranos; pero cuando yo he llegado a este sitio no había guerra manifiesta: Ravena está como hace muchos años, el águila de Polenta anida allí y cubre aún a Cervia con sus alas. La tierra que sostuvo tan larga prueba y contiene sangrientos montones de cadáveres franceses, se encuentra en poder de las garras verdes; y los mastines, el viejo y el joven, de Verruchio, que tanto daño hicieron a Montagna, siguen ensangrentando sus dientes donde acostumbran. La ciu-

208 Falarides, tirano de Sicilia, hizo construir al herrero ateniense Perilo un toro de bronce para hacer morir entre tormentos a sus súbditos, encerrándolos en el vientre vacío del animal, que después hacía calentar al rojo vivo. El primero que sufrió esta muerte fue Perilo («lo cual fue justo»). Los gritos de los condenados se transformaban en mugidos que escapaban por las fauces de la estatua y parecía que verdaderamente el animal mugía de dolor. De la misma manera, las palabras del condenado que encontramos aquí se transformaban en chisporroteo hasta que encontraban en la punta de la llama la ocasión de salir.

209 Nací en Montefeltro, entre Urbino y el monte Cornaro, donde nace el río Tíber.

dad del Lamone y la del Santerno están dirigidas por el leoncillo de blanco cubil, que del verano al invierno cambia de partido; y aquella que está bañada por el Savio vive entre la tiranía y la libertad, así como se asienta entre la llanura y la montaña [210]. Ahora te ruego que me digas quién eres, no seas más duro de lo que lo han sido otros, así pueda tu nombre durar eternamente en el mundo.

Cuando el fuego hubo producido su acostumbrado rumor, movió de una parte a otra su aguda punta; después habló así:

—Si yo creyera que dirijo mi respuesta a una persona que debe volver al mundo, esta llama dejaría de agitarse; pero como ninguno pudo salir jamás de esta profundidad, si es cierto lo que he oído, te responderé sin temor a la infamia. Yo fui hombre de guerra y luego franciscano, creyendo que con ese hábito expiaría mis faltas. Y mi presencia hubiera tenido ciertamente efecto si el Gran Sacerdote, a quien deseo todo mal, no me hubiese hecho incurrir en mis primeras faltas. Quiero que tú sepas cómo y por qué. Mientras conservé la forma de carne y hueso que mi madre me dio, mis acciones no fueron de león, sino de zorro. Yo conocí toda clase de astucias, todas las acechanzas, y las practiqué tan bien que su fama resonó hasta en el último confín del mundo. Cuando me vi cercano a la edad en la que cada cual debería cargar las velas y recoger las cuerdas, lo que antes me había agradado empezó a disgustarme; y, arrepentido, confesé mis culpas y me retiré al claustro. Entonces, ¡ay, infeliz de mí!,

210 Dante da cuenta a Guido de Montefeltro del estado en que se encuentra Romaña. En 1300, fecha de este imaginario viaje, no había guerras en aquella región. La familia Polenta (el «águila» para su blasón) gobierna Ravena y llega hasta la ciudad costera de Cervia. La tierra que sostuvo «tan larga prueba» es Forlì, ciudad gibelina que consiguió derrotar al ejército francés enviado por el papa Martín IV (contiene «montones de cadáveres franceses»), y que sigue siendo gibelina y está gobernada por la familia de los Ordelaffi («león verde» en campo de oro). El «viejo mastín» de Verruchio es Malatesta (el «joven» es su hijo primogénito, Malatestino), que sigue persiguiendo a los gibelinos de Montagna y que ahora gobierna Rímini. Faenza, ciudad por donde pasa el río «Samone» e Imola, que riega el «Santerno», siguen gobernadas por Maghinardo Pagani (león azul en campo blanco), personaje que defendía sus intereses siendo unas veces gibelino y otras güelfo. Cesena, a orillas del «Savio», de la misma manera que está asentada entre la falda del monte y la llanura, sobrevive entre la tiranía y la libertad.

pude haberme salvado; pero el príncipe de los nuevos fariseos estaba en guerra cerca de Letrán (y no con los sarracenos ni con los judíos, pues todos sus enemigos eran cristianos y ninguno de ellos había ido a conquistar Acre ni a comerciar en la tierra del Sultán), no tuvo en cuenta su dignidad suprema ni las sagradas órdenes de que estaba investido, ni vio en mí aquel cordón que solía enflaquecer a los que lo llevaban; sino que, así como Constantino llamó a Silvestre en el monte Soracto, para que le curase la lepra, así también me llamó aquél para que le curara su orgullosa fiebre. Pidióme consejo y yo me callé, porque sus palabras me parecieron las de un hombre ebrio. Entonces me dijo: «No abrigue tu corazón temor alguno, porque yo te absuelvo de antemano. Pero me has de decir cómo podré echar por tierra los muros de Preneste. Yo puedo abrir y cerrar el Cielo, como sabes, porque son dos las llaves a las que no tuvo mucho apego mi antecesor.» Estos graves argumentos me impresionaron y, pensando que sería peor callar que hablar, dije: «Santo Padre, puesto que tú me lavas del pecado en que voy a incurrir, te aconsejo que, para triunfar en tu alto solio, prometas mucho y cumplas poco de lo prometido» [211]. Cuando ocurrió mi muerte fue Francisco a buscarme, pero uno de los negros querubines le dijo: «No puedes llevártelo, no me prives de lo que es mío. Éste debe bajar a lo profundo, entre mis condenados, por haber aconsejado el fraude. Desde entonces lo tengo cogido por los cabellos. No es posible absolver al que no se arrepiente, como tampoco es posible querer arrepentirse y querer el pecado al mismo tiempo, pues la contradicción no lo consiente.» ¡Ay de mí, desdichado! ¡Cómo me aterré cuando me agarró, diciendo: «¿Acaso no imaginabas que yo supiera lógica?» Me condujo ante Minos, el cual se ciñó ocho veces la cola en derredor de su duro cuerpo y mordiéndose con gran rabia dijo: «Éste debe estar entre los culpables que muerde el fuego.» He aquí por qué estoy sepultado donde me ves y por qué gimo al llevar este vestido de fuego.

Cuando hubo acabado de hablar, se alejó la plañidera llama, torciendo y agitando su aguda punta. Mi Guía y yo seguimos adelante, a través del escollo, hasta llegar al otro arco que cubre el foso donde se castiga a los que cargaron su conciencia induciendo a la discordia.

[211] Guido de Montefeltro, «el más astuto hombre de armas de su tiempo en toda Italia», según el historiador Villani. Tras la expulsión de los Lambertazzi de Bolonia, fue nombrado jefe de la facción gibelina de Romaña, derrotando sucesivamente todos los intentos de los güelfos por reconquistar el poder (Ponte San Protocolo, en 1275, Reversano, el mismo año, Bagnacavallo, 1276, Forlì, 1282, contra los franceses, Cfr. la nota anterior). Se reconcilia con la Iglesia, que lo exilia a Piamonte, pero vuelve en 1289 para ponerse a la cabeza de los gibelinos de Pisa contra Florencia. El papa lo excomulga, junto con toda su familia. En 1292 conquista Urbino, donde su dinastía durará hasta el siglo XVI. Se reconcilia con la Iglesia de nuevo y en 1296 entra en la orden franciscana («cordón que solía enflaquecer»), pero de allí lo obliga a salir el papa Bonifacio VIII («el Gran Sacerdote», «el príncipe de los nuevos fariseos») para servirse de su astucia y de su experiencia militar contra los cardenales Colonna, que no reconocían la renuncia al solio pontificio de Celestino V («que no tuvo apego...») y la consiguiente elección de Bonifacio, por lo que se habían refugiado en sus castillos de Zagarolo y Palestrina («cerca de Letrán»), donde resistieron un asedio de dos años, hasta que gracias a los engaños de Guido («debes prometer mucho y cumplir poco») renunciaron a la rebelión. A su muerte, según Dante, ni siquiera la intervención de San Francisco lo salva, y es arrastrado al círculo de los fraudulentos por «el negro querubín».

CANTO VIGÉSIMO OCTAVO

OCTAVO CÍRCULO, NOVENO FOSO: LOS SEMBRADORES DE DISCORDIAS. MAHOMA, ALÍ, FRAY DOLCINO, PEDRO DE MEDICINA, CURIO MOSCA, BELTRÁN DEL BORN

Noveno foso, donde están los encizañadores, tanto en el terreno religioso (Mahoma y Alí), como en el político (Pedro de Medicina y Curio) y en el familiar (Beltrán del Born).

¿Quién podría jamás, ni aun con palabras sin medida, por más que lo intentase muchas veces, describir toda la sangre y las heridas que vi entonces? No existe ciertamente lengua alguna que pueda expresarlo, ni entendimiento que retenga lo que apenas cabe en la imaginación. Si pudiera reunirse toda la gente que

derramó su sangre en la infortunada tierra de la Pulia, cuando combatieron los romanos en aquella prolongada guerra en que se recogió tan gran botín de anillos, como refiere Tito Livio, y no se equivoca, con aquella otra gente que sufrió tan rudos golpes por contrastar a Roberto Guiscardo y con aquella otra cuyos huesos se recogen aún, tanto en Ceperano, donde el viejo Allard venció sin armas, y fuera posible, además, que todos los combatientes nombrados enseñaran sus miembros rotos y traspasados, ni aun así se tendría una idea del aspecto que presentaba la novena fosa[212]. Una cuba que haya perdido las duelas del fondo no se vacía tan rápidamente como un espíritu que vi hendido desde la cabeza hasta la parte inferior del vientre: sus intestinos le colgaban por las piernas, se le veía el corazón en movimiento y el triste saco donde se convierte en excremento todo cuanto se come. Mientras lo estaba mirando atentamente, me miró y con las manos se abrió el pecho diciendo:

—Mira cómo me desgarro; mira cuán estropeado está Mahoma. Alí, mi sucesor, va delante de mí llorando, con la cabeza abierta desde el cráneo hasta la barba. Todos los que aquí ves han vivido antes en la tierra, pero por haber diseminado el escándalo están aquí hendidos del mismo modo. En pos de nosotros viene un diablo que nos hiere cruelmente, dando tajos con su afilada espada a cuantos alcanza en esta multitud de pecadores, luego que hemos dado una vuelta por esta lamentable fosa; porque nuestras heridas se cierran antes de volvernos a encontrar con ese demonio. Pero tú, que estás husmeando desde lo alto del escollo, quizás para demorar tu marcha hacia el suplicio que te haya sido impuesto por tus culpas, ¿quién eres?

212 «Si se pudieran reunir todos los muertos caídos en las diferentes guerras que ensangrentaron el sur de Italia»: la segunda guerra púnica, que duró dieciséis años, y sobre todo la batalla de Canna, donde fueron derrotados los romanos y muertos en tal número que con los anillos que les arrebataron los cartagineses vencedores se formó un montón de tres modios, según Tito Livio, XXII, 12. O las diversas batallas sostenidas para impedir la conquista del sur de Italia por parte de los normandos de Roberto Guiscardo. O las sangrientas batallas entre los hijos de Federico II y los partidarios de Carlos de Anjou, Ceperano y Taglacozzo, donde los franceses vencieron por la defección de los barones que acompañaban a Corrado de Suabia y por la astucia de Allard de Valery, consejero del pretendiente francés.

—Ni la muerte le alcanzó aún ni le traen aquí sus culpas para que sea atormentado —contestó mi Maestro—, sino que ha venido para conocer todos los suplicios. Yo, que sí estoy muerto, debo guiarlo por cada uno de los círculos del profundo Infierno, y esto es tan cierto como que te estoy hablando.

Al oír estas palabras, más de cien condenados se detuvieron en la fosa para contemplarme, haciéndoles la sorpresa olvidar su martirio.

—Pues bien, tú, que tal vez dentro de poco volverás a ver el Sol, di a fray Dolcino que si no quiere reunirse conmigo aquí muy pronto, debe proveerse de víveres y no dejarse rodear por la nieve. Pues sin el hambre y la nieve, difícil le será al noverés poder vencerlo[213].

Mahoma me dijo estas palabras después de haber levantado ya el pie para empezar a andar; cuando terminó de hablar, lo fijó en el suelo y se alejó.

Otro, que tenía la garganta atravesada, la nariz cortada hasta las cejas y una oreja solamente, se quedó mirándome asombrado con los demás espíritus, y abriendo antes que ellos su boca, manchada de sangre por todas partes, me dijo:.

—¡Oh, tú, a quien no condena culpa alguna y a quien ya he visto allá arriba, en la tierra latina, si es que no me engaña una gran semejanza! Acuérdate de Pedro de Medicina[214], si logras ver de nuevo la hermosa llanura que declina desde Vercelli a Marcabò, y haz saber a los dos mejores de Fano, a messer Guido y a Angiolello, que si la evasión no es aquí vana, serán arrojados fuera de su bajel y ahogados cerca de la Católica, por la trai-

213 Fray Dolcino, de la cofradía de los Apostólicos, que predicaba la vuelta de la Iglesia a la simplicidad de los primeros tiempos y la comunión de los bienes materiales. A la muerte del fundador de la cofradía, Gherardo Segarelli, fray Dolcino se convierte en cabeza de la secta, que se extiende cada vez más. Clemente V convoca una cruzada contra los dolcinianos. Refugiado con cinco mil seguidores en las montañas, resistió durante dos años, hasta que fue reducido, rodeado por la nieve y sin víveres, por los cruzados que mandaba el obispo de Novara. Fue quemado vivo en Vercelli en 1307.

214 Pedro de Medicina, personaje de difícil localización. Probablemente, descendiente, quizá nieto, de Pedro de Medicina de Bolonia. Según los primeros comentaristas fue sembrador de las discordias que enfrentaron a los Polenta y los Malatesta.

ción de un tirano desleal. Desde la isla de Chipre a la de Mallorca no habrá visto jamás Neptuno una felonía tan grande llevada a cabo por piratas o por corsarios griegos. Aquel traidor, que ve solamente con un ojo y que gobierna el país que no quisiera haber visto uno que está aquí conmigo, les invitará a parlamentar con él y después hará de modo que necesiten conjurar con sus votos y oraciones el viento de Focara [215].

Yo le dije:

—Si quieres que lleve noticias tuyas allá arriba, muéstrame y declara quién es ese que deplora haber visto aquel país.

Entonces puso su mano sobre la mandíbula de uno de sus compañeros y le abrió la boca exclamando:

—Helo aquí; pero no habla.

Era aquel que, desterrado de Roma, ahogó la duda en el corazón de César, afirmando que el que está preparado se perjudica en aplazar la realización de una empresa. ¡Oh! ¡Cuán acobardado me parecía con su lengua cortada en la garganta aquel Curio que tan audaz fue para hablar! [216].

Otro, que tenía las manos cortadas, levantando sus muñones al aire sombrío, de tal modo que se inundaba la cara de sangre, gritó:

—Acuérdate también de Mosca, que dijo, ¡desventurado!, que «cosa hecha está concluida» [217]. Palabras que fueron el principio de las discordias civiles de los toscanos.

---

215 La hermosa llanura padana, desde Vercelli hasta el castillo de Marcabò. Los dos mejores ciudadanos de Fano, Guido el Cassero y Angiolelo di Carignano, fueron atraídos con engaños por Malatestino, que quería apoderarse de Fano, y arrojados al mar encerrados en un saco, a la altura de Católica, cerca de Rímini. Morirán ahogados y no tendrán que preocuparse más por los vientos tempestuosos de Focara. Malatestino era tuerto («que ve solamente con un ojo») y era señor de Rímini.

216 Cayo Curio que, desterrado de Roma, abandona el partido de Pompeyo y pasa al de César, a quien anima a pasar el Rubicón. Esta entrevista tuvo lugar en Rímini, ciudad que Curio «no quisiera haber visto» porque su consejo llevó a la guerra civil; por ello está aquí condenado.

217 Mosca de Lamberti, causante de las primeras luchas políticas de Florencia. Reunidos los Amidei para decidir cómo vengar la ofensa que les había causado Buondelmonte dei Buondelmonti (que se había negado a cumplir la palabra de matrimonio dada a una dama de la familia Amidei) y discutiendo si darle una paliza o matarlo, fueron convencidos de esto último por las palabras de Mosca: «Cosa hecha está concluida.» Los Lamberti fueron expulsados a perpetuidad (1258), hecho a que hacen referencias las palabras que se pronuncian a continuación: «Muerte de toda tu raza.»

—¡Y de la muerte de tu raza!— exclamé yo.

Entonces él, acumulando dolor sobre dolor, se alejó como una persona triste y demente.

Continué examinando la banda infernal y vi cosas que no me atrevería a referir sin otra prueba, si no fuese por la seguridad de mi conciencia: esa buena compañera que, confiada en su pureza, fortifica tanto el corazón del hombre. Vi, en efecto, y aún me parece que lo estoy viendo, un cuerpo sin cabeza, andando como los demás que formaban aquella triste grey; asida por los cabellos y pendiente a guisa de linterna, llevaba en una mano su cabeza cortada, la cual nos miraba exclamando: «¡Ay de mí!» Servíase a sí mismo como de una lámpara y eran dos en uno y uno en dos. Cómo pueda ser esto sólo lo sabe Aquél que nos gobierna. Cuando llegó al pie del puente, levantó en alto su brazo con la cabeza, para acercarnos más sus palabras, que fueron éstas:

—Mira mi tormento cruel, tú, que, aunque estás vivo, vas contemplando a los muertos. Ve si puede haber alguno tan grande como el mío. Y para que puedas dar noticias de mí, sabe que soy Beltrán del Born [218], aquel que dio tan malos consejos al rey joven. Yo armé al padre y al hijo, uno contra otro. No hizo más Aquitofel [219] con sus perversas instigaciones a David y a Absalón. Por haber dividido a personas tan unidas llevo, ¡ay de mí!, mi cabeza separada de su principio, que queda encerrado en este tronco. Así se cumple conmigo la pena del talión.

---

218 Uno de los mejores poetas de la escuela trovadoresca provenzal (1140?-1215). Era señor del castillo de Hautefort y estuvo en continuas guerras con sus vecinos, el conde de Périgord y el vizconde de Limoges, y con Ricardo Corazón de León, que era conde de Poitou. Se decía que había empujado a Enrique III a rebelarse contra su padre el rey Enrique II de Inglaterra, que era duque de Aquitania, por lo que Dante lo castiga entre los sembradores de discordias, aunque en otra de sus obras nuestro poeta lo alaba por su magnificencia y sus cualidades poéticas *Convivio,* IV, xi, 14) y cita uno de sus serventesios: «Non posc mudar, c'un cantar non exparja.»

219 Aquitofel, consejero de David, favoreció la rebelión de Absalón contra su padre.

CANTO VIGÉSIMO NONO

OCTAVO CÍRCULO, NOVENO FOSO: LOS CIZAÑEROS. GERI DEL BELLO. DÉCIMO FOSO: LOS FALSIFICADORES DE METALES: GRIFFOLINO Y CAPOCCHIO

En el décimo foso se encuentran los falsificadores de cosas, palabras, metales y personas. Los primeros están en este Canto representados por los alquimistas.

El espectáculo de aquella multitud de condenados y de sus diversas heridas de tal modo henchía de lágrimas mis ojos, que hubiera deseado detenerme para llorar. Pero Virgilio me dijo:

—¿Qué miras ahora? ¿Por qué tu vista se obstina en contemplar ahí abajo esas sombras tristes y mutiladas? Tú no has hecho eso en las otras fosas; si crees poder contar esas almas, piensa que la fosa tiene veintidós millas de circunferencia. La Luna está ya debajo de nosotros, el tiempo que se nos ha concedido es muy corto y aún nos queda por ver más de lo que hemos visto.

—Si hubieses considerado atentamente —le respondí— la causa que me obligaba a mirar, quizás hubieras permitido que me detuviera aquí un poco.

Mi Guía se alejaba ya, mientras yo iba tras de él contestándole y añadiendo:

—Dentro de aquella cueva donde tenía los ojos tan fijos creo que había un espíritu de mi familia llorando el delito que se castiga ahí con tan graves penas.

Entonces me contestó el Maestro:

—No se ocupe ya más tu pensamiento de la suerte de ese espíritu; piensa en otra cosa y quédese él donde está. Lo he visto al pie del puente señalarte y amenazarte airadamente con el dedo y oí que lo llamaban Geri del Bello; pero tú estabas tan distraído con el que gobernó Hautfort que, como no miraste hacia donde él estaba, se marchó.

—¡Oh, mi Guía! —dije yo—. Su violenta muerte, que no ha sido aún vengada por ninguno de nosotros, partícipes de la ofen-

sa, le ha causado indignación. He aquí por qué, según presumo, se ha ido sin hablarme; y ésta es la causa de que me inspire más compasión[220].

Así continuamos hablando hasta el primer punto del peñasco, desde donde se distinguiría la otra fosa hasta el fondo, si hubiera en ella más claridad. Cuando estuvimos colocados sobre el último recinto de Malebolge, de manera que los transfigurados que contenían pudieran aparecer a nuestra vista, hirieron mis oídos diversos lamentos que cuan agudas flechas me traspasaron el corazón, por lo que tuve que cubrirme los oídos con ambas manos. Si entre los meses de julio y septiembre los hospitales de la Valdichiana y los enfermos de las Marismas y de Cerdeña estuvieran reunidos en una misma fosa[221], esta acumulación formaría un espectáculo tan doloroso como el que vi en aquélla, de la cual se exhalaba la misma pestilencia que la que despiden los miembros gangrenados. Descendimos hacia la izquierda por la última orilla del largo peñasco y entonces pude distinguir mejor la profundidad de aquel abismo, donde la infalible justicia, ministra del Altísimo, castiga a los falsarios que apunta en su registro.

No creo que causara mayor tristeza ver enfermo el pueblo entero de Engina, cuando se inficcionó tanto el aire que perecieron todos los animales, hasta el miserable gusano, habiendo renacido después los habitantes de aquella isla de la raza de las hormigas, según aseguran los poetas[222], como causaba el ver

---

220 Geri del Bello, primo de Alghiero, padre de nuestro poeta. Fue gran sembrador de discordias, por lo que fue muerto por un Brodaio dei Sacchetti, lo que fue causa de una duradera enemitad entre las dos familias. Aún no había sido vengada su muerte, por lo que el espíritu de Geri se muestra desdeñoso con Dante. La venganza de sangre era una costumbre que comprometía a todos los miembros de la familia ofendida.

221 Había aquí tanto dolor como en todos los hospitales de la Valdichiana, la Marisma toscana y Cerdeña duramente la estación de las epidemias. Los nombres geográficos citados corresponden a dunas pantanosas infectadas de malaria.

222 Cuenta Ovidio *(Met.,* VII, 523-660) que Juno castigó a la isla de Egina con una epidemia que mató a todos sus habitantes, en venganza porque Júpiter se había enamorado de la ninfa Egina, que daba nombre a la isla. Sólo quedó vivo el rey Eaco, que consiguió que Júpiter transformase en hombres a todas las hormigas que había en el lugar.

languidecer a los espíritus en tristes montones por aquel oscuro valle. Cual yacía tendido sobre el vientre, cual sobre la espalda y algunos andaban a rastras por el triste camino.

Íbamos caminando paso a paso sin decir una palabra, mirando y escuchando a los enfermos, que no podían sostener sus cuerpos. Vi dos de ellos, sentados y apoyados el uno en el otro, como se apoyan las tejas para ser cocidas, y llenos de pústulas desde la cabeza hasta los pies. Nunca he visto criado alguno, a quien espera su amo o que vela a pesar suyo para tener preparado el caballo al amanecer, como lo era cada uno de aquellos condenados para rascarse con frecuencia y calmar así la terrible rabia de su corazón, que no tenía remedio. Se arrancaban con las uñas las pústulas, como el cuchillo arranca las escamas del escaro o de cualquier otro pescado que las tenga más grandes.

—¡Oh, tú, que con los dedos te despellejas —dijo mi Guía a uno de ellos— y que los empleas como si fueran tenazas! Dime si hay algún latino entre los que están aquí, y ¡ojalá puedan tus uñas bastarte eternamente para ese trabajo!

—Latinos somos los dos a quienes ves tan deformes —respondió uno de ellos llorando—, pero ¿quién eres tú, que preguntas por nosotros?

Y el Guía repuso:

—Soy un espíritu que he descendido con este ser viviente de grado en grado y tengo el encargo de enseñarle el Infierno.

Las dos sombras cesaron entonces de prestarse mutuo apoyo y cada una de ellas se volvió temblando hacia mí, juntamente con otras que oyeron estas palabras, aunque no se dirigía a ellas la contestación. El buen Maestro se me acercó diciendo: «Diles lo que quieras.» Y ya que él lo permitía, empecé de este modo:

—Así vuestra memoria no se borre de las mentes humanas en el primer mundo, y antes bien dure por muchos años: decidme quiénes sois y de qué nación. No tengáis reparos en franquearos conmigo, sin que os lo impida vuestro insoportable y vergonzoso suplicio.

—Yo fui de Arezzo —respondió uno— y Álvaro de Siena me condenó a las llamas; pero la causa de mi muerte no es la que me ha traído al Infierno. Es cierto que le dije chanceándome: «Yo sabría elevarme por el aire volando»; y él, que era curioso

y de cortos alcances, quiso que yo le enseñase a volar. Y tan sólo porque no lo convertí en Dédalo me hizo quemar por mandato de uno que lo tenía por hijo. Pero Minos, que no puede equivocarse, me condenó a la última de las diez fosas por haberme dedicado a la alquimia en el mundo [223].

Yo dije al Poeta:

—¿Ha habido nunca gente más vana y megalómana que los seneses, si excluimos a los franceses?

Y otro leproso que había oído mis palabras me dijo:

—Exceptúa a Stricca, que supo hacer tan moderados gastos; y a Niccolò, que fue el primero que descubrió la rica usanza del clavo de especia en la ciudad donde hoy es tan común su uso. Exceptúa también la sociedad en que malgastó Caccia de Asciano sus viñas y sus bosques en la que Abbagliato demostró hasta donde llegaba su juicio. Mas para que sepas quién es el que de este modo critica contigo a los seneses, fija en mí tus ojos a fin de que mi rostro corresponda al deseo que tienes de conocerme, y podrás ver que soy la sombra de Capocchio, el que falsificó los metales por medio de la alquimia; y debes recordar, si eres efectivamente el que pienso, que fui por naturaleza un buen imitador [224].

---

223 Dícese que éste fue cierto Griffolino, alquimista, que, alabándose de conocer el arte de volar, prometió enseñárselo a un senés llamado Álvaro, el cual al principio lo creyó. Pero habiendo advertido después el engaño, lo acusó ante el obispo de Egena, de quien dice que era hijo, como reo de nigromancia, y Griffolino fue condenado por dicho obispo a ser quemado vivo, como nigromante. De la simplicidad de un Alberto de Siena corrían varias anécdotas, algunas de las cuales fueron aprovechadas por Franco Sacchetti en su *Trecentonovelle.*

224 Stricca dei Salimbeni, gobernador de Bolonia, que dilapidó su fortuna. Niccolò es hermano del anterior y se cuenta que mandaba hacer los asados no sobre brasas comunes, sino sobre brasas de clavos de especia. Caccia dilapidó sus propiedades, lo mismo que Abbagliato, apodo de Battolomeo dei Folcacchieri, ambos miembros de la «cofradía de los manirrotos». Capocchio fue un conocido alquimista de Florencia, parece ser que amigo y condiscípulo de Dante, que fue quemado vivo en 1293.

CANTO TRIGÉSIMO

OCTAVO CÍRCULO, DÉCIMO FOSO: LOS FALSARIOS. SUPLANTADORES DE PERSONAS: GIANNI SCHICCHI, MIRRA. LOS MONEDEROS FALSOS: MAESE ADAM, LOS CONDES DE ROMENA. LOS CALUMNIADORES: LA MUJER DE PUTIFAR, SINÓN DE TROYA

Siguen, en el mismo foso, los suplantadores de personas, los monederos falsos y los calumniadores. Los primeros aparecen como perros rabiosos, castigados por la justicia divina y al mismo tiempo instrumentos de esa justicia porque se muerden unos a otros.

En aquel tiempo en que Juno, por causa de Semele, estaba irritada contra la sangre tebana, como lo demostró más de una vez, Acamante se volvió tan insensato que, al ver acercarse a su mujer llevando de la mano a sus dos hijos, exclamó: «Tendamos las redes de modo que yo coja a su paso la leona con sus cachorros»; y extendiendo después las despiadadas manos agarró a uno de ellos, que se llamaba Learco, le hizo dar vueltas en el aire y lo estrelló contra una roca; la madre se ahogó con el hijo restante. Cuando la fortuna abatió la grandeza de los troyanos, que a todo se atrevían, hasta que el reino fue destruido juntamente con su rey, la triste Hécuba, miserable y cautiva, después de haber visto a Polixena muerta y el cuerpo de su Polidoro tendido a la orilla del mar, quedó con el corazón tan desgarrado, que, fuera de sí, empezó a ladrar como un perro; de tal modo la había trastornado el dolor [225]. Pero ni los tebanos ni

[225] Atamante, rey de Orcomeno, enloqueció por obra de Juno, que vengaba así su despecho por los amores de Júpiter con Semele, hija de Cadmo, a la que convirtió en cenizas. No contenta con ello la diosa, dirigió su rabia contra la hermana de Semele, Ino, cuyo marido enloqueció y confundió a su esposa y a sus hijos con una leona y sus crías. A uno de sus hijos, Learco, lo estrelló contra la pared, y la madre, desesperada, se arrojó al mar con el otro. Hécuba, esposa de Príamo, rey de Troya, una vez destruida la ciudad, enloqueció al ver los cadáveres de sus hijos Polixena y Polidoro y perdió el uso de la palabra, ladrando en adelante como un perro (Ovidio, *Met.*, V, 569, «latravit, conata loqui»).

ni los troyanos furiosos demostraron tanta crueldad, no ya en torturar cuerpos humanos, sino ni siquiera animales, como la que vi en dos sombras desnudas y pálidas, que corrían mordiéndose como el cerdo cuando se escapa de su pocilga. Una de ellas alcanzó a Capocchio y se le afianzó en la nuca de tal modo que, tirando de él, lo hizo arañar con su vientre el duro suelo. El aretino, que quedó temblando, me dijo:

—Este loco es Gianni Schicchi, que va rabioso maltratando a los demás [226].

—¡Oh! —le dije yo—; no temas decirme quién es la otra sombra que va con él, antes de que desaparezca, y ojalá no venga a hincarte los dientes en el cuerpo.

Me contestó:

—Es el alma antigua de la perversa Mirra [227], que fue amante de su padre contra las leyes del amor honesto; para cometer tal pecado se disfrazó bajo las formas de otra; como aquel otro que ya se aleja, que no tuvo inconveniente en fingirse otro para falsificar un testamento y ganarse así como premio la yegua.

Cuando hubieron pasado aquellas dos almas furiosas, sobre las cuales había tenido fija mi vista, me volví para mirar las sombras de los otros mal nacidos. Vi uno que pareciera un laúd si hubiera tenido el cuerpo cortado en el sitio donde el hombre se bifurca [228]. La pesada hipocresía, que a causa de los humores convertidos en maligna sustancia hace los miembros tan desproporcionados que el rostro no se corresponde al vientre, le obligaba a tener la boca abierta, pareciéndose al hético que, cuando está sediento, dirige uno de sus labios hacia la barba y otro hacia la nariz.

[226] Florentino, de la familia Cavalcanti, famoso por su habilidad para imitar a otras personas. Se cuenta que, haciéndose pasar por el moribundo Buoso Vinciguerra, dictó un testamento en el que éste dejaba su fortuna a su sobrino Simone de Donati y Schicchi fue pagado con la mayor yegua de la cuadra del fraudulento heredero.

[227] Mirra, hija de Ciniras, rey de Chipre, enamorada de su padre, se disfrazó con las ropas de otra mujer para poder yacer con él. Cuando el padre quiso castigarla, huyó a Arabia, donde dio a luz a Adonis, y ella misma fue convertida en el árbol que lleva su nombre.

[228] Sin las piernas hubiese parecido un laúd: el grueso vientre sería la caja y el cuello y la cabeza el mango.

—¡Oh, vosotros que no sufrís pena alguna, y no sé por qué, en este mundo miserable! —nos dijo—: mirad y estad atentos al infortunio de maese Adam. Yo tuve en abundancia, mientras viví, todo cuanto deseé, y ahora, ¡ay de mí!, sólo deseo una gota de agua. Los arroyuelos que desde las verdes colinas del Casentino descienden hasta el Arno, trazando frescos y apacibles cauces, continuamente están ante mi vista y no en vano, pues su imagen me reseca más que el mal que descarna mi rostro. La rígida justicia que me castiga se sirve del mismo lugar donde he pecado para hacerme exhalar más suspiros. Allí está Romena, donde falsifiqué la moneda acuñada con el rostro del Bautista, por lo cual dejé en la tierra mi cuerpo quemado. Pero si yo viese aquí el alma criminal de Guido, o la de Alejandro, o la de su hermano, no cambiaría el placer de mirarlos a mi lado ni aun por la fuente de Branda [229]. Una de ellas está ya aquí dentro, si es cierto lo que dicen las coléricas sombras que giran por estos sitios; pero ¿qué me importa si tengo encadenados mis miembros? Si a lo menos fuese yo tan ágil que en cien años pudiese caminar una pulgada, ya me habría internado por el sendero para buscarla entre la gente deforme, a pesar de que la fosa tiene once millas de circunferencia y no menos de media milla de diámetro. Por su causa me veo entre estos condenados; ellos me indujeron a acuñar los florines, que bien tenían tres quilates de liga.

A mi vez le dije:

—¿Quiénes son esos dos espíritus infelices que despiden vaho, como en invierno una mano mojada, y que tan unidos yacen a tu derecha?

—Aquí los encontré —respondióme— cuando bajé a ese abismo; y desde entonces, ni se han movido ni creo que puedan moverse en toda la eternidad. El uno es el de la mentirosa que acusó a José y el otro es el falso Sinón, griego de Troya. Por efecto de su ardiente fiebre lanzan ese vapor fétido [230].

[229] Adam de Anglia trabajó, en el castillo de Romena, en el Casentino, para los tres hermanos, Aghinolfo, Guido y Alejandro, que le hicieron acuñar moneda florentina (que llevaba la efigie de San Juan Bautista), exacta de peso pero con una liga inferior en tres quilates del metal precioso. Cuando los florentinos pudieron apoderarse del maestro Adam, en 1281, lo hicieron morir en la hoguera. Nos dice que se alegraría, aun en medio de sus tormentos, si pudiese ver allí a los tres hermanos, uno de los cuales, Guido, había ya muerto. Pero no puede moverse del lugar en que se encuentra a causa de su gordura.

Uno de ellos, indignado quizás porque se le daba aquel nombre infame, lo golpeó con el puño en su endurecido vientre, haciéndolo resonar como un tambor. Maese Adam le dio a su vez en el rostro con el puño, que no parecía menos duro, diciéndole:

—Aunque me vea privado de moverme a causa de la pesadez de algunos de mis miembros, tengo el brazo suelto para esta tarea.

A lo que el otro replicó:

—Cuando marchabas hacia la hoguera no lo tenías tan suelto, aunque lo tenías mucho más cuando acuñabas moneda.

—Eres verídico en eso, mas no lo fuiste tanto cuando en Troya te incitaron a que dijeses la verdad —el hidrópico repuso.

—Si allí dije una falsedad, en cambio tú falsificaste el cuño —dijo Sinón—, y si yo estoy aquí por una falta, tú lo estás por muchas más que ningún otro.

—Acuérdate, perjuro, del caballo —replicó aquel que tenía el vientre hinchado—, y sírvate de castigo el que el mundo entero conoce tu delito.

—Sírvate también a ti de castigo la sed que tiene agrietada tu lengua —contestó el griego— y el agua podrida que eleva tu vientre como una barrera ante tus ojos.

Entonces el monedero replicó:

—También tú boca se rasga por hablar mal, como acostumbra; si yo tengo sed y si el humor me hincha, tú tienes fiebre y te duele la cabeza; no te harías mucho de rogar para lamer el espejo de Narciso [231].

[230] La mujer de Putifar, que, rechazada por el casto José, lo acusó ante su marido de haber querido hacerle violencia. El otro espíritu es el de Sinón, el griego que se quedó en el campamento cuando los demás fingieron que levantaban el cerco de Troya. Se ganó la confianza de Príamo y lo convenció para que llevara a la ciudad el caballo en el que estaban escondidos Ulises y sus compañeros (Virgilio, *Aen.*, II, 57-194).

[231] Corriente de agua en la que se reflejaba la figura del joven Narciso, que se enamoró de sí mismo al verse y fue convertido por Némesis en la flor que lleva su nombre, vengando así el desprecio de Narciso por la ninfa Eco.

Yo estaba escuchándolos atentamente, cuando me dijo mi Maestro:

—Sigue, sigue contemplándolos aún, que poco me falta para reírme de ti[232].

Cuando le oí hablarme con ira me volví a él tan abochornado, que aún conservo vivo el recuerdo en mi memoria; y como quien sueña una desgracia, que aun soñando desea soñar y anhela ardientamente que sea sólo sueño lo que ya lo es, así estaba yo, sin poder proferir una palabra, por más que quisiera excusarme; y a pesar de que con el silencio me estaba excusando, no creía hacerlo así[233].

—Con menos vergüenza habría bastante para borrar una falta mayor que la tuya —me dijo el Maestro—; consúelate. Y si acaso vuelve a suceder que te reúnas con gente entregada a semejantes debates, piensa en que estoy siempre a tu lado. Porque querer oír esto es querer oír una bajeza.

CANTO TRIGÉSIMO PRIMERO

DESCENSO AL NOVENO CÍRCULO: GIGANTES QUE CIRCUNDAN EL FOSO. NEMROD, EFIALTO Y ANTEO

Llegan al pozo, que está rodeado de gigantes, uno de los cuales, Anteo, les ayudará a bajar. Alegóricamente, los gigantes, que se rebelaron contra Zeus, representan el orgullo de Lucifer, que se rebeló contra Dios. Pero al mismo tiempo son la imagen de la fuerza ciega; completamente animal, que queda en el alma cuando han desaparecido los lazos del amor y la luz del intelecto. Así, Nemrod, Efialto y Anteo representan, respectivamente, la vacía estupidez, la ciega rabia y la vanidad sin sentido.

[232] Dante está perdiendo el tiempo, entretenido con estas ridículas discusiones y olvidándose así de su alta misión. Virgilio se lo reprocha.

[233] Quien tiene una pesadilla desagradable desea que aquello no sea más que un sueño, cosa que ya es. Del mismo modo, Dante, que no puede hablar por la vergüenza que siente, ya se está excusando con su silencio.

La misma lengua que antes me hirió, tiñendo de rubor mis mejillas, me aplicó en seguida el remedio; así he oído contar que la lanza de Aquiles y de su padre solía ocasionar primero un disfavor y luego un buen regalo[234]. Volvimos la espalda a aquel desventurado valle, andando, sin decir una palabra, por encima del margen que lo rodea. Allí no era de día ni de noche, de modo que mi vista alcanzaba poco delante de mí; pero oí resonar una gran trompa, tan fuertemente que habría impuesto silencio a cualquier trueno; por lo cual mis ojos, siguiendo la dirección que aquel ruido traía, se fijaron atentamente en un solo punto. No hizo sonar tan terriblemente su trompa Roland después de la dolorosa derrota en que Carlomagno perdió el fruto de su santa empresa. A poco de haber vuelto hacia aquel lado la cabeza, me pareció ver muchas torres elevadas, por lo que dije:

—Maestro, ¿qué tierra es ésta?

—Como miras a lo lejos a través de las tinieblas, te equivocas en lo que te imaginas. Ya verás, cuando hayas llegado allí, cuánto engaña a la vista la distancia. Así pues, aprieta el paso.

Después me cogió afectuosamente de la mano y me dijo:

—Antes que pasemos más adelante, y a fin de que el caso no te cause extrañeza, sabe que eso no son torres, sino gigantes, todos los cuales están metidos hasta el ombligo en el pozo alrededor de sus muros.

Así como la vista, cuando se disipa la niebla, reconoce poco a poco las cosas ocultas por el vapor en que estaba envuelto el aire, de igual modo, y a medida que la mía atravesaba aquella atmósfera densa y oscura conforme nos íbamos acercando hacia el borde del pozo, el error se disipaba y crecía mi miedo. Lo mismo que Montereggione corona de torres su recinto amurallado[235], así por el borde que rodea el pozo, se elevaban como torres y hasta la mitad del cuerpo los gigantes, a quienes amenaza todavía Júpiter desde el cielo cuando truena. Yo podía dis-

[234] La lanza de Peleo, heredada después por su hijo Aquiles, tenía la virtud de sanar las heridas que antes había producido (Ovidio en *Met.*, *Rem. Amoris* y *Trist.).* Fue lugar común en la lírica coetánea, como imagen para hablar de las «heridas de amor».

[235] Castillo levantado por los seneses para defenderse de los florentinos. Tenía catorce torres.

tinguir ya el rostro, los hombros y el pecho de uno de ellos, y gran parte de su vientre y sus dos brazos a lo largo de los costados. En verdad que hizo bien la Naturaleza cuando abandonó el arte de crear semejantes seres, para quitar pronto a Marte tales ejecutores; y si ella no se arrepiente de producir elefantes y ballenas, quien lo piense sutilmente verá en esto mismo su justicia y su discreción: porque donde la fuerza del ingenio se une a la malevolencia y al vigor no hay resistencia posible para los hombres, y estos animales son grandes, pero están desprovistos de inteligencia.

Su cabeza me parecía tan larga y gruesa como la piña de San Pedro en Roma [236], guardando la misma proporción los demás huesos; de suerte que, aun cuando el ribazo lo ocultaba de medio cuerpo abajo, se veía lo bastante para que tres frisones no hubieran podido alabarse de alcanzar a su cabellera, porque yo calculaba que tendría treinta grandes palmos desde el borde del pozo hasta el sitio donde el hombre se abrocha la capa.

«Raphel mai amech isabi almos» [237], empezó a gritar la fiera boca, en la cual no estarían bien otras voces más suaves. Y mi Guía le dijo:

—Alma insensata, sigue entreteniéndote con la trompa y desahógate con ella cuando te agite la cólera u otra pasión. Busca por tu cuello y encontrarás la soga que la sujeta, ¡oh alma turbada!: mírala cómo ciñe tu enorme pecho.

Después me dijo:

—Él mismo se acusa: ése es Nemrod, por cuyo audaz pensamiento se ve obligado el mundo a usar más de una lengua. Dejémosle estar y no lancemos nuestras palabras al viento, pues ni él comprende el lenguaje de los demás ni nadie conoce el suyo.

---

236 Piña de bronce que estuvo primeramente sobre la Mole Adriana; en tiempos de Dante estaba en la plaza de la antigua basílica de San Pedro, en el Vaticano.

237 Según Fraticelli, cada una de estas cinco extrañas palabras pertenece a diferente lengua: la primera al hebreo y las otras a cuatro de los principales dialectos derivados de él. Esta opinión parece confirmada por Dante cuando dice más adelante «Él mismo se acusa... ése es Nemrod... el que por haber querido construir la torre de Babel produjo la confusión», haciendo que en el mundo no se hablase una sola lengua.

Continuamos, pues, nuestro viaje, siguiendo hacia la izquierda, y a un tiro de ballesta de aquel punto encontramos otro gigante mucho más grande y fiero. No podré decir quién fue capaz de sujetarlo, pero sí que tenía ligado el brazo izquierdo por delante y el otro por detrás con una cadena, la cual lo rodeaba desde el cuello hasta abajo, dándole vueltas en la parte del cuerpo que sobresalía fuera del pozo.

—Este soberbio quiso ensayar su poder contra el sumo Júpiter —dijo mi Guía—, por lo cual tiene la pena que ha merecido. Llámase Efialto y dio muestras de audacia cuando los Gigantes causaron miedo a los dioses. Los brazos que tanto movió entonces no los moverá ya más.

Y yo le dije:

—Si fuese posible, quisiera que mis ojos tuviesen una idea de lo que es el desmesurado Briareo [238].

A lo que contestó:

—Verás cerca de aquí a Anteo, que habla y anda suelto, el cual nos conducirá al fondo del Infierno. El que tú quieres ver está atado mucho más lejos y es lo mismo que éste, solo que su rostro parece más feroz.

El más impetuoso terremoto no sacudió nunca una torre con tal violencia como se agitó repentinamente Efialto. Entonces temí la muerte más que nunca y al no haber visto que el gigante estaba bien atado, bastara para hacerme morir el miedo que me poseía. Seguimos avanzando y llegamos donde estaba Anteo [239],

---

238 Nemrod, gigante que quiso construir la torre de Babilonia para llegar al cielo, dando lugar a la confusión de lenguas de que nos habla la Biblia *(Génesis,* 10 y 11). Efialte y su hermano Otus, hijos de Neptuno, gigantes que declararon la guerra a los olímpicos e intentaron llegar al cielo amontonando las constelaciones de Pelión y la Osa. Fueron muertos por las flechas de Apolo. Briareo, otro de los gigantes que combatieron a los dioses. Fue muerto por un rayo de Zeus y está enterrado en el monte Etna. Virgilio lo presenta con cien brazos y cincuenta cabezas *(Aen.,* X, 565-8).

239 Gigante hijo de Neptuno y de la Tierra, que vivía en Libia y se alimentaba de leones. Aquí aparece sin cadenas porque no tomó parte en la guerra contra los dioses, al haber nacido más tarde. En Libia tuvo lugar la batalla de Zama, en la que Escipión venció a Aníbal y allí vivía Anteo. Como se nos dice más adelante, fue muerto por Hércules, que lo estranguló sosteniéndolo en el aire para que no pudiese recibir ayuda de su madre, la Tierra.

que, sin contar la cabeza, salía fuera del pozo lo menos cinco alas [240].

—¡Oh, tú, que en el afortunado valle donde Escipión recibió tanta gloria cuando Aníbal y los suyos volvieron las espaldas, te alimentabas de leones, y que si hubieras asistido a la gran guerra de tus hermanos, aún hay quien cree que hubieras asegurado la victoria a los hijos de la Tierra! Si no lo tienes a mal, condúcenos al fondo en donde el frío endurece al Cocito [241]. No hagas que me dirija a Ticio ni a Tifeo [242]: este que ves puede dar la fama que aquí se desea porque no existe; por tanto, inclínate y no tuerzas la boca. Todavía puede renovar tu fama en el mundo, pues vive, y espera gozar aún de larga vida, si la Gracia no lo llama a sí antes de tiempo.

—Así le dijo el Maestro; y el gigante, apresurándose a extender aquellas manos que tan rudamente oprimeron a Hércules, cogió a mi Guía. Cuando Virgilio se sintió agarrar, me dijo: «Acércate, para que yo te sujete.» Y en seguida me abrazó de modo que los dos formábamos un solo fardo.

Como al mirar la Garisenda [243] por el lado hacia el que está inclinada, cuando pasa una nube por encima de ella en sentido contrario, parece próxima a derrumbarse, tal me pareció Anteo cuando lo vi inclinarse; y fue para mí tan terrible aquel momento que hubiera querido ir por otro camino. Pero él nos condujo suavemente al fondo del abismo que devora a Lucifer y a Judas; luego cesó su inclinación, volviendo a erguirse como el mástil de un navío.

240 Antigua medida inglesa, equivalente a 1,17 metros. Cinco *alas* equivalen, pues, a unos treinta palmos; algo más de ocho metros.

241 Lago en el fondo del Infierno, siempre helado, donde encontraremos a los traidores.

242 Otros gigantes, también fulminados por Zeus y enterrados en el fondo del Etna.

243 Torre inclinada de Bolonia, llamada así del nombre de sus constructores, Felipe y Odón de Garisendi (año 1180), y que hoy se llama Torre Mozza, por haberla mandado truncar en 1335 el tirano Juan Visconti de Oleggio. Tiene cuarenta metros de altura. Al que se coloca al pie de ella por el lado hacia el que se inclina, si mira hacia arriba cuando pasa una nube en sentido contrario al de la inclinación, le parece que la torre va a caerse.

CANTO TRIGÉSIMO SEGUNDO

NOVENO CÍRCULO. LOS TRAIDORES. RECINTO PRIMERO, «CAÍNA»: LOS TRAIDORES A SUS PARIENTES: LOS CONDES DE MAGONZA, SASSOLO MASCHERONI, CAMICCIONE DEI PAZZI. RECINTO SEGUNDO O «ANTENORA»: LOS TRAIDORES A LA PATRIA: BOCCA DEGLI ABATI, BUOSO DI DUERA, TESAURO DI BECCHERIA, GIANI DEI SOLDANIERI, GANELÓN, TEBALDELLO ZAMBRASI Y EL CONDE UGOLINO

En el noveno Círculo se encuentra el Cocito, lago helado que aprisiona las almas de los traidores. En el primer recinto, Caína (nombre derivado de Caín, asesino de su hermano), están los traidores a sus propios parientes; en el segundo, Antinora (de Antenor, el troyano que entregó su ciudad a los griegos), los traidores a la patria.

Si poseyese un estilo áspero y ronco, cual conviene para describir el sombrío pozo sobre el que se apoyan todas las otras rocas, expresaría mucho mejor la esencia de mi pensamiento; pero como no lo tengo, me entrego a ello con temor, pues no es empresa que pueda tomarse como juego ni para ser acometida por una lengua balbuciente la de describir el fondo de todo el Universo. Pero vengan en auxilio de mis versos aquellas mujeres que ayudaron a Anfión a fundar Tebas [244], para que el estilo no desdiga de la naturaleza del asunto. ¡Oh gentes malditas sobre todas las demás, que estáis en sitio del que me es tan duro hablar; más os valiera haber sido en el mundo convertidas en ovejas o cabras!

Cuando llegamos al fondo del oscuro pozo, mucho más abajo de donde tenía los pies el gigante, como yo estuviese mirando

244 Las Musas ayudaron a Anfión a construir los muros de Tebas, atrayendo con la música de sus instrumentos las rocas del monte Citerión.

aún el alto muro, oí que me decían: «Cuidado como andas, procura no pisar las cabezas de nuestros infelices y torturados hermanos.» Volvíme al oír esto y vi delante de mí y a mis pies un lago, que por estar helado parecía de vidrio y no de agua. Ni el Danubio en Austria durante el invierno, ni el Don allá lejos, bajo el frío cielo, cubren su curso de un velo tan denso como el de aquel algo, en el cual, aunque hubieran caído el Tabernick y el Pietrapana [245], no habrán causado el menor estallido. Y a la manera de las ranas cuando gritan con la cabeza fuera del agua, en la estación en que el villano espiga, así estaban aquellas sombras llorosas y lívidas, sumergidas en el hielo hasta el sitio donde aparece la vergüenza, produciendo con sus dientes el mismo ruido que la cigüeña con su pico. Tenían todas el rostro vuelto hacia abajo; sus bocas daban muestra del frío que sentían y sus ojos las daban de la tristeza de su corazón. Cuando hube examinado algún tiempo en torno mío, miré a mis pies, y vi dos sombras tan estrechamente unidas que sus cabellos se mezclaban.

—Decidme quiénes sois, vosotros que tanto unís vuestros pechos —dije yo.

Levantaron la cabeza y después de haber mirado, sus ojos, que estaban preñados de lágrimas, se derramaron en los párpados; pero el frío congeló en ellos aquellas lágrimas, volviéndolos a cerrar. Ninguna grampa unió jamás tan fuertemente dos trozos de madera; por lo cual ambos condenados se entrechocaron como dos carneros: tanta fue la ira que los dominó. Y otro, a quien el frío había hecho perder las orejas, me dijo, sin levantar la cabeza:

—¿Por qué nos miras tanto? Si quieres saber quiénes son estos dos, te diré que el valle por donde corre el Bisenzio fue de su padre Alberto y de ellos. Ambos salieron de un solo cuerpo; y aunque recorras toda la Caína no encontrarás una sombra más digna de estar sumergida en el hielo, ni aun la de aquel a quien la mano de Arturo rompió de un golpe el pecho y la sombra, ni la de Focaccia, ni la de ese que me impide con su cabeza ver más lejos y que se llamó Sassolo Mascheroni; si eres toscano bien sabrás quién es. Y para que no me hagas hablar más, sabe que

[245] Dos altísimas montañas de los Alpes.

yo soy Camiccione de Pazzi, y que espero a Carlino, cuyas culpas harán parecer menos graves las mías [246].

Después vi otros mil rostros amoratados por el frío, tanto que desde entonces tengo horror, y lo tendré siempre, a los estanques helados. Y mientras nos dirigíamos hacia el centro, donde converge toda la gravedad de la Tierra, yo temblaba en la lobreguez eterna. Y no sé si lo dispuso Dios, el Destino o la Fortuna, pero al pasar por entre aquellas cabezas di un fuerte golpe con el pie en el rostro de una de ellas, que me dijo llorando:

—¿Por qué me pisas? Si no vienes a aumentar la venganza de Monteaperti, ¿por qué me molestas?

Entonces dije yo:

—Maestro mío, espérame aquí, a fin de que este me esclarezca una duda; después me daré cuanta prisa quieras.

El Guía se detuvo y yo le dije a aquel que todavía estaba blasfemando:

—¿Quién eres tú, que así reprendes a los demás?

Me contestó:

—Y tú, que vas por el recinto de Antenor golpeando a los demás en el rostro, de modo que, si estuvieras vivo aún serían tus golpes más fuertes, ¿quién eres?

—Yo estoy vivo —fue mi respuesta— y puede serte grato, si fama deseas, que ponga tu nombre entre los otros que conservo en la memoria.

[246] Napoleón y Alejandro, hijos de Alberto degli Alberti, señores de numerosos castillos en la llanura del Bisenzio. Se mataron mutuamente por la herencia paterna. Son más dignos de estar aquí que otros traidores de sus parientes, como Mordrec, sobrino del rey Arturo, a quien intentó matar. El rey lo mató de un lanzazo, tan rápido que la luz del sol logró por un momento atravesar el cuerpo por la herida, y así le rompió «de un golpe el pecho y la sombra». Giovanni de Cancellieri, de Pistoia, llamado Focaccia, mató a traición a su primo Detto. Sassolo Mascheroni, de Florencia, mató a su sobrino para heredar al rico padre de éste. Cuando fue descubierto, fue hecho morir encerrado en un barril erizado de clavos. El hecho fue conocido por toda Toscana; por eso quien habla le dice a Dante: «Si eres toscano, bien sabrás quién es.» Inmediatamente después dice su propio nombre: Camiccione de Pazzi, asesino de su pariente Ubertino para apoderarse de sus castillos. Carlino dei Pazzi di Valdarno, a cuya custodia habían puesto los *Blancos* exiliados el castillo de Piantravigne, que él entregó a los *Negros,* que llevaron a cabo una gran matanza entre los *Blancos* refugiados allí (1302). Carlino obtuvo en pago de su traición el perdón y una recompensa económica.

A lo que repuso:

—Deseo todo lo contrario. Vete de aquí y no me causes más molestias, pues suenan mal tus lisonjas en esta caverna.

Entonces le cogí por los pelos del cogote y le dije:

—Es preciso que digas tu nombre o no te quedará ni un solo cabello.

Pero él me replicó:

—Aunque me peles y me repeles, ni te diré quién soy ni verás mi rostro, por más que golpees mil veces mi cabeza.

Yo tenía ya sus cabellos enroscados en mi mano y le había arrancado más de un puñado de ellos, mientras él aullaba con los ojos fijos en el suelo, cuando otro condenado gritó: «¿Qué tienes, Bocca? ¿No te basta castañear los dientes, sino que también ladras? ¿Qué demonio te atormenta?»

—Ahora —dije— ya no quiero que hables, traidor maldito; que para tu eterna vergüenza llevaré al mundo noticias ciertas de ti.

—Vete pronto —repuso— y cuenta lo que quieras; pero si sales de aquí no dejes de hablar de ese que ha tenido la lengua tan suelta y que está llorando el dinero que recibió de los franceses. Y así podrás decir «Yo vi a Buoso de Duera, allí donde los pecadores están helados»[247]. Si te preguntan por los demás que están aquí, a tu lado tienes al de Beccheria, cuya garganta segó Florencia. Creo que más allá está Gianni de Soldanieri, con Ganelón y Tebaldello, el que entregó Faenza cuando sus habitantes dormían[248].

[247] Bocca degli Abati, en la batalla de Monteaperti, combatiendo en el bando güelfo, cortó con la espada la mano de Giacomo Nacca de Pazzi, que llevaba el estandarte de la caballería florentina. Cuando vieron caída la bandera, los güelfos se dieron a la fuga. Después militó entre los gibelinos hasta que, vencedores los güelfos, fue expulsado de la ciudad. Buoso de Duera, señor de Cremona, encargado por el rey Manfredi de Suabia de defender Lombardía del ejército de Carlos de Anjou, se vendió a los franceses.

[248] Tesauro de Baccheria, legado del papa Alejandro IV en Toscana, que fue decapitado por tramar una traición a favor de los gibelinos. El caso contrario se da en Gianni de Soldanieri, que traicionó a su partido para pasarse a los güelfos. Ganelón, en cambio, pertenece a la tradición literaria: es Gano de Maganza, que, traidor a Carlomagno, es responsable de la emboscada de Roncesvalles, en la que Roland perdió la vida. Tebaldello entregó su patria, Faenza, a los boloñeses.

Estábamos ya lejos de aquél cuando vi a otros dos helados en una misma fosa, colocados de tal modo que la cabeza del uno parecía ser el sombrero del otro. Y como el hambriento en el pan, así el de encima clavó sus dientes al de abajo en el sitio donde el cerebro se une con la nuca. No mordió con más furor Tideo las sienes de Menalipo que aquel que roía el cráneo de su enemigo y las demás cosas inherentes al mismo.

—¡Oh tú, que demuestras por medio de tan brutal acción el odio que tienes al que estás devorando! Dime qué es lo que te induce a ello —le preguntaré—, bajo el pacto de que, si te quejas con razón de él, sabiendo yo qué crimen es el suyo y quiénes sois, te vengaré en el mundo, si mi lengua no llega antes a secarse.

CANTO TRIGÉSIMO TERCERO

NOVENO CÍRCULO: LOS TRAIDORES. RECINTO SEGUNDO O «ANTENORA»: LOS TRAIDORES A LA PATRIA. LA MUERTE DEL CONDE UGOLINO. TERCER RECINTO O «PTOLOMEA»: LOS TRAIDORES A SUS HUÉSPEDES: FRAY ALBERICO Y BLANCA DORIA

Tras oír la terrible historia del conde Ugolino, los viajeros entrarán en el tercer recinto, Ptolomea (del nombre del general de Jericó que invitó al sumo sacerdote Simón y a sus hijos para asesinarlos durante el banquete), donde están condenados los traidores contra sus propios huéspedes.

Aquel pecador apartó su boca de tan terrible alimento, limpiándosela en los pelos de la cabeza cuya parte posterior acababa de roer; y luego empezó a hablar de esta manera:

—Tú quieres que renueve el desesperado dolor que oprime mi corazón sólo al pensar en él y aun antes de hablar. Pero si mis palabras deben ser un germen de infamia para el traidor a quien

devoro, me verás llorar y hablar a un mismo tiempo. No sé quién eres ni de qué medios te has valido para llegar hasta aquí, pero al oírte me pareces efectivamente florentino. Has de saber que yo fui el conde Ugolino y éste el arzobispo Ruggieri [249]; ahora te diré por qué lo trato así. No es necesario manifestarte que por efecto de sus malos pensamientos, y fiándome de él, fui preso y muerto después. Pero te contaré lo que no puedes haber sabido, esto es, lo cruel que fue mi muerte, y comprenderás cuánto me ha ofendido. Un pequeño agujero abierto en la torre que por mi mal se llama hoy del Hambre, y en la que todavía serán encerrados otros, me había permitido ver por su hendidura ya muchas lunas, cuando tuve el mal sueño que descorrió para mí el velo del porvenir. Ruggieri se me aparecía como señor y caudillo, cazando el lobo y los lobeznos en el monte que impide a los pisanos ver la ciudad de Lucca. Se había hecho preceder de los Gualandi, de los Sismondi y los Lanfranchi, que iban a la cabeza con perros hambrientos, diligentes y amaestrados. El lobo y sus hijuelos me parecieron rendidos después de una corta carrera y creí ver que aquéllos les desgarraban los costados con sus agudas presas. Cuando desperté, antes de la aurora, oí llorar entre sueños a mis hijos, que estaban conmigo y pedían pan. Bien cruel eres si no te encuentras pensando en lo que aquello anunciaba a mi corazón, y si ahora no lloras no sé lo puede excitar tus lágrimas. Estábamos ya despiertos y se acercaba la hora en que solían traernos nuestros alimentos, pero todos dudábamos porque cada cual había tenido un sueño semejante. Oí que clavaban la puerta de la horrible torre, por lo cual miré el rostro de mis hijos sin decir palabra; yo no podía llorar porque el dolor me tenía como petrificado. Pero lloraban ellos, y mi Anselmito

249 Ugolino di Güelfo della Gherardesca, conde de Donoratico. Aunque de familia gibelina, acordó, junto con su yerno, Giovanni Visconti, entregar Pisa a los güelfos. Tras una serie de vicisitudes, que no vienen al caso, tuvo la señoría de Pisa y la defendió en diferentes ocasiones contra Génova, Florencia y Lucca. Pero en 1288 triunfa la parte gibelina bajo el mando del arzobipo Ruggieri degli Ubaldini. Ugolino fue encerrado en una torre, junto a sus dos hijos y dos nietos. Tras varios meses de prisión («muchas lunas»), el arzobispo decidió dejarlos morir de hambre.

me dijo: «¿Qué tienes, padre, que así nos miras?» Sin embargo, no lloré ni respondí una palabra en todo aquel día, ni en la noche siguiente, hasta que otro sol alumbró el mundo. Cuando entró en la dolorosa prisión unos de sus débiles rayos y consideré en aquellos cuatro rostros el aspecto que debería tener el mío, empecé a morderme las manos, desesperado: Y ellos, creyendo que yo lo hacía obligado por el hambre, se levantaron con presteza y dijeron: «Padre, nuestro dolor será mucho menor si nos comes a nosotros; tú nos diste estas miserables carnes: despójanos, pues de ellas». Entonces me calmé para no entristecerlos más y aquel día y el siguiente permanecimos mudos. ¡Ay, dura tierra! ¿Por qué no te abriste? Cuando llegamos al cuarto día, Gaddo se tendió a mis pies, diciendo: «Padre mío, ¿por qué no me auxilias?» Allí murió; y lo mismo que me estás viendo, vi yo caer a los tres, uno a uno, entre el quinto y el sexto día. Ciego ya, fui a tientas buscando a cada cual, llamándolos durante tres días después de estar muertos; hasta que al fin, pudo en mí más la inedia que el dolor [250].

Cuando hubo pronunciado estas palabras, torciendo los ojos, volvió a coger el miserable cráneo con los dientes, que royeron el hueso como los de un perro. ¡Ay, Pisa, vituperio de las gentes del hermoso país donde el «si» suena! [251]. Ya que tus vecinos son tan morosos en castigarte, muévanse la Capraia y la Gorgona [252] y formen un dique en la desembocadura del Arno, para que sepulte en sus aguas a todos tus habitantes; pues si el conde Ugolino fue acusado de haber vendido tus castillos, no debiste someter a sus hijos a tal suplicio. Su tierna edad patentizaba, ¡oh, nueva Tebas! [253], la inocencia de Uguccion y Brigata y la de los otros dos que ya he nombrado.

250 Hay dos posibles interpretaciones del final de este episodio: Ugolino murió de hambre, ya que el dolor que sentía no consiguió matarlo. Otra es que el hambre pudo más que la naturaleza y terminó comiendo los cadáveres de sus hijos.

251 Donde se habla el italiano.

252 Dos islotes en la desembocadura del Arno.

253 Antigua ciudad griega, famosa por las atrocidades cometidas por los descendientes de Cadmo.

Seguimos luego más allá, donde el hielo oprime duramente a otros condenados que no están con el rostro hacia abajo, sino vueltos hacia arriba. Su mismo llanto no les deja llorar, pues las lágrimas que, al salir, encuentran otras condensadas, se vuelven adentro, aumentando la angustia. Porque las primeras lágrimas forman un dique de cristal y llenan debajo de los párpados toda la cavidad del ojo. Y aunque mi rostro, a causa del gran frío, había perdido toda sensibilidad, como si estuviera encallecido, me pareció que sentía algún viento, por lo cual dije:

—Maestro, ¿qué causa mueve este viento? ¿No está extinguido aquí todo vapor?

A lo cual me contestó:

—Pronto llegarás a un sitio donde tus ojos te darán la respuesta cuando veas la causa de ese viento.

Y uno de los desgraciados de la helada charca nos gritó:

—¡Oh, almas tan culpables que habéis sido destinadas al último recinto! Arrancadme de los ojos este duro velo a fin de que pueda desahogar el dolor que me hincha el corazón antes de que mis lágrimas se hielen de nuevo.

Al oír tales palabras, le dije:

—Si quieres que te alivie, dime quién fuiste, que si no te presto ese consuelo, véame sumergido en el fondo de este hielo.

Entonces me contestó:

—Yo soy fray Alberigo[254], aquel cuyo huerto ha producido tan mala fruta que aquí recibo un dátil por un higo.

—¡Oh! —le dije—, ¿también tú has muerto?

—No sé cómo estará mi cuerpo allá arriba —repuso—,

254 Alberigo de Manfredi, señor de Faenza, que ingresó en la orden de los Hermanos Gozosos, se había enemistado con sus parientes. Un día, fingiendo reconciliarse con ellos, los invitó a un gran banquete y en el momento de servirse los postres los hizo asesinar. De este hecho tuvo origen el proverbio italiano «Éste ha probado la fruta de Alberigo». El juego de palabras que viene a continuación entre las palabras *dátil* e *higo* tiene la siguiente explicación: el dátil más costoso y apreciado que el higo, se refiere a que el castigo de este condenado es más doloroso que el dolor que él mismo infligió a sus parientes.

porque esta Ptolomea tiene el privilegio de que las almas caigan con frecuencia en ella antes de que Atropos mueva los dedos[255], y para que de mejor grado me arranques las congeladas lágrimas del rostro, sabe que en cuanto un alma comete una traición como la que yo cometí, se apodera de su cuerpo un demonio que, a partir de entonces, dirige todas sus acciones hasta que llega al término de su vida. En cuanto al alma, cae en esta cisterna y por eso tal vez aparezca todavía en el mundo el cuerpo de esta sombra que está detrás de mí en este hielo. Debes conocerlo, si es que acabas de llegar al Infierno: es Branca d'Oria, el cual hace muchos años que fue encerrado aquí.

—Yo creo que me engañas —le dije—, porque Branca d'Oria no ha muerto aún, y come y bebe y duerme y va vestido.

—Aún no había caído Miguel Zanche[256] —repuso aquél— en la fosa de Malebranche, allí donde hierve continuamente la pez, cuando Branca d'Oria dejaba un diablo haciendo sus veces en su cuerpo y en el uno de sus parientes que fue cómplice en la traición[257]. Extiende ahora la mano y ábreme los ojos.

Yo no se los abrí y creo que el ser con él desleal fue una lealtad por mi parte.

¡Ah, genoveses! ¡Hombres diversos de los demás en las costumbres, y llenos, además, de iniquidad! ¿Por qué no sois desterrados del mundo? Junto con el peor espíritu de la Romaña, fray Alberigo, he encontrado a uno de vosotros que, por sus acciones, tiene el alma sumergida en el Cocito, mientras que su cuerpo aparece aún vivo en el mundo.

255 El nombre de este círculo infernal puede venir, como ya hemos dicho, de Ptolomeo, el gobernador de Jericó, que mató a traición a su suegro, el sumo sacerdote Simón Macabeo. Pero también puede deberse al rey de Egipto del mismo nombre que mandó matar a Pompeyo cuando había buscado refugio y protección en su reino. Según nos dice Dante, las almas de los traidores llegan a Ptolomea incluso antes de que la parca Atropos corte los hilos de sus vidas.

256 Cfr. *Infierno*, XXII.

257 Este Branca era un noble genovés que, queriendo heredar a su suegro, lo invitó a su casa, donde mandó que lo cortaran en pedazos.

CANTO TRIGÉSIMO CUARTO

NOVENO CÍRCULO: LOS TRAIDORES. CUARTO RECINTO O JUDESCA. LOS TRAIDORES A SUS BENEFACTORES. LUCIFER. LOS TRAIDORES A LA MAJESTAD: JUDAS ISCARIOTE, BRUTO Y CASIO. DEL CENTRO DE LA TIERRA AL OTRO HEMISFERIO

Después de pasar el recinto de la «Judesca» (del nombre del apóstol que traicionó a Cristo), se encuentran finalmente con Dite, Satanás, devorando al mismo tiempo con sus tres fauces a Judas, Bruto, y Casio. Pasan, a lo largo del cuerpo del señor del Infierno, a través del centro de la Tierra, y se encuentran ahora boca abajo, en una caverna rocosa. Deben seguir el curso del río Leteo, atravesando el otro hemisferio, hasta salir a la isla de las antípodas, en la que se levanta el monte del Purgatorio. Están otra vez fuera de la Tierra, a la que han atravesado de parte a parte, y bajo la luz de las estrellas.

—«Vexilla regis prodeunt inferni» hacia nosotros[258]. Mira adelante —dijo mi Maestro—, a ver si lo distingues.

Como aparece a lo lejos un molino, cuyas aspas hace girar el viento cuando éste arrastra una espesa niebla, o cuando anochece en nuestro hemisferio, así me pareció ver a gran distancia un artificio semejante; y luego, para resguardarme del viento, a falta de otro abrigo, me encogí detrás de mi Guía. Estaba ya (con pavor lo digo en mis versos) en el sitio donde las sombras se hallaban completamente cubiertas de hielo y se transparentaban como paja en vidrio. Unas estaban tendidas, otras derechas, aquéllas con la cabeza, éstas con los pies hacia abajo y otras, por fin, con la cabeza tocando a los pies como un arco. Cuando

[258] «Los estandartes del rey del inferno avanzan.» Imitación del primer verso del himno que entona la Iglesia ante el estandarte de la cruz y que aquí aplica irónicamente Virgilio hablando de Lucifer, para burlarse de la soberbia de éste, que intentó igualarse a Dios.

mi Guía creyó que habíamos avanzado lo suficiente para enseñarme la criatura que tuvo el más hermoso de los rostros, se colocó delante de mí e hizo que me detuviera.

—He aquí a Lucifer —me dijo— y he aquí el lugar donde es preciso que te armes de fortaleza.

No me preguntes, lector, si me quedaría entonces helado y yerto; no quiero escribirlo, porque cuanto dijera sería poco. No quedé muerto ni vivo; piensa por ti, si tienes alguna imaginación, lo que me sucedería viéndome así privado de la vida sin estar muerto. El emperador del doloroso reino salía fuera del hielo desde la mitad del pecho. Mi estatura era más proporcionada a la de un gigante que la de cualquiera de los gigantes en comparación a la longitud de los brazos de Lucifer; juzga, pues, cuál debía ser el todo que se correspondía a semejante parte. Si fue tan bello como deforme es hoy y osó levantar sus ojos contra su Creador, de él debe proceder sin duda todo mal. ¡Oh! ¡Cuánto asombro me causó ver que su cabeza tenía tres rostros! Uno por delante, que era de color bermejo; los otros dos se unían a éste sobre el medio de los hombros y se juntaban por detrás en lo alto de la coronilla, siendo el de la derecha entre blanco y amarillo, según me pareció; el de la izquierda tenía el aspecto de los oriundos del valle del Nilo[259]. Debajo de cada rostro salían dos grandes alas, proporcionadas a la magnitud de tal pájaro; y no he visto jamás velas de buques comparables a aquéllas: no tenían plumas, pues eran por el estilo de las del murciélago y se agitaban de manera que producían tres vientos con los cuales se helaba todo el Cocito. Con seis ojos lloraba Lucifer y por las tres barbas corrían sus lágrimas, mezcladas de babas sanguinolentas. Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo. Los mordiscos que sufría el de delante no eran nada en comparación de los rasguños que le causaban las

[259] Los tres rostros de diversos colores significan las tres partes del mundo entonces conocidas: el rojo o bermejo, los europeos; el entre blanco y amarillo, los asiáticos, y el negro, los africanos. Los tres vientos de que habla a continuación simbolizan tal vez los tres vicios generadores de todo mal, a saber: la soberbia, la envidia y la avaricia.

garras de Lucifer, dejándole a veces las espaldas enteramente desolladas.

—El alma que está sufriendo la mayor pena allá arriba —dijo el Maestro— es la de Judas Iscariote, que tiene la cabeza dentro de la boca de Lucifer y agita fuera de ella las piernas. De las otras dos, que tienen la cabeza hacia abajo, la que pende de la boca negra es Bruto; mira cómo se retuerce sin decir una palabra. El otro, que tan membrudo parece, es Casio[260]. Pero se acerca la noche y es hora ya de partir, pues todo lo hemos visto.

Según le plugo, me abracé a su cuello. Aprovechó el momento y el lugar favorable y cuando las alas estuvieron bien abiertas, agarróse a las velludas costillas de Lucifer y de pelo en pelo descendió por entre el hirsuto costado y las heladas costras. Cuando llegamos al sitio en que el muslo se desarrolla justamente sobre lo grueso de las caderas, mi Guía, con fatiga y con angustia, volvió su cabeza hacia donde aquél tenía las zancas, y se agarró al pelo como un hombre que trepa, de modo que yo creía que volvíamos al Infierno.

—Sosténte bien —me dijo, jadeando como un hombre cansado—, que por esta escalera es preciso salir de la mansión del dolor.

Después salió fuera por la hendidura de una roca y me sentó sobre el borde de la misma, poniendo junto a mí su pie prudente. Yo levanté mis ojos, creyendo ver a Lucifer como lo había dejado, pero vi que tenía las piernas en alto. Si debí quedar asombrado, júzguelo el lector, que no sabe qué punto es aquel por donde yo había pasado[261].

260 Judas, el traidor de Cristo, no necesita explicación. Bruto y Casio, en cambio, tienen que ser entendidos desde la ideología política de Dante. La actitud de nuestro poeta respecto de Julio César es equívoca: como pagano justo, lo coloca en el Limbo (Canto IV), pero como personaje político lo condena indirectamente al condenar a Curio (Canto XXVIII). Desde esta perspectiva, nos resulta difícil comprender que sus asesinos estén al mismo nivel que Judas, a menos que tengamos en cuenta las ideas políticas expresadas por Dante en su tratado *Monarchia:* César es el fundador del Imperio, la institución creada providencialmente para el gobierno del mundo. Así, Bruto y Casio son los transgresores del orden secular, como Judas lo es del orden divino.

261 El punto por el que había pasado el poeta era el centro de la Tierra. Ahora empiezan a subir, para salir al hemisferio opuesto del globo terráqueo.

—Levántate —me dijo el Maestro—: la ruta es larga, el camino malo y ya el Sol se acerca a la mitad de tercia.

El sitio donde nos encontrábamos no era como la galería de un palacio, sino una caverna de mal piso y escasa luz.

—Antes que yo salga de este abismo, Maestro mío —le dije al ponerme en pie—, dime algo que me saque de confusiones. ¿Dónde está el hielo? ¿Y cómo es que Lucifer está de ese modo invertido? ¿Cómo es que, en tan poco tiempo, ha recorrido el Sol su carrera desde la noche a la mañana?

Me contestó:

—¿Te imaginas sin duda que estás aún al otro lado del centro, donde me agarré al pelo de ese miserable gusano que atraviesa el mundo? Allá te encontrabas mientras descendíamos; cuando me volví, pasaste el punto hacia el hemisferio opuesto a aquel que cubre el árido desierto y bajo cuyo más alto punto fue muerto el Hombre que nació y vivió sin pecado. Tienes los pies sobre una pequeña esfera que por el otro lado mira a la Judesca. Aquí amanece cuando allí anochece. Y éste de cuyo pelo nos hemos servido como de una escala permanece aún fijo del mismo modo que antes. Por esta parte cayó del Cielo, y la Tierra, que antes estaba en este lado, aterrorizada al verlo, se hizo del mar un velo y se retiró hacia nuestro hemisferio. Y quizá también huyendo de él, quedó aquí este espacio vacío[262].

Hay allá abajo una cavidad que se aleja tanto de Lucifer cuanta es la extensión de su tumba; cavidad que no puede reconocerse por la vista, sino por el rumor de un arroyuelo que desciende por el cauce de un peñasco que ha perforado con su curso sinuoso y poco pendiente. Mi Guía y yo entramos en aquel camino oculto para volver al mundo luminoso; y sin concedernos el menor descanso subimos, él delante y yo detrás, hasta que pude ver por una abertura redonda las bellezas que contiene el Cielo, y por allí salimos para volver a ver las estrellas.

262 Virgilio explica: Ahora se encuentran en el hemisferio austral, opuesto al boreal, que es el ocupado por las tierras emergidas, en el centro de las cuales se encuentra Jersualén, donde fue muerto el Hombre que nació sin pecado. Se creía entonces que todas las tierras estaban agrupadas en nuestro hemisferio y que el austral estaba solamente ocupado por las aguas. Cuando en el hemisferio austral es por la mañana, en el boreal es de noche. Lucifer cayó del Cielo en el hemisferio austral, y las tierras que lo ocupaban, huyendo de él, se retrotrajeron bajo el mar y emergieron en el boreal.